

**JESUCRISTO,
SALVADOR DEL MUNDO**



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

Comité Central del Gran Jubileo del Año 2000

JESUCRISTO, SALVADOR DEL MUNDO

© Comitato del Grande Giubileo dell'Anno 2000.
Città del Vaticano.
Tradujo Celina Marcos del original italiano:
«Gesù Cristo, unico Salvatore del mondo, ieri, oggi e sempre»
Traducción cedida al CELAM por la
Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).
Don Ramón de la Cruz, 57. 28001-Madrid.

© Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM
Carrera 5a. No. 118-31
Apartado Aéreo 51086
Tels.: 6121620 Fax: 6121929
Santafé de Bogotá, D.C., Colombia

Diagramación y Artes Finales
Diseños Asociados Ltda.
Impresión: Divinni Editorial Ltda.
Tel. 2046599 - Fax: 2049953
Santafé de Bogotá, D.C.
Octubre de 1996

SUMARIO

Abreviaturas y Siglas

Presentación

Capítulo I

La encarnación del Hijo de Dios, centro y plenitud del tiempo y de la historia (TMA 1; 10)

Capítulo II

El «descubrimiento de la catequesis» como anuncio de la persona de Jesucristo y de su misterio de Salvación (TMA 42)

Capítulo III

Ser cristianos (Hechos 11,26). Jesucristo en la comprensión de los cristianos, hoy

Capítulo IV

La narración de la historia de Jesús

Capítulo V

Jesús anuncia la Buena Nueva

Capítulo VI

La resurrección de Jesús

Capítulo VII

El misterio del Nacimiento de Jesús

Capítulo VIII

Jesús, Salvador único y definitivo de la humanidad

Capítulo IX

Actualidad y significado de la salvación en Jesucristo

Capítulo X

María, la madre de Jesús

Abreviaturas y siglas

- AAS : Acta Apostolicae Sedis, Ciudad del Vaticano
- AG : Ad Gentes: Decreto del Concilio ecuménico Vaticano II sobre la actividad misionera de la Iglesia (1965).
- CEC : Catecismo de la Iglesia Católica (1992)
- CT : Catechesi tradendae: Exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II sobre la Catequesis (1979)
- DiM : Dives in misericordia: Carta encíclica de Juan Pablo II sobre la misericordia divina (1980)
- DS : H. DEZINGER - A. SCHÖNMETZER, Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum, (Freiburg in Br. 1965)
- DV : Dei Verbum: Constitución Dogmática del Concilio ecuménico Vaticano II sobre la divina Revelación (1965)
- EN : Evangelii Nuntiandi: Exhortación apostólica de Pablo VI sobre la evangelización en el mundo contemporáneo (1975).
- EV : Enchiridion Vaticanum, (Bologna 1967 ss.)
- EVi : Evangelium Vitae: Carta encíclica de Juan Pablo II sobre el valor de la inviolabilidad de la vida humana (1995)
- GE : Gravissimum Educationis: Declaración del Concilio ecuménico Vaticano II sobre la educación cristiana (1965)
- GS : Gaudium et Spes: Constitución pastoral del Concilio ecuménico Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (1965)
- LG : Lumen Gentium: Constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia (1964)
- MC : Marialis cultus: Exhortación apostólica de Pablo VI sobre el culto a la Bienaventurada Virgen María.
- MD : Mulieris dignitatem: Carta apostólica de Juan Pablo II sobre la dignidad y vocación de la mujer (1988)
Puebla Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Puebla 1979)
- RM : Redemptoris Mater: Carta encíclica de Juan Pablo II sobre la Bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia (1987)

- RMi : Redemptoris Missio: Carta encíclica de Juan Pablo II sobre la permanente validez del envío misionero (1990)
Santo Domingo Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo 1992)
- SC : Sacrosanctum Concilium: Constitución sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II (1963)
- TM : Testi Mariani del primo Millennio: (Roma 1988- 1991) vol I-IV.
- TMA : Tertio Millennio Adveniente: Carta apostólica de Juan Pablo II para la preparación del Jubileo del Año 2000 (1994)
- VC : Vita Consecrata: Exhortación apostólica post-sinodal de Juan Pablo II (1996)
- VS : Veritatis Splendor: Carta encíclica de Juan Pablo II sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia (1993)
- WA : Martin Luthers Werke, Kritische Gesamtausgabe, (Weimar 1883 ss.)

Presentación

Este volumen constituye un subsidio informativo y formativo sobre la persona de Jesucristo en el centro del Jubileo del 2000. Pretende facilitar una preparación dirigida a 1997, año dedicado a la «reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo».

Su contenido ofrece motivaciones y apuntes sobre temas cristológicos concretos propuestos por la *Tertio Millennio Adveniente*: el misterio de la Encarnación; la universalidad salvífica de Jesús Salvador y Evangelizador, el misterio de su nacimiento de la Virgen María; la necesidad de la fe en Cristo; el redescubrimiento del Bautismo; la valoración de la catequesis como enseñanza de los Apóstoles, y la consiguiente necesidad de una mayor y puntual referencia al Catecismo de la Iglesia Católica; la iluminación de la conciencia de los fieles sobre errores referentes a la persona de Cristo; el anhelo de santidad, de conversión y de renovación espiritual; la presencia de la Virgen María, modelo de fe e íntimamente asociada al misterio salvífico de Jesús.

Todo ello está organizado en diez capítulos, de diferente amplitud, según la siguiente articulación: los dos capítulos iniciales, de introducción, contienen una reflexión sobre el misterio de la Encarnación (capítulo 1) y sobre el redescubrimiento de la catequesis, como anuncio de Cristo y de su obra de salvación (capítulo 2).

El capítulo 3 resume la comprensión cristiana de Jesucristo. Se subraya, de modo particular, la novedad de algunos modelos muy cercanos a nuestra vivencia contemporánea, como el Cristo de la

religiosidad popular, el Cristo «en contexto» o «inculturado», el Cristo de los jóvenes.

Los capítulos 4-9 contienen algunos criterios catequético-pastorales para un reanuncio integral y fundamentado del misterio de Cristo al pueblo de Dios, hoy.

Estos criterios son :

1. La narración de la historia de Jesucristo (capítulos 4-7);
2. La confesión de Jesús, salvador universal de la humanidad (capítulo 8);
3. La relevancia de la salvación cristiana, hoy (capítulo 9).

El capítulo 10 está dedicado a la presencia de María dentro del misterio salvífico de Cristo: una presencia misericordiosa y materna, modelo de fe, esperanza y caridad.

El *género literario* de este subsidio es particular. Se trata solamente de una introducción al misterio de Jesús. Por otra parte, la exposición es discursiva e invita al recogimiento personal. El lenguaje teológico está acompañado de reflexiones catequéticas y de sugerencias pastorales. La referencia bíblica fundante está ampliada frecuentemente, con remisión a la tradición litúrgica de la Iglesia, a la religiosidad popular, a la espiritualidad.

El presente trabajo, sobre todo en los capítulos 5-7, pretende invitar a narrar de nuevo la historia de Jesús. El capítulo 5, por ejemplo, contiene una síntesis de la pedagogía de Jesús: Jesús acoge a la muchedumbre de los pobres y de los marginados, perdona y convierte a los pecadores, cura a los enfermos, honra a las mujeres, acoge a los necesitados, defiende a los pequeños y a los débiles, enseña a perdonar y a amar a los enemigos, revela al Padre rico en misericordia, afronta con ánimo su pasión y muerte. Un compromiso concreto para 1997 podría ser la relectura íntegra de los Evangelios y, si es posible, de todo el Nuevo Testamento hasta el Apocalipsis. El uso de la *lectio divina* podría facilitar la escucha y acogida de la Palabra de Dios,

dando un gran impulso a la renovación de la vida de fe y del testimonio cristiano en el mundo contemporáneo.

Los apuntes de índole pastoral y espiritual, presentes en los distintos capítulos, necesitan adaptaciones indispensables a los diversos contextos eclesiales y socioculturales. Se sugiere, por tanto, mirar al entorno y descubrir las tradiciones populares, musicales, literarias, simbólicas, iconográficas, arquitectónicas y espirituales de la propia tierra y de la propia iglesia para valorarlas y revivirlas de modo creativo, como don a Jesús con ocasión de la gran cita del tercer milenio de su encarnación salvífica. Por eso, podría ser de gran utilidad el redescubrimiento y el estudio de la historia de la evangelización de la propia nación y de la propia iglesia local o particular, con el conocimiento de los testimonios concretos de caridad y de santidad presentes en ella.

Se debería prestar mayor atención al discernimiento, a la purificación y a la valoración catequética y pastoral de las manifestaciones de la religiosidad popular cristiana. Se trata de unas experiencias insustituibles de vida en Cristo por parte del pueblo fiel. Las solemnidades centrales del año litúrgico, como Navidad y Pascua, representan también los dos grandes puntos de referencia de la participación cordial del pueblo en la salvación: -en la alegría del nacimiento y de la resurrección y en el dolor de la pasión- mediante los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía. Partiendo de estos dos núcleos esenciales de la fe en Cristo, se sugiere redescubrir, en el ámbito de la propia iglesia local o particular, las manifestaciones cristológicas de la religiosidad popular: la adoración al Santísimo Sacramento, la devoción al Sagrado corazón, las procesiones de Semana Santa, los ejercicios piadosos del *Vía-Crucis* en Cuaresma y de la *Via-Lucis* en el tiempo pascual.

El capítulo 9 es completamente propositivo y contiene cuatro orientaciones *experienciales* de comunión con Jesucristo:

1. La vivencia personal, como redescubrimiento del propio bautismo;

2. La vivencia comunitaria, como experiencia de comunión eclesial;
3. La vivencia salvífica, como experiencia de existencia salvada en Cristo;
4. La vivencia práctico-cultural, como creación de una civilización del amor.

Es una llamada explícita a la inculturación cristiana, vista no sólo como teoría de trasposición conceptual del evangelio a las diversas culturas del mundo sino, más bien, como compromiso de conversión al evangelio del corazón de todos los cristianos, para realizar la nueva evangelización y hacer florecer una auténtica cultura cristiana como nueva creación en el Espíritu.

CAPÍTULO I

La encarnación del Hijo de Dios, centro y plenitud del tiempo y de la historia

(TMA 1; 10)

1. El anuncio del año de gracia

Alegría, fortaleza y esperanza inmensa generan todavía hoy, al final del segundo milenio, las palabras que Jesús pronunció en Nazaret, al inicio de su ministerio. Entró en la sinagoga como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el Libro del Profeta Isaías y: *desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: 'El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungiendo.*

Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar la libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor'.

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que ayudaba, y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él, y él se puso a decirles: 'Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír'.

Todos daban testimonio de él y estaban admirados por las palabras de gracia que salían de su boca (Lc 4, 17-21).

El profeta Isaías (cf Is 61, 1-2) había hablado del Mesías. En Nazaret, Jesús se hace exegeta de Isaías y afirma que la palabra del profeta encuentra en él su cumplimiento. Es Él el mesías prometido, consagrado por el Espíritu del Señor y enviado a anunciar un mensaje gozoso: la liberación a los prisioneros, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos, un año de gracia del Señor.

El Jubileo del 2000 pretende conmemorar y revivir este año de gracia, inaugurado y realizado por Jesús en su persona y en su obra y prolongado en la historia por el testimonio de la Iglesia. Veinte siglos no sólo no han apagado el eco de este anuncio, más bien han acrecentado la fascinación y la exigencia. Los ojos de la humanidad

contemporánea se fijan de nuevo en el rostro de Jesús, asombrados por aquellas palabras que todavía hoy proyectan luz, fuerza y ánimo para vivir.

El Jubileo es la conmemoración de este acontecimiento de vida. No es solamente la evocación de una fecha cronológica. Es, sobre todo, un reclamo gozoso y solemne de la realidad de la continua presencia sanadora y salvífica de Jesús, en el tiempo y en el espacio: el cumplimiento y la realización del mensaje gozoso de Dios a los pobres de cualquier época y nación.

En 1997 los cristianos están invitados por la Iglesia a reinterpretar el gesto profético del Señor. La celebración del Jubileo del año 2000 es, de hecho, una llamada a ponerse en pie, a tomar el libro del Evangelio, a leer ante todos el mensaje gozoso de Jesús y a revivir conmovidos, con humildad, valentía y creatividad, el contenido de alegría, de liberación y de gracia.

2. El Jubileo es la celebración del misterio de la encarnación

Cada año, en su calendario litúrgico, la Iglesia concentra en dos grandes solemnidades los misterios centrales de su fe: la Navidad y la Pascua. En realidad se trata de un único y gran acontecimiento salvífico, el de la encarnación del Hijo de Dios, que comienza con el nacimiento de Jesús, en Belén, y termina en su pasión, muerte y resurrección, en Jerusalén. Esta es la fe bimilenaria de la Iglesia, que los cristianos reafirman en la liturgia dominical con las venerables palabras del Credo:

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos (...); por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo

hombre, y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre.

La fe en la encarnación del Hijo de Dios no es el resultado de una especulación humana, más o menos tardía, ni tiene paralelos verdaderos en otras religiones. Es una verdad revelada por Dios y testimoniada concordemente en la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento.

Su formulación lingüística más explícita se encuentra en el prólogo del Evangelio de San Juan: *Y la Palabra se hizo carne* (Jn 1,14). El término griego sarx (*carne*) - muy cercano al hebreo bêsâr - indica al hombre en su fragilidad y transitoriedad de creatura mortal. La Palabra, que *estaba junto a Dios* y que *era Dios* (cf Jn 1,1), llega a hacerse, por tanto, verdadero hombre, ser espacio-temporal, visible, palpable, mortal.

También las cartas paulinas hacen uso de esta terminología para indicar que la encarnación enseguida fue considerada y vivida por las primeras comunidades cristianas como una verdad central de su fe. Para San Pablo, de hecho, el Hijo de Dios ha *nacido, según lo humano, de la estirpe de David* (Rm 1,3): de los Israelitas *según lo humano, nació el Mesías* (Rm 9,5). El gran misterio de la religiosidad es el hecho de que Cristo *se manifestó como hombre* (1 Tm 3,16). *Porque es en Cristo en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad* (Col 2,9).

En un famoso himno paulino, considerado prepaolino por muchos - y por tanto anterior a los años 50 d.C., la encarnación es celebrada como un verdadero y propio proceso de abajamiento y de humillación hasta el anonadamiento de la muerte en la cruz:

«Cristo Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Fil 2, 6-8).

Para San Pablo la encarnación es el misterio por excelencia, el «misterio que Dios ha tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a su pueblo santo» (Col 1,26; Cf también Ef 1,9; 3,3-5: 6,19), que, enraizado y fundamentado en la caridad, puede finalmente comprender *lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo* (Ef 3,18) del designio de salvación y de amor de Dios en Cristo. Dice aún más el apóstol: *Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción* (Gal 4,4). La encarnación es el misterio que el Padre, en su benevolencia, nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad. *Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra* (Ef 1, 9-10).

Madurado en el seno de la comunión trinitaria, la encarnación es un don de lo alto. Así afirma San Juan: *Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna* (Jn 3,16; cf Jn 3,17; 10,36; 17,18; 1 Jn 4,9). Al inicio y al fin del Nuevo Testamento los testimonios de Pablo y Juan son voces diversas de una sinfonía que converge en un único canto de alabanza al Señor Jesús, Hijo de Dios encarnado.

La encarnación no es sólo una gran verdad teórica del cristianismo. En la afirmación de Jesús verdadero Dios y verdadero hombre reside la fuente de su eficacia salvífica en la historia. Es el denominado motivo soteriológico de la encarnación, expresado ya con claridad en el símbolo de Nicea: *que por nosotros, los hombres y por nuestra salvación descendió, se encarnó y se hizo hombre y padeció, y resucitó al tercer día (y) ascendió a los cielos, vendrá a juzgar a vivos y muertos.*

En la historia, esta doctrina ha sido combatida continuamente. También en nuestros días está considerada un mito: el mito del hombre Jesús, en quien Dios habría manifestado una presencia particularmente eficaz de salvación. En esta interpretación se niega la realidad auténtica de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

El misterio de la encarnación es, en cambio, el dato central del testimonio bíblico y de la profesión de fe cristiana, defendido continuamente y motivado por la bimilenaria tradición eclesial. Los mártires de ayer y de hoy han testimoniado, hasta la muerte, su profesión de fe en Jesucristo, su salvador. Por esto la encarnación constituye el vértice insuperable y el cumplimiento absoluto de la historia de la salvación. Jesucristo es la última y definitiva palabra de Dios a la humanidad (Hb 1,2); el único mediador entre Dios y los hombres (1 Tm 2,5; cf Hb 8,6; 9,15; 12,24) la fuente de toda salvación presente y futura (cf Hch 4,12).

La encarnación revela el misterio de la vida intratrinitaria de Dios, el misterio de la participación del hombre y del cosmos en la gloria divina, y el misterio de la iglesia, como prolongación en la historia de la venida del reino (cf Mt 13,38; 16, 18-19; 21,43; 22, 1-14; Hb 12,28); *El misterio de la encarnación del Verbo tiene la fuerza de todos los secretos y figuras de la Escritura y la ciencia de todas las criaturas visibles e inteligentes. Por esto sólo el Verbo de Dios encarnado nos puede enseñar la ciencia de Dios.*

3. La encarnación como plenitud del tiempo

Sobre el abarrotado escenario de la historia mundial se han alternado en el tiempo y en el espacio soberanos iluminados y sabios, jefes valientes y audaces, pensadores profundos y de genialidad extraordinaria en los diversos campos del saber humano. En cada pueblo han existido figuras que han ennoblecido la propia tierra y la humanidad entera. Pero ninguno ha dejado tanta señal en la historia universal como Jesús de Nazaret. Su predicación duró sólo tres años. Pero ha incendiado el mundo. Su misterio de muerte y resurrección ha introducido en la historia la esperanza de la vida sin fin.

La historia ha recibido su verdadera plenitud: *La plenitud de los tiempos se identifica con el misterio de la Encarnación del Verbo, Hijo consustancial al Padre, y con el misterio de la Redención del mundo.* También Lutero, comentando Gal 4,4 - *Cuando se cumplió el tiempo Dios envió a su Hijo-*, y razona precisando que: *No fue tanto el tiempo el que provocó la misión del Hijo, cuanto la misión del Hijo la que constituyó el tiempo de la plenitud.*

Dando una mirada a la historia de la humanidad y al nacimiento de Jesús, se puede constatar que el mundo antiguo había recibido una amplia y diversificada preparación religiosa: en Extremo Oriente desde siglos atrás se habían afirmado las grandes tradiciones hindúes y budistas, no del todo desconocidas en el área mediterránea de aquel tiempo; en el Medio Oriente y en Occidente, además de las expresiones religiosas tradicionales de cada uno de los pueblos, estaban en gran expansión las religiones paganas de origen greco-romano que, con frecuencia, eran impuestas por la fuerza de las armas a los pueblos conquistados. En una oscura región de la periferia del Imperio romano estaba viva, tan antigua como la tradición hindú, la religión hebrea, que constituía la preparación próxima para la venida de Jesús: *La economía del Antiguo Testamento está esencialmente ordenada a preparar y anunciar la venida de Cristo, Redentor del universo, y de su Reino mesiánico.*

Conviene precisar, no obstante, que el gran dinamismo de encarnación salvífica presente en todo el Antiguo Testamento, tanto en la historia del pueblo elegido como en las figuras de los mediadores mesiánicos: reyes, sacerdotes y profetas, había entrado en una fase de grande decadencia. Después del periodo decisivo de los comienzos, de la vocación de Abraham (s. XIX a.C.), del Éxodo y de la alianza de Dios con el pueblo (s. XIII a.C.), y después de la fastuosidad de la monarquía davídica y salomónica (s. XI-X a.C.), con el cisma del reino (s. X) y con el exilio babilónico (s. VI) se había iniciado una historia de fracasos, que se había traducido en una sujeción política y religiosa, primero con los Persas (538-333 a.C.), después con los Griegos (333-63 a. C.) y, finalmente, con la ocupación romana

iniciada con Pompeyo en el 63 a.C. Habían fracasado ante Dios y ante la historia todas las mediaciones salvíficas del pueblo elegido.

La ruptura de las tradiciones y de las instituciones que sustentaban a Israel se habían dirigido hacia el novum de una esperanza mesiánica escatológica. Así se expresa Isaías: *Así dice el Señor...: 'No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo'* (Is 43,16.18-19). El cambio después de la catástrofe de lo antiguo y la esperanza de lo nuevo es un *tránsito sin tránsito*. Es decir, no sucede por solicitación de la extrema indigencia de la situación, sino por la intervención divina que irrumpe con absoluta novedad en el punto cero de la historia, para introducir en ella su salvación definitiva, abierta a toda la humanidad.

El tránsito entre el Antiguo y el Nuevo Testamento no se sitúa sobre la línea horizontal de un desarrollo homogéneo, sino que constituye un salto cualitativo de lo alto. Este salto cualitativo se da con el nacimiento de Jesucristo: *el verdadero origen de Jesús no puede ser buscado en el mundo; está escondido en la eternidad*.

Esto es lo que afirma el comienzo de la carta a los Hebreos: *En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo* (Hb 1,1-2). El acontecimiento Cristo no fue el resultado del tiempo y de la urgencia de la expectativa mesiánica. Fue, en cambio, la encarnación del Hijo de Dios, como don gratuito de Dios Trinidad, la que dio al tiempo su auténtica *plenitud* salvífica.

Sólo con la encarnación del Hijo de Dios, la historia entra en una fase de salvación global y universal y todas las gentes, dispersadas en Babel, están llamadas a la participación del Espíritu de Cristo resucitado, en Pentecostés. La encarnación es la novedad del cristianismo. Jesús, de hecho, no es un profeta que habla en nombre de Dios, sino que es Dios mismo que habla y salva: *Es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo*.

4. La encarnación como *devenir* de Dios

Es oportuno meditar aún sobre el hecho paradójico del acontecer de Dios: *En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno*. Se trata de una afirmación propia del cristianismo. Mediante la encarnación de Hijo de Dios, el tiempo es asumido por la segunda persona de la Santísima Trinidad que, aun siendo Dios, se hace también perfecto hombre, como reza el Concilio de Calcedonia: *Jesucristo es perfecto en su divinidad y perfecto en su humanidad, verdadero Dios y verdadero hombre, (...), consustancial al Padre por la divinidad y consustancial a nosotros por la humanidad (...), engendrado por el Padre antes de los siglos según la divinidad y, en los últimos tiempos, por nosotros y por nuestra salvación, de María Virgen y Madre de Dios según la humanidad*.

En la Sagrada Escritura el Dios viviente trasciende el tiempo y las cosas: *Antes que naciesen los montes o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tu eres Dios* (Sal 90,2).

Él es inmutable: *Al principio cimentaste la tierra, y el cielo es obra de tus manos; ellos perecerán, tú permaneces, se gastarán como la ropa, serán como un vestido que se muda. Tú en cambio, eres siempre el mismo, y tus años no se acabarán* (Sal 102,26-28).

El oráculo de Malaquías dice: *Yo soy el Señor, no cambio* (Ml 3,6).

También el Nuevo Testamento habla del *Padre de los Astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra* (St 1,17). Jesús afirma de sí mismo: *Antes que naciera Abraham, existo yo* (Jn 8,58; 13,19). La Palabra, de hecho, *en el principio estaba en Dios* (Jn 1,2).

La preexistencia, la eternidad y la inmutabilidad de Dios son datos fundamentalmente bíblicos, más que filosóficos. De ellos se deducen algunas afirmaciones que fijan la fe de la Iglesia en Dios *eterno e inmutable*.

La realidad de la eternidad y de la inmutabilidad de Dios alcanza su culmen en la encarnación del Hijo de Dios. El prólogo de San Juan evidencia con eficacia el contraste. La Palabra, el Verbo, de eterno y preexistente (cf Jn 1, 1-3), *se hace carne* (Jn 1, 14), *nacido de mujer* (Gal 4, 4), llegando a ser realidad espacio-temporal en crecimiento (cf Lc 2, 52) y mortal. Si es verdadera la eternidad de Dios es también verdadero su acaecer de hombre, y por tanto, espacio, tiempo, historia. Por lo cual la historia del hombre es también historia de Dios y la muerte del hombre entra también en la experiencia del Hijo de Dios encarnado.

Para comprender mejor el devenir de Dios es necesario esclarecer su significado. Dios, el viviente por excelencia, explica su sobreabundante vitalidad, tanto en la creación como en la redención, sin perder en perfección por eso. Dios en su infinita exuberancia de vida puede irrumpir libremente en el tiempo y en el espacio de su creación. En esto se distingue de las creaturas, pues para ellas el devenir representa una exigencia intrínseca a su ser. Las creaturas no pueden no devenir. Antes bien, en este ineludible devenir reside la condición primera de su desarrollo y de su existencia. Las creaturas están en devenir porque son en sí mismas devenir. En cambio, el devenir de Dios es gratuidad y libertad absoluta y fluye en su libre elección de amor. Por esto, no sólo no implica imperfección, sino que viene a ser principio supremo de novedad y de recreación de la humanidad.

Por lo demás, la creación del hombre constituye ya un prelude de este devenir libre de Dios en la historia. En el hombre, creado a su imagen y semejanza, Dios había preparado un diseño de una eventual automanifestación suya en la historia, preparando una *vía* para su libre irrumpir en el tiempo y en el espacio. La encarnación del Verbo constituye este cumplimiento sumo de la humanidad. La humanidad del Verbo, en su plenitud creatural, arriba en Dios alcanzando su plena realización.

Siendo la vida divina soporte intrínseco de todo tiempo y su eterno presente, Cristo resucitado no sólo puede interferir en el tiempo, más aún, tiene en el tiempo su progresiva manifestación y comprensión,

mediante la resurrección, la ascensión, pentecostés y la vida de la Iglesia: *Con la venida de Cristo comienza la 'etapa final' (cf Hb 1,2), la 'última hora' (cf Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía.* La Iglesia continúa en el tiempo la pedagogía de revelación y de comunicación de la *proexistencia* (existencia *por nosotros*) de Jesús.

5. Cristo *centro* del tiempo

En el Nuevo Testamento el tiempo es contemplado siempre en referencia a Cristo como su centro. Por esto la historia queda dividida en dos troncos: antes y después de Cristo. El calendario cristiano no cuenta los años desde un punto inicial - de la creación, por ejemplo, como hace el calendario hebreo - sino desde un punto central que es el nacimiento de Jesús. El hecho de la encarnación es el que constituye el centro de la historia: desde este acontecimiento se remonta tanto hacia el pasado como hacia el futuro. La venida de Cristo es el centro temporal de todos los acontecimientos.

Esta es la concepción cristiana del tiempo. No se trata de una convencionalidad histórica, sino de un criterio teológico: la venida de Cristo es el centro de la historia porque da a la historia su significado y su valor salvífico. Todos los acontecimientos de la historia, sean anteriores o posteriores, están referidos a Cristo y son valorados a la luz de la persona y de la obra de Cristo, que introduce su gracia en la historia. El tiempo viene a ser así, condición de posibilidad salvífica para la humanidad y para el cosmos. La historia universal considerada en relación con la encarnación deja de ser profana para ser historia sagrada. Esta perspectiva cristocéntrica coloca sobre la misma línea temporal tanto la creación, obrada por Dios en el principio, como la llegada, en Dios, de la historia humana y de todos los acontecimientos de la naturaleza hasta el final de los tiempos, así como los sucesos históricos del pueblo de Israel, y los hechos de Jesús, de sus apóstoles y de su Iglesia.

Con diferencia a otras religiones, en las que el tiempo se opone a Dios y a la salvación, en el cristianismo el tiempo es el medio mediante el cual Dios se sirve para encarnarse y para revelar y regalar su gracia. Mas que ser concebido en forma cíclica y repetitiva, en que la salvación sería el éxodo del tiempo, en el cristianismo el tiempo se expresa en forma lineal, para indicar que tiempo y salvación están destinados a encontrarse en la historia que, por eso mismo, llega a ser historia de salvación.

En esta línea temporal, el misterio pascual de Cristo es el acontecimiento redentor por excelencia. La Pascua es como la batalla decisiva de una guerra que debe terminar aún. A pesar de que en la historia continúan las hostilidades y no ha sido reconocido por todos el alcance definitivo de tal batalla, sin embargo ella significa ya la victoria. La cruz y la resurrección constituyen la batalla decisiva y la guerra ya vencida. La resurrección de Jesús es la coronación de la historia. La apropiación de la gracia de Cristo se realiza en la historia en tensión hacia el final de los tiempos. Por eso la esperanza en el futuro llega a ser todavía más intensa, porque está fundada en la convicción de que ha sido ya recibida la victoria decisiva, premisa y primicia de la salvación universal.

El tiempo vive de esta centralidad cristológica y llega a ser la línea de Cristo, quien, antes de todo tiempo, ha muerto en Palestina ayer, vive hoy como resucitado y retornará como juez al fin de los tiempos. Los tiempos de la historia -pasado, presente, futuro- son tiempos referidos a Jesús: El es *el mismo ayer, hoy y siempre* (cf Hb 13,8).

El fondo histórico-cronológico del Nuevo Testamento es, por tanto, esencialmente cristológico. Mateo, de hecho, presenta la vida terrena de Jesús como el cumplimiento de la historia de Israel. Para Lucas Jesús es el centro del tiempo y de la historia de la salvación. En el Apocalipsis Jesús es el principio y el fin, el alfa y la omega (cf Ap 21,6).

En concreto, la historia del Nuevo Testamento está articulada en un doble movimiento. El primero, de contracción, parte de la creación

de la humanidad y llega, mediante el pueblo elegido, a Cristo, el salvador único. El segundo, de expansión, parte de Cristo y, mediante la Iglesia, se extiende a toda la humanidad. Nuestra historia vive en este movimiento de expansión, que se extiende a todos los pueblos salvados por Cristo y en Cristo. Es el tiempo de la Iglesia, que va desde la resurrección a la parusía. La Iglesia, como centro de la tierra, hace visible la soberanía de Cristo en la historia de la humanidad. Con la celebración eucarística, síntesis y vértice de su acción sacramental, y con la predicación del evangelio, la Iglesia da al período presente todo su significado histórico-salvífico.

CAPÍTULO II

El redescubrimiento de la catequesis como anuncio de la persona de Jesucristo y de su misterio de salvación

(TMA 42)

1. La catequesis de Jesús, primer y perfecto evangelizador

Jesús fue un gran evangelizador. Anunció la buena noticia de la venida del Reino de Dios, en su persona, con el entusiasmo, la convicción y la autoridad de un maestro insuperable. «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y todas las dolencias» (Mt 9,35; cf también 4,23 y Mc 6,34).

El evangelio de San Lucas nos presenta una jornada de apostolado de Jesús en la ciudad de Cafarnaum, en Galilea (cf Lc 4, 31-34). Es toda una sucesión de enseñanzas, milagros, desplazamientos, actitudes de acogida. Jesús, de hecho, después de haber enseñado a la gente, cura en la sinagoga a un hombre afligido por un demonio inmundo. Llegado a la casa de Simón cura a su suegra, que estaba en cama con mucha fiebre. Por la tarde sana a una multitud de enfermos afectados por males de todo género. Al día siguiente, de madrugada, mientras se encontraba en un lugar solitario, fue alcanzado por una gran muchedumbre que lo quería detener en aquel lugar. Pero Jesús se alejó de Cafarnaum y se fue a otras ciudades *predicando en las sinagogas de Judea* (cf Lc 4,44). Por dos veces el evangelista subraya el estupor de la gente ante la autoridad y la potencia manifestada en las palabras y obras de Jesús: *Se quedaban asombrados de su enseñanza, porque hablaba con autoridad* (cf Lc 4,32-36).

Vista en su conjunto, la evangelización practicada por Jesús tiene un carácter de comunicación *global*. Él, efectivamente, enseñó con la palabra, utilizando una multiplicidad de géneros literarios, como discursos breves, parábolas, dichos sapienciales, semejanzas, palabras unidas a hechos. Algunas páginas inmortales de su enseñanza son, por ejemplo, el sermón del monte programático para la comprensión del cristianismo (Mt 5-7) - con el impresionante comienzo de las bienaventuranzas (Mt 5,3-12); las parábolas del buen samaritano (Lc 10,30-37) y del hijo pródigo (Lc 15, 11-32); el discurso sobre el juicio

final (Mt 25, 31-46); la gran lección, dada en la última cena con los discípulos (Jn 13-17).

También el comportamiento de Jesús fue un gran instrumento de comunicación. De hecho Él evangelizó con algunas de sus actitudes anticonvencionales - que no estaban en continuidad con la cultura religiosa y social del tiempo -, respecto a los pobres, los marginados, los enfermos, los necesitados, los enemigos, los extranjeros, las mujeres, los niños, la ley y el templo.

Se comunicó, además, por medio de los numerosísimos milagros de toda especie, que fueron signo de su poder divino y de la presencia de Dios en la historia. Los milagros suscitaban estupor y acogida, y también celos y odio. Fueron ocasión, para enemigos y discípulos, para comprender a Jesús y para el tránsito de la autoridad profética (*exousía*) al interrogante sobre su realidad divina (*ousía*), de su poder extraordinario a su ser extraordinario.

Jesús se comunicó con sus gestos, sus silencios, sus miradas. Hasta sus movimientos espaciales vienen a ser comunicación salvífica. Su viaje hacia Jerusalén tenía una precisa intencionalidad de revelación y de cumplimiento de su misión redentora: *Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los sumos sacerdotes y a los letrados, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará* (Mt 20,19).

La misma llamada de los discípulos al seguimiento (cf Mc 1,16-20) fue comunicación de extraordinaria verdad religiosa y experiencia de compartir la vida y de participación en los mismos ideales apostólicos. El seguimiento implicó, de hecho, en los discípulos, la comunión cotidiana con Él (Mc 3,14; *se quedaron con Él*, Jn 1,39) en la predicación, en la oración, en la alegría de los milagros extraordinarios (el milagro del agua convertida en vino en las bodas de Caná: Jn 2,2-11), en la intimidad de la última cena (Jn 13-17), en el dolor por la muerte de Lázaro (Jn 11), por la proximidad de la pasión en el

huerto de los olivos (Jn 18), por la crucifixión (Jn 19, 26-27). La vida y la misión de Jesús llegaron a ser la vida y la misión de los discípulos.

El misterio pascual de la muerte y de la resurrección constituyeron el sello supremo de esta comunicación total. Ésta se perpetúa en la historia no sólo en la predicación de los discípulos sino, sobre todo, en el sacramento de la eucaristía, que realiza en el tiempo y en el espacio el encuentro interpersonal de cada cristiano con Jesús evangelizador y salvador.

Durante los tres años de la vida pública Jesús actuó con una educación en la fe tan totalizante, que llegó a ser una ósmosis vital verdadera y propia. A través de esta intensa pedagogía, que alcanza su puesto de extrema concentración y maduración en la Pascua, Él comunicó y motivó los dos núcleos esenciales de la fe cristiana:

1. La salvación se alcanza, no tanto mediante la aplicación de la ley, cuanto a través de la fe en su persona y en su acontecer (= el acontecimiento de Cristo como polo personal inmediato de la fe cristiana);
2. La salvación cristiana alcanza su culmen cuando llega a ser experiencia vital de relación con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo (= la comunión trinitaria como polo personal maduro de la existencia cristiana).

Es decir, la enseñanza de Jesús tuvo una fuerte concentración cristocéntrico-trinitaria. Jesús mostró que la salvación cristiana es vida concreta de inter-relación personal con Dios. El evangelio de San Juan contiene, de manera eficaz, este itinerario catequético de maduración, que parte de la fe en Cristo y llega a la vida en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo: «El que me ama guardará mi palabra; y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23).

2. El primer anuncio cristiano: Jesús es el Señor

Ya antes de Pascua, Jesús había prometido a Pedro el *poder de las llaves* (*Te daré las llaves del reino de los cielos*, Mt 16,19), que incluía también el encargo de enseñar con autoridad. Pero fue después del acontecimiento pascual (muerte-resurrección ascensión-pentecostés), cuando los apóstoles y los discípulos hicieron resonar (de aquí el término *catequesis*, del griego katechéo, que significa *hago resonar, enseño a viva voz*) con extraordinaria eficacia y dedicación el anuncio salvífico de su maestro. San Pablo, por ejemplo, afirma: *El que es catequizado en la doctrina, haga partícipe de todos sus bienes a quien lo catequiza* (Gal 6,6 : el verbo es utilizado dos veces). La enseñanza de Jesús, el Señor, y el acontecimiento de su muerte y resurrección resultan ser el contenido del primer anuncio misionero y de los primeros escritos cristianos. Por esto los evangelios no son otra cosa que los primeros grandes catecismos de la comunidad cristiana de los inicios (cf Lc 1,4). En su Carta a los Romanos, San Pablo afirma: *Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor (...) serás salvado* (Rm 10,9; cf 1 Cor 13,3-5; 1 Cor 12,3; Fil 2,11).

Algunos ven un primer sumario escrito de catequesis postpascual en 1 Cor 15, 3-5, donde Pablo recuerda a los Corintios el núcleo esencial del depositum fidei, por él recibido y transmitido: *Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce*. La instrucción básica de los cristianos era el anuncio de la muerte, de la sepultura, de la resurrección y de las apariciones del Resucitado.

Mas allá del anuncio y de la fe, después de la Pascua el seguimiento es testimonio de Jesús hasta el martirio y vida de comunión con el Padre, con el Hijo resucitado y con el Espíritu Santo en una existencia de comunión eclesial. En las cartas paulinas y joanas se advierte la gran concentración cristológico-trinitaria de la fe de las primeras

comunidades cristianas : *Nosotros somos el templo del Dios vivo* (2 Cor 6,16), porque estamos llamados a la comunión con el Espíritu Santo (cf 2 Cor 13,13; Fil 2,1) y *con el Padre y con su Hijo Jesús Cristo* (1 Jn 1,3.6-7; 1 Cor 1,9; 6.15.19). Éste es el núcleo de la catequesis de Jesús y sobre Jesús: educación y maduración de la fe en la persona de Cristo, como existencia salvada en la comunión trinitaria.

La catequesis postpascual es también comprendida y vivida como maduración y comunicación global de la fe a través del anuncio de Jesús (kérygma), la oración y la acción sacramental de la Iglesia (leiturgia, eucaristía), el servicio a los necesitados (diakonía), la comunión con Dios y con los hermanos (koinonía, ekklesía), el testimonio supremo del martirio (martyría). La catequesis postpascual es, por tanto, global como la de Jesús. Es, además, esencial, es decir, centrada sobre la fe en el misterio trinitario, e integral, envolviendo la existencia entera de las personas y de las comunidades en su vida histórica y en la perspectiva escatológica. Tal estructura es, sustancialmente, la que se encuentra en el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), dividido en cuatro partes. Ante todo, consta la presentación y la profundización de la profesión de fe, el Credo. La segunda parte educa para la celebración del misterio cristiano en la liturgia y en los Sacramentos. La tercera parte contiene la enseñanza de Jesús y de la Iglesia sobre la vida moral y sobre los mandamientos. La última parte forma para la vida de oración, con una catequesis amplia sobre el Padrenuestro. Y es Jesucristo, el maestro, quien ilumina y sostiene estas cuatro dimensiones de la única existencia cristiana. Él es, de hecho, el objeto de la verdadera fe; está presente con su acción salvífica en la Iglesia y en sus sacramentos; es modelo, fuente y soporte, con su gracia, del actuar cristiano; es maestro e inspirador, con su Espíritu, de nuestra oración al Padre.

3. Jesucristo, centro de la catequesis de la Iglesia

El reclamo a Jesucristo, como auténtico centro y fuente de anuncio cristiano, emerge explícitamente en el Concilio Vaticano II, definido por Pablo VI: *el gran catecismo de los nuevos tiempos*. En el discurso de apertura del Concilio (11 de Noviembre de 1962), Juan XXIII puso a Jesucristo *en el centro de la historia y de la vida; los hombres, o están con Él y con su Iglesia, y entonces gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz; o, por el contrario, están sin Él*.

El cristocentrismo es una de las claves interpretativas más eficaces del Vaticano II. Desde el primer documento - *Cristo está siempre presente en su Iglesia, de modo especial en las acciones litúrgicas*, a la constitución dogmática sobre la divina revelación - *Cristo Señor, en quien encuentra cumplimiento toda la revelación del Dios supremo*-, hasta el último documento, que afirma en el conocido número 22:

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (...). Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!

La recuperación del cristocentrismo en la evangelización y en la catequesis significa reafirmar la centralidad de Jesucristo en el anuncio de la fe, como camino de maduración, de educación y de formación de la existencia cristiana en su concreción y globalidad. Ésta es, de hecho, la definición de la catequesis: *Se llamó catequesis al conjunto de esfuerzos realizados por la Iglesia para hacer discípulos, para*

ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios, a fin de que, mediante la fe, tengan la vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo.

El cristocentrismo en la catequesis tiene un doble significado. Ante todo, indica que Jesucristo es el único verdadero maestro, por lo cual, en la catequesis es necesario enseñar sólo la doctrina y la vida de Jesús. En segundo lugar, la catequesis sitúa en el centro de su anuncio la *persona* misma del Salvador, su misterio de encarnación, pasión, muerte y resurrección redentora. De hecho, la finalidad última de la catequesis *es poner a cada uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y puede hacernos participar de la vida de la Santísima Trinidad.*

4. Inspiración cristocéntrica del Jubileo del 2000

Este retorno del cristocentrismo no es otra cosa que un retorno a la auténtica dimensión del anuncio cristiano. De hecho, en el acontecimiento de Cristo, en la comprensión de su misterio y en la participación de su seguimiento se desvela el nombre auténtico de Dios, el significado y el valor de la existencia salvada de toda persona humana.

La insistencia sobre el anuncio de Jesucristo es la temática central tanto de la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II (1990), como del documento Diálogo y anuncio (1991) del Pontificio Consejo para el diálogo inter-religioso y de la Congregación para la evangelización de los pueblos.

También el documento final de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo 1992) tiene una intrínseca estructura cristocéntrica. Los obispos afirman: *Proclamamos nuestra fe y nuestro amor a Jesucristo. Él es el mismo 'ayer, hoy y*

siempre (cf Hb 13,8). Las tres partes del documento son cristológicas: 1. Jesucristo, evangelio del padre; 2. Jesucristo, evangelizador viviente en su Iglesia; 3. Jesucristo, vida y esperanza de América Latina.

La encíclica sobre la moral, de Juan Pablo II, *Veritatis splendor* (1993), tiene también una estructura cristocéntrica. Es *Jesucristo, la luz verdadera que ilumina a todo hombre* y Él es el maestro del actuar moral de la humanidad entera. Todo ser humano dirige a Él, todavía hoy, la pregunta del joven rico: *Maestro, ¿qué debo hacer de bueno para obtener la vida eterna?* Lo mismo hay que decir de la segunda encíclica moral de Juan Pablo II, *Evangelium vitae* (1995), toda ella centrada en Jesucristo, vida y dador de vida a la humanidad y al cosmos. El cristocentrismo de Juan Pablo II reconduce la moral cristiana a su fuente originaria, incentivando la dinámica filial de una asimilación de Cristo en la obediencia al Padre. El horizonte del ser y del actuar humano es, de hecho, la realidad de la encarnación del Hijo de Dios.

La referencia total a Jesucristo viene propuesta de nuevo por el Papa también en la exhortación postsinodal *Vita Consecrata* (1996). La vida consagrada es una vida concentrada en el único valor que es la persona de Jesús. Ella es la visibilización de la existencia terrena de Jesucristo en la historia de la humanidad: *Con la profesión de los consejos evangélicos los rasgos característicos de Jesús - virgen, pobre y obediente - adquieren una típica y permanente 'visibilidad' en medio del mundo.*

La carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (1994) refleja este contexto de centralidad cristológica reencontrada en la catequesis y en la evangelización: Cristo es *el único mediador entre Dios y los hombres*; es *Señor del cosmos y de la historia*; es *el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento.*

El jubileo, como tiempo propicio de reevangelización y de maduración en la fe, debe vivir de esta interna realidad cristocéntrica, que es esencialmente trinitaria: *La estructura ideal para este trienio,*

centrado en Cristo, Hijo de Dios hecho hombre, debe ser teológica, es decir, 'trinitaria'. El centro de la reflexión será la profundización de Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre.

El año 1997, que señalará el inicio del triduo de años de preparación para el 2000, *se dedicará a la reflexión sobre Cristo, Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo. Es necesario destacar el carácter claramente cristológico del jubileo, que celebrará la Encarnación y la venida al mundo del Hijo de Dios, misterio de salvación para todo el género humano.*

CAPITULO III

***Ser cristianos* Jesucristo en la comprensión de los cristianos de hoy**

1. *Y vosotros ¿quién decís que soy yo?* (Mt 16,15)

El 15 de agosto de 1988, la revista internacional *Time Magazine* puso por decimosexta vez el rostro de Jesús en la portada. El artista Rudy Hoglund había creado un retrato de Jesús compuesto por un *mosaico* de 29 teselas. Estas teselas estaban formadas por detalles de diecisiete imágenes célebres de Cristo, pintadas a lo largo de la historia: mosaicos, iconos, frescos, vidrieras historiadas, grabados, tapices, pinturas antiguas y modernas. Aún siendo elaboradas en varias épocas históricas, por artistas diversos y con técnicas diferentes, las pequeñas teselas, dispuestas oportunamente, formaban un rostro *reconocible* de Jesús. Una especie de continuidad contenedora en la discontinuidad de las formas. A pesar de las diversas interpretaciones que se han dado de Jesús, dentro y fuera del cristianismo, permanece verdadera la afirmación de la carta a los Hebreos: *Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre* (Hb 13,8).

El Cristo de la teología, de la pastoral y de la evangelización cristiana no es sólo un modelo ejemplar de humanidad; ni sólo un inspirado profeta de la voluntad y de la ley de Dios entre los hombres. Jesús no enseña solamente a ser hombres o a ser hombres de fe. Él invita a ser *suyos*: *Permaneced en mí y yo en vosotros (...). Yo soy la vid y vosotros los sarmientos* (Jn 15,4.5). Esto implica el reconocimiento vital de Jesús, como *Señor y Cristo* (Hch 2,36), como salvador universal de la humanidad (Hch 4,12), como único revelador y mediador entre Dios y los hombres (cf 1 Tm 2,5-6).

Para la primera comunidad, llamarse «cristianos» (cf Hch 11,26) significaba aceptar a Cristo como el horizonte y sostenimiento definitivo de todas las esperanzas salvíficas de la humanidad; significaba ver en Él el reconciliador universal (Col 1 20; Ef 1,10), el liberador de la esclavitud del mal (Rm 6,17-18), el recreador del hombre

(Rm 5,1; Tt 3,5-6), el Hijo de Dios encarnado (Jn 1,14), profundamente hombre aun siendo verdaderamente Hijo de Dios (cf Hb 2, 17-18; 4,14-15: 5,7-8). La comprensión cristiana supera y lleva a su cumplimiento las interpretaciones humanísticas y religiosas de Jesús. Para los cristianos, Jesús no es un relativo o uno de tantos grandes modelos de humanidad y religiosidad, sino un absoluto: Él es el único y solo que puede llevar a la plena realización toda persona humana, junto con toda la humanidad y el cosmos.

Es ejemplar esta página de Pablo VI sobre Jesús:

Jesús está en el vértice de la aspiración humana, es el término de nuestras esperanzas y de nuestras oraciones, es el punto focal de los deseos de la historia y de la civilización, es decir, es el Mesías, el centro de la humanidad, Aquel que da un valor a las acciones humanas, Aquel que conforma la alegría y la plenitud de los deseos de todos los corazones, el verdadero hombre, el tipo de perfección, de belleza, de santidad, puesto por Dios para personificar el verdadero modelo, el verdadero concepto de hombre, el hermano de todos, el amigo insustituible, el único digno de toda confianza y de todo amor; es el Cristo-hombre. Y, al mismo tiempo, Jesús está en el origen de toda nuestra verdadera suerte, es la luz por la cual la habitación del mundo toma proporciones, forma, belleza y sombra; es la palabra que todo lo define, todo lo explica, todo lo clasifica, todo lo redime; es el principio de nuestra vida espiritual y moral; dice lo que se debe hacer y da la fuerza, la gracia, de hacerlo; reverbera su imagen, más aún su presencia, en cada alma que se hace espejo para acoger su rayo de verdad y de vida, de quien cree en Él y acoge su contacto sacramental; es el Cristo-Dios, el Maestro, el Salvador, la Vida.

Aun permaneciendo intacto el núcleo central del anuncio cristológico, los cristianos desde el inicio han utilizado varios modelos interpretativos del acontecimiento de Cristo. Más que un censo completo de dos mil años de historia del cristianismo, damos aquí un simple mapa de las ópticas más significativas de la cristología católica y no católica contemporáneas.

2. El Cristo glorioso de la tradición ortodoxa

La nota distintiva de la cristología de las iglesias ortodoxas y orientales viene dada, no por la reinterpretación inculturada de Jesús, ni por la tendencia a la praxis, sino más bien por la posesión pacífica de la fe en Él y por la participación en su divinidad (= la divinización) a través de la alabanza continua en la liturgia, en la ascesis, en la contemplación, en la iluminación. Es una cristología que parte de la afirmación joanea del Hijo de Dios que se encarna (cf Jn 1, 14). La encarnación es considerada como el acontecimiento cósmico decisivo, que restaura la creación y la renueva, restituyendo al cosmos y al hombre su gloria divina originaria. En este contexto se sitúa la afirmación convencida de que el hombre se realiza auténticamente cuando participa en la vida de Dios.

Hablando metodológicamente, la cristología ortodoxa se elabora y se comprende desde el interior de la tradición patrística y conciliar de los primeros siglos del cristianismo. Partiendo de la resolución y suficiencia de esta tradición eclesial se subraya sin incertidumbres o vacilaciones la gloria divina de Jesús, verdadero hombre y verdadero Dios, llamado casi siempre el *Theós Lógos* (Dios Verbo).

También la catequesis ortodoxa es esencialmente cristológica. Haciendo referencia a las imágenes, ésta se concibe como contemplación del *iconostasio*, es decir, de las grandes fiestas litúrgicas de la Iglesia, que destacan los misterios del Cristo terreno y glorificado: el nacimiento de Jesús, su bautismo, la transfiguración, el anuncio del reino, la cruz y la resurrección, la ascensión y pentecostés, su segunda venida. La narración de los misterios de la vida de Jesús tiene lugar en el ámbito de la tradición eclesial, sin excesivas distracciones y concesiones a los desafíos de la irreligiosidad y de la indiferencia contemporánea.

3. El Cristo crucificado de la visión luterana

Para Lutero, la única óptica posible para la comprensión y el anuncio de Cristo es la teología de la cruz, que representa la síntesis de todo el mensaje cristiano. «La palabra de la cruz» (cf 1 Cor 1,18) aquí no significa sólo la realidad de la pasión y muerte de Jesús, sino el modelo interpretativo de toda la revelación cristiana: «En Cristo crucificado reside la verdadera teología y el verdadero conocimiento de Dios.» La cruz es la identidad problemática y provocadora de la verdadera identidad cristiana. Es el Dios crucificado el verdadero criterio de toda Iglesia, de toda teología y de la verdad entera del cristianismo.

4. La riqueza de la visión cristológica católica

La visión católica, tanto en la reflexión sistemática como en la mediación catequética y pastoral, está caracterizada por:

1) el énfasis de la humanidad de Jesús, ya sea vista como camino de descubrimiento y de afirmación de su divinidad, o bien como modelo de realidad humana realizada; 2) el diálogo con el mundo contemporáneo, que suscita una multiplicidad de ópticas interpretativas del misterio de Cristo; 3) la exigencia de la inculturación, que genera una pluralidad de cristologías *en contexto*, particularmente adaptadas a las condiciones culturales de las diversas zonas eclesiales; 4) una tensión al reclamo existencial-práctico, que tiende a poner en armonía ortodoxia y ortopraxis.

De aquí se deriva una multiplicidad de visiones cristológicas, que constituyen una verdadera riqueza teológica y pastoral. La cristología *cósmica*, por ejemplo, presenta a Jesucristo como meta de convergencia universal, que sostiene, guía, purifica, atrae y lleva a cumplimiento la tensión evolutiva del cosmos y de la humanidad entera. La

crisología *histórica* subraya la historia como el lugar de la revelación y de la aplicación salvífica del misterio de Cristo. La crisología de la *liberación* ve, en los gestos salvíficos de Cristo con los pobres y los marginados, el centro del mensaje cristiano y la realización suprema del reino de Dios. La crisología *religioso-popular* trata de redescubrir el significado profundo, teológico y pastoral, de las múltiples tradiciones de la religiosidad cristiana. La crisología *en contexto*, partiendo de la originalidad histórico-cultural de una determinada zona eclesial, intenta elaborar una interpretación *inculturada* del misterio de Cristo.

Nos detendremos brevemente sobre algunas visiones cristológicas, particularmente sugestivas de cara a una renovación de la evangelización y de la catequesis como preparación para el gran jubileo del 2000.

5. El misterio de Cristo en la *religiosidad popular católica*

5.1. La religiosidad popular: una realidad catequética fundamental

La *religiosidad popular* o *piEDAD popular* es el verdadero ambiente vital de la acción catequética y pastoral de la Iglesia. La mayor parte de los fieles, sean niños o adultos, incultos o instruidos, pobres o ricos, viven plenamente inmersos en este clima de devoción popular. Acogen, comprenden y expresan la fe cristiana no con las categorías cultas de la «teología de escuela», sino con códigos propios y particulares, cuyo contenido es, con frecuencia, rico en símbolos y en experiencias vitales. Por esto la religiosidad popular no puede ser descuidada como insignificante o simplemente supersticiosa, sino que debe ser acogida como un valor religioso y cristiano.

Ya en 1975 Pablo VI había invitado a redescubrir esta realidad: *Tanto en las regiones donde la Iglesia está plantada desde siglos como allí donde está en camino de ser implantada, se descubren en el pueblo expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy, un poco por todas partes, el objeto de un nuevo descubrimiento.* También Juan Pablo II ha exhortado a valorar en la catequesis los elementos positivos de la piedad popular.

5.2 La religiosidad popular es un *humanismo cristiano*

En 1979, la tercera conferencia general del episcopado latinoamericano reunida en Puebla, en Méjico, en su amplio y conocidísimo documento final, se describe así la religiosidad popular: *Por religión del pueblo, religiosidad o piedad popular, entendemos el complejo de las profundas creencias confirmadas por Dios, los comportamientos fundamentales que se derivan de estas convicciones y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma cultural o existencial que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular.*

La religiosidad popular está llena de valores que responden con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. Tiene, de hecho, el sentido de lo sagrado, manifiesta una sed de Dios, expresa un fervor y una pureza de intención conmovedores, que sólo pueden tener los sencillos y los pobres. Está disponible para ser confrontada con la Palabra de Dios, vive la presencia trinitaria (que se percibe en las devociones y en las iconografías), cree en la providencia y en la presencia amorosa y constante de Dios Padre, tiene un gran sentido de la oración. Tiene una capacidad de síntesis vital que une creativamente lo divino y lo humano, Cristo y María, espíritu y cuerpo, comunión e institución, persona y comunidad, fe y patria, inteligencia y afecto.

La religiosidad popular siente fuertemente la conciencia del pecado y la necesidad de la expiación; celebra a Cristo en su misterio de encarnación (Navidad, el Niño Jesús), en su crucifixión, en la eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; hace progresar en el conocimiento del misterio de Cristo, de su mensaje, de su encarnación, de su cruz redentora, de su resurrección, de la acción del Espíritu en cada cristiano, del misterio del más allá. Expresa el amor a María, venerada como la Inmaculada Madre de Dios y de los hombres y hace capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Manifiesta la fe en un lenguaje total (canto, imágenes, gesto, color, danza) y, superando los racionalismos fríos, la sitúa en el tiempo (fiestas) y en los lugares (santuarios y templos) y la vive profundamente en la participación de los sacramentos de la Iglesia, sobre todo en los de la reconciliación y la eucaristía.

La religiosidad popular genera actitudes interiores que raramente se observan en otras partes en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los otros, devoción, práctica de las virtudes evangélicas, desprendimiento de las cosas materiales y solidaridad. Tiene respeto filial hacia los pastores de la iglesia y afecto vivo y sincero por la persona del santo Padre, a quien miran con gran entusiasmo como Maestro y Testigo de la bondad de Jesús en el mundo.

Por su profunda sabiduría humana y cristiana, la religiosidad popular puede constituir un auténtico *humanismo cristiano que afirma la radical dignidad de toda persona, como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aún en medio de una vida muy dura.*

5.3. La exigencia de una reeducación de la religiosidad popular

No se pueden silenciar los límites y los peligros de la religiosidad popular, sobre todo cuando es ignorada y descuidada por la obra de la evangelización y de catequesis. Los límites de tipo ancestral están

constituídos por la superstición, la magia, el fatalismo, la idolatría del poder, el fetichismo y el ritualismo.

Los límites, por deformación de la catequesis, son los siguientes: arcaísmo estático, desinformación e ignorancia, reinterpretación sincretista, reducción de la fe a un puro contrato en las relaciones con Dios, estima exagerada del culto a los santos en detrimento del conocimiento de Jesucristo y de su misterio.

Las amenazas a la religiosidad popular provienen también del secularismo, difundido por los medios de comunicación social, el consumismo, las sectas, las manipulaciones ideológicas, económicas y sociales, los mesianismos políticos secularizados, el desarraigo y la proletarización urbana por causa de las migraciones internas y externas.

De aquí surge la urgencia de la purificación y de una rectificación continua, pero sobre todo de un proceso de formación continuada de la religiosidad popular.

5.4. La figura de Jesús en la religiosidad popular

El misterio de Jesucristo es un elemento central de la religiosidad popular. El Cristo popular -cualquiera que sea el grado de comprensión o de degradación teológica-, permanece como un Cristo vivido, escuchado, acogido, amado y seguido por el pueblo cristiano. Aunque un tanto desfigurado y pobre desde el punto de vista de las motivaciones -con frecuencia aventajado por la beata Virgen y por algunos Santos-, es Él quien ilumina y sustenta la existencia global del pueblo, resultando portador y garante de sus valores más nobles y de sus aspiraciones más auténticas. De esto dan prueba la participación en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía; la celebración de las grandes fiestas litúrgicas cristológicas; el uso de las devociones cristológicas como, por ejemplo, las del Sagrado Corazón; su presencia protectora en las casas, con imágenes, altarcitos y estatuas.

Limitándonos a América Latina y a aquellos países influenciados profundamente por los siglos de presencia española y portuguesa -pero lo mismo se puede decir de la religiosidad de influencia italiana, polaca o alemana en el Norte y en el Sur de América y en Australia, los estudiosos del folklore y de la religiosidad popular han identificado algunas «imágenes» de Cristo. En estas naciones está particularmente viva la devoción a *Cristo muerto*, con quien el pueblo se queda ensimismado: el famoso crucifijo de la Iglesia de San Francisco, en Bahía (Brasil), podría sintetizar la cristología popular latinoamericana. También es grande la veneración a «Cristo niño», que suscita ternura; a *Cristo rey*, que estimula, da fuerza y valentía en las dificultades de la vida y en la persecución de la fe; a *Cristo rey de la paz*, predicado por los primeros evangelizadores.

Ante esta realidad cristológica popular se debe preparar una catequesis de reevangelización, anunciando sin reducciones y opciones preconcebidas la figura del Cristo bíblico-eclesial, verdadero Dios y verdadero hombre: *Es nuestro deber anunciar claramente, sin dejar espacio a dudas o equívocos, el misterio de la encarnación: tanto la divinidad de Cristo en el modo en que la profesa la iglesia, como la realidad y la fuerza de su dimensión humana e histórica. No podemos deformar, reducir o ideologizar la persona de Cristo, ya sea haciéndole un político, un líder, un revolucionario o un simple profeta, ya sea reduciendo al ámbito meramente privado a Aquel que es Señor de la Historia.*

Por tanto, sobre la base de la integridad del misterio de Cristo, la cristología de la religiosidad popular puede devolver la esperanza al pueblo frecuentemente oprimido y humillado: *Solidarios con los sufrimientos y las aspiraciones de nuestro pueblo, sentimos la urgencia de darle lo que es específicamente nuestro: el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios. Sentimos que ésta es la 'fuerza de Dios' (Rm 1,16), capaz de transformar nuestra realidad personal y social y de encaminarla hacia la libertad y la fraternidad, hacia la plena manifestación del Reino de Dios.*

Llevando a cumplimiento este patrimonio cristológica de la religiosidad popular, el documento de Santo Domingo (1992) ha concentrado precisamente en el misterio de Cristo la nueva evangelización del continente latinoamericano, presentando a Jesús como *evangelio del Padre*, como «*evangelizador vivo en su Iglesia*» y como «*vida y esperanza de América Latina*»:

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, buen Pastor y Hermano nuestro, nuestra única opción es por Ti. Unidos en el amor y en la esperanza bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe, Estrella de la evangelización, invocamos tu Espíritu. Concédenos la gracia, en continuidad con Medellín y Puebla, de dedicarnos a una nueva evangelización a la que todos estamos llamados, con una especial participación de los laicos, particularmente de los jóvenes, comprometiéndonos en una educación continua de la fe, celebrando tu alabanza y anunciándote más allá de nuestras fronteras, en una Iglesia decididamente misionera (...). Danos energías para comprometernos en una promoción integral del pueblo latinoamericano y del Caribe, a partir de una evangélica y renovada opción preferencial por los pobres y al servicio de la vida y de la familia. Ayúdanos a trabajar por una evangelización inculturada que penetre en los ambientes de nuestras ciudades, se encarne en las culturas autóctonas y afroamericanas a través de una eficaz acción educativa y una moderna comunicación. Amén.

6. Cristo inculturado

6.1 La inculturación, ley de toda evangelización cristiana

Para el Vaticano II, la historia de la evangelización cristiana ha sido y debe seguir siendo un proceso continuo de *adaptación cultural*, de *diálogo con las culturas*, de *intercambio vital con las diversas culturas de los pueblos*. La Iglesia, extrayendo los valores de los

tesoros escondidos en las distintas formas de la cultura humana *desde el comienzo de su historia, aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo y procuró ilustrarlo, además, con el saber filosófico. Procedió así con el fin de adaptar el evangelio al nivel del saber popular y a las exigencias de los sabios en cuanto era posible. Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización.*

Así, cada pueblo desea tener la capacidad de expresar, según la propia forma de ser, el mensaje de Cristo y, al mismo tiempo, se promueve así un intercambio vital con la Iglesia. Juan Pablo II afirma en *Catechesi tradendae*: *Podemos decir de la catequesis, como de la evangelización en general, que está llamada a llevar la fuerza del evangelio al corazón de la cultura y de las culturas. Para esto, la catequesis tratará de conocer las culturas y sus componentes esenciales; aprenderá sus expresiones más significativas, respetará sus valores y riquezas peculiares. Sólo así se podrá proponer a tales culturas el conocimiento del misterio oculto y ayudarles a hacer surgir, de su propia tradición viva, expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos.*

En estos últimos tiempos se ha profundizado en el estatuto teológico-pastoral de la inculturación, mediante la elaboración de algunos criterios para una nueva expresión auténtica en el contexto del evangelio de Cristo. Se habla, así, de criterio cristológico, por el cual el proceso de inculturación es una verdadera y propia encarnación de la buena noticia de Jesús en una determinada cultura, con el consiguiente aprecio de los valores de esa cultura y con la crítica a sus límites humanos y religiosos.

Un segundo criterio, eclesiológico, ve en la Iglesia, tanto universal como particular, el lugar y la garantía en la historia del éxito exacto del proceso de inculturación. En la realidad concreta de la experiencia eclesial se acoge, se vive, se discierne, se valora, se purifica, en pocas palabras, se cumple y se realiza la inculturación. Por esto, la Iglesia llega a ser en la historia lugar de experiencia y criterio de validez y de legitimación de toda cultura.

Un tercer criterio, antropológico, subraya el fin de la inculturación que debe revelarse como servicio de promoción, de iluminación, de liberación global de la humanidad de los círculos negativos del pecado, de la muerte, de la injusticia, del sin sentido, de la violencia, de la prevaricación, de la pobreza. La inculturación de la fe es una experiencia de salvación vivida por una comunidad cristiana en un determinado lugar y en un tiempo particular, como primicia de salvación definitiva.

Un cuarto criterio, dialógico, hace que el proceso de inculturación no lleve al ghetto del aislamiento, de la incomunicación y de la contraposición, sino que, en cambio, contribuya a una mayor comprensión del misterio de Cristo en el descubrimiento fascinante de aspectos siempre nuevos, complementarios y enriquecedores. Por eso, la inculturación cristiana no significa marginación sino interacción, compartir y participar, pluralidad sana y apertura continua al futuro. El Espíritu Santo hace madurar los frutos de cada cultura en beneficio de todas las demás y de la iglesia universal. Las culturas florecen y se desarrollan no como matas aisladas de hierba sino como ramas de un único árbol.

6.2 Cristo en las culturas

La fina sensibilidad de la originalidad y de la identidad de las distintas zonas culturales eclesiales está ofreciendo un panorama amplísimo de cristología *en contexto*. Al no poder ofrecer un mapa completo de los numerosos intentos de inculturación, presentes en todo el mundo católico, acentuamos solamente algún resultado de esta cantera laboriosa en diligente actividad.

En las Filipinas, por ejemplo, hay propuestas de presentación y valoración de Cristo en la religiosidad popular filipina: el *Santo Niño*, el *Santo Entierro* (Jesús muerto). Se busca, además, traducir la salvación traída por Cristo en categorías de vivencia humana y religiosa del lugar. Por ejemplo, la experiencia de la salvación-liberación en Cristo se traduce con el término *ginhawa* (más o menos

bienestar), que deriva de la superación del *hirap* (todo cuanto puede ser obstáculo para la felicidad humana, desde cualquier punto de vista, incluso el espiritual). Títulos filipinos para Jesús pueden ser, por ejemplo, Datung Matarung, (que en Visaya significa *aquél que da la prosperidad* y que puede ser representado mediante el árbol del malunggay, uno de los más populares y benéficos de Filipinas) o Ngir Omekuul (que en Palau significa *ancla y puerto*) o Abay (que en Cebuano significa *compañero de viaje*) o Manluluwas-Kauban (que en la isla de Mindanao indica *aquél que se interesa, que socorre al hambriento, que viaja con su gente, que protege a los perseguidos, que perdona a los pecadores, en una palabra, el liberador*).

También en la India hay un buen fermento de inculturación con propuestas de cristología de la guruship de Jesús (Jesús como maestro de vida iluminada y salvada). Jesús es llamado, también, Vimochakan (*liberador*), que practica ahimsa (la *no violencia*) y cuyas armas son amor, compasión, acogida y compromiso por la libertad de los oprimidos, los discriminados, los fuera de casta.

Otras propuestas provienen del Bangladesh (Jesús Uttam Neta: *buen jefe, buen guía*), de Papúa Nueva Guinea (Jesús Kamungo: *gran hombre*, título ya usado en la liturgia), de Corea (Jesús Minjung Mudang: el '*shaman*' del pueblo, para el pueblo y con el pueblo), de la China (Jesús Saving Star), de Taiwan (Jesús verdadero *Fu*, es decir, fuente de todo bienestar), de Tailandia (Jesús Pau: padre), de los aborígenes de Australia (Jesús Walan: pelícano), del Japón (Jesús Doo-shi: maestro que enseña).

La inculturación y el problema de la universalidad salvífica de Cristo son problemas candentes en Asia. Pero, a la pregunta que hace algún tiempo se planteaba una revista: si verdaderamente en Asia había sitio para Cristo, la respuesta de las comunidades eclesiales es un sí entusiasmante, desde el momento en que Jesús logra responder plenamente con su misterio salvífico a los anhelos de interioridad, de liberación, de felicidad, de concordia y de vida sin fin de los pueblos asiáticos.

También en Africa se están ofreciendo interesantes apuntes cristológicos inculturados, como la consideración de Cristo Jefe, Antepasado, Hijo Mayor, Sanador, Maestro de iniciación. Son nombres y conceptos que podrían facilitar una comprensión mejor de la figura de Jesús y de su misterio salvífico. Los autores africanos son conscientes, sin embargo, de que el misterio de Jesucristo no puede ser totalmente asimilado y expresado con categorías autóctonas, sin perder su originalidad. En Cristo debe permanecer una irreductible e intraducible alteridad.

La inculturación cristológica no es sólo un problema teológico y pastoral en zonas concretas zonas eclesiales sino de toda la Iglesia. No se trata, obviamente, de redescubrir *nuevos rostros de Cristo* sino de dar a la humanidad contemporánea la respuesta a su pregunta de sentido, de felicidad, de dignidad, de fraternidad, de paz. Es necesario unir la realidad de Jesús, que se nos ha transmitido en el Nuevo Testamento, con el mundo moderno. Esto es posible mediante la propuesta de un discipulado cristiano recobrado y reactualizado mediante el descubrimiento del reino de Dios, del amor de Dios y del prójimo, de la conversión, de la salvación, de la misión, de la exigencia del perdón y de la reconciliación, del seguimiento y de la iglesia.

7. Jesucristo para los jóvenes

Más allá de esta inculturación geográfica, está el gran continente de los *jóvenes* que tiene su particular visión de Jesús. El rostro de Cristo que más fascina a los jóvenes es el de *Cristo Vida*, por el que Jesús resulta para ellos el amigo, el confidente, el hermano, aquel que perdona, el vencedor del mal, el camino, la verdad. Para los jóvenes de todo el mundo Jesucristo es sinónimo de humanidad realizada, de cambio de vida, de liberación. Sobre todo en los jóvenes convertidos se observa el sentido de la presencia liberadora de Jesús: liberación no sólo del pecado y del mal radical, sino también de los miedos de la piedad ancestral y apertura a una nueva vida más gozosa,

más libre y liberadora. Jesús permanece todavía hoy como una persona concreta y significativa, que ha enseñado a amar, dando ejemplo y pagando con la propia vida. Todavía hoy Jesús entusiasma a los jóvenes sedientos de amor, de justicia y de paz.

Una síntesis de la comprensión juvenil de Jesús podría incluir los siguientes elementos:

1. Jesús es un hombre comprometido en una *causa* justa, que unifica todas las energías de su persona;
2. Esta causa es el anuncio del *reino de Dios* como don de felicidad y de liberación para todos, sobre todo para los marginados, los enfermos, los oprimidos, los débiles, las mujeres, los excluidos, los pequeños, los extranjeros, los pobres;
3. El origen de esta liberación terrena y eterna es Dios, que Él anuncia como Padre, Hijo y Espíritu Santo;
4. La vida terrena de Jesús fue coherente y armónica: los hechos se correspondían con las palabras y la coherencia le llevó a morir en cruz;
5. Al acontecimiento de la resurrección fue una llegada de victoria y de derrota, de vida y no de muerte. Esta cristología juvenil llena de significado la vida de los jóvenes, dándoles su unidad y perspectiva de compromiso personal y comunitario.

8. La provocación del modelo cristiano

Este sintético panorama cristológico muestra la extraordinaria variedad y riqueza de la figura de Jesús en la conciencia de fe de los cristianos. Se trata de una paleta de colores sugestiva, que parece traducir - aunque no de modo exhaustivo - el augurio de San Pablo a los cristianos de Éfeso: *Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; y así, con todo el pueblo de Dios, lograréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo lo que trasciende a toda filosofía: el amor cristiano. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la Plenitud total de Dios* (Ef 3,17-18).

Resumamos algunas afirmaciones:

1. Cristo es confesado como el salvador del hombre y el camino para su completa divinización;
2. En su cruz se cumple el misterio de la redención del dolor y de la muerte del hombre;
3. Su humanidad es contemplada como el modelo y la fuente de todo auténtico humanismo;
4. Su persona divina como el fin y el cumplimiento del proceso evolutivo del cosmos y de la humanidad;
5. Su historia terrena como lugar privilegiado de diálogo y de ofrecimiento salvífico;
6. su acontecimiento como la satisfacción de la aspiración intrínseca del hombre «auditor de la Palabra» y salvado históricamente por la Palabra de Dios encarnada;
7. Su mensaje como auténtica liberación de toda esclavitud, pobreza e injusticia;
8. Su presencia de Resucitado como cercanía providente y continua y como gran inspiradora de la sabiduría de vida del pueblo simple y humilde, fermento anclado en la celebración participada y festiva de sus misterios de salvación;
9. Su acontecimiento como impulso transformador y renovador de la cultura de los pueblos;
10. Su misterio como catalizador de los ideales más nobles de los jóvenes, que lo consideran único y verdadero dador de alegría, libertad y vida.

No faltan, también, en las imágenes cristianas, zonas de sombra, como la ignorancia, el descuido catequético, el cansancio de milenios de tradición, la tentación sincretista, reduccionismos indebidos, acentuaciones unilaterales e incitaciones relativistas. Tanto los valores como los límites de este resumido mapa cristológico son, sin embargo, motivo de *reevangelización* cristológica.

Se debería añadir, a todo esto, la denominada *crisología de los Santos*, es decir, la interpretación vital de Jesús que han dado los Santos en su ejemplar existencia personal: como, por ejemplo, el Cristo pobre y gozoso de Francisco de Asís, el Cristo rey y maestro de Ignacio de Loyola, el Cristo buen Samaritano de Juan de Dios, el Cristo pastor y educador de Juan Bosco. El conocimiento y experiencia, que de Jesucristo tienen los cristianos, constituye un patrimonio precioso para transmitir y hacer fructificar en adelante. De hecho es una herencia que ofrece impulsos siempre válidos para la remotivación de la esperanza cristiana, hoy.

9. Orientaciones para una nueva evangelización de Jesús, hoy

Surgen, no obstante, algunas preguntas espontáneas: ¿cómo orientarse en esta espléndida galería de retratos cristológicos, todos igualmente fascinantes? ¿hay que utilizarlos todos o se debe privilegiar a alguno en particular? y ¿en base a qué criterios se pueden definir legítimos estos y otros retratos de Jesús?

Nos preguntamos, en definitiva: ¿cuáles son los pilares, contenidos esenciales, que se encuentran en la base de las imágenes válidas de Jesucristo? ¿cuáles son los núcleos centrales de un correcto anuncio contemporáneo del misterio de Jesús? ¿Cómo vivir y hacer vivir su misterio de salvación en los distintos contextos culturales, sociales y categóricos?

Recordamos, a este propósito, que el fin específico de esta reflexión teológico-pastoral sobre Jesucristo es el de desarrollar, promover y nutrir cotidianamente, en el ámbito de la conciencia y de la vida, la comprensión y la experiencia del misterio de Jesucristo.

Es útil recordar cuanto Juan Pablo II decía en *Catechesi Tradendae*: *La finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es*

la de ser un período de enseñanza y de maduración, es decir, el tiempo en el que el cristiano, habiendo aceptado por la fe la persona de Jesucristo, como el solo Señor, y habiéndole prestado una adhesión total con la sincera conversión del corazón, se esfuerza por conocer mejor a ese Jesús en cuyas manos se ha puesto: conocer su misterio, el Reino de Dios que anuncia, las exigencias y las promesas contenidas en su mensaje evangélico, los senderos que Él ha trazado a quien quiera seguirlo.

Para responder a la exigencia de una nueva propuesta pastoral, sistemática e integral, del misterio de Cristo, trabajamos con una doble opción.

Ante todo, entre tantos rostros de Jesús, elegimos el del Cristo bíblico-ecclesial. El rostro de Jesús que nos entrega la Iglesia en la Escritura y en su concreta existencia de fe. La experiencia bimilenaria de santidad, de apostolado, de testimonio, de salvación por parte del pueblo de Dios, se funda, en realidad, sobre el reconocimiento de Cristo como Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado por nuestra salvación, único salvador (cf Hech 4,12) y *Señor de todos* (Hech 10,36). Es éste el Cristo que la comunidad ecclesial ha de re-anunciar, inculturar y, sobre todo, vivir hoy como ayer y como mañana.

La segunda opción se refiere a la respuesta de una criteriología que no sólo sea verificadora, sino también existencial. De tal modo, la verdad sobre Jesucristo llega a ser vida, en Él y por Él.

Por eso se proponen tres criterios, que pueden constituir la plataforma segura de un anuncio integral sobre Jesucristo, tanto desde el punto de vista del contenido como desde el punto de vista de la participación existencial: 1. la narración de la historia de Jesús; 2. el anuncio de Jesús como Viviente hoy en la Iglesia y en el mundo y como Salvador único y definitivo de la humanidad; 3. la relevancia salvífica del misterio de Cristo, hoy.

La justificación e ilustración de estos criterios constituyen el objeto de los capítulos siguientes.

Capítulo IV

La narración de la historia de Jesús

1. Jesús y la historia

Jesucristo no es un mito, ni una idea atemporal, ni una creación a-histórica de la primitiva comunidad cristiana. Jesús es un personaje histórico, en el sentido pleno del término. El primer núcleo de todo anuncio cristológico es la narración de la historia de Jesús como fuente primaria de la experiencia cristiana de todo tiempo y espacio. De hecho, la historia concreta de Jesús de Nazaret - sus gestos, sus palabras, sus actitudes, su doctrina, su testimonio, su muerte en cruz, su resurrección constituye la salvación definitiva ofrecida por Dios a toda persona humana. Su historia es, por tanto, *historia de salvación* para todo ser humano y para el cosmos entero.

La historia se entiende aquí en sentido pleno. Sobre todo como ámbito de un hecho realmente acaecido en un tiempo determinado, en un espacio y contexto socio-político. En segundo lugar, como lugar de revelación y de realización del plan salvífico de Dios.

En la primera acepción, Jesús es un personaje histórico vivido al comienzo del primer siglo de la era cristiana (7-4 a.C.-30 d.C.), que, con Él, toma el nombre y arranca la cuenta del tiempo. En este nivel Jesús puede y debe ser acogido *históricamente*, - como así hacen, por ejemplo, los ateos y no cristianos, en sus aspectos paradigmáticos humanos y religiosos. Por eso, en la catequesis no habría que descuidar el área de la motivación histórico-crítica de Jesucristo y de las fuentes cristianas, no solo para una respuesta al problema del escepticismo y hasta de la negación de la misma existencia histórica de Jesús, sino, sobre todo, por la armonía exacta entre el testimonio histórico de las fuentes cristianas y su intencionalidad de fe.

En la segunda acepción, el concreto caso histórico de Jesús constituye en sí mismo la revelación y la realización cumplida del misterio de salvación, don de la Trinidad de Dios: *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

El contenido esencial de nuestra profesión de fe está ligado al anuncio de la historia de Jesús, Hijo de Dios, que nació murió y resucitó por nuestra salvación. La historia de Jesús es el contenido y la norma de nuestro anuncio de fe, así como lo fue para la primera comunidad cristiana.

La predicación de Pedro es la narración de la historia de Jesús:

Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó (Hech 2,22-24).

Toda interpretación de Jesús debe, por tanto, confrontarse con su historia, de la que recibe aval y fundamento. La historia se comprende aquí como una realidad compleja con dimensiones en relaciones estrechas entre ellas. En el acontecimiento de Cristo la historia, en particular, llega a su máxima valencia salvífica. En Él la historia - su palabra, su gesto, sus acontecimientos es simultáneamente salvación. Su parábola existencial alcanza su culmen en el misterio pascual de muerte y resurrección, que son los acontecimientos salvíficos por excelencia. Por tanto, el Cristo bíblico es el polo originario de todo anuncio cristológico.

2. Fiabilidad histórica y carácter biográfico de los evangelios

¿Se puede narrar la *historia* de Jesús? ¿Las fuentes cristianas son fiables históricamente y, además, ofrecen material útil para narrar, por ejemplo, la *vida* de Jesús? Conviene resumir algunos resultados importantes de la historiografía contemporánea para tratar de reducir la duda metodológica y el escepticismo sistemático que pesa también sobre la catequesis habitual, sobre la posibilidad de recabar, de las

fuentes cristianas, noticias atendibles sobre la persona y sobre las acciones de Jesús.

Juan Pablo II afirma: *Pero el gran acontecimiento, que los historiadores no cristianos se limitan a mencionar, alcanza luz plena en los escritos del Nuevo Testamento que, aun siendo documentos de fe, no son menos atendibles, en el conjunto de sus relatos, como testimonios históricos.*

El estudio de la credibilidad histórica de las fuentes cristianas, en el centro de un debate encendido e iniciado a partir del siglo XVIII, y hoy todavía no superado del todo, es de gran relevancia tanto histórica como teológica. La búsqueda contemporánea no sólo tiende a considerar con mayor confianza el fundamento histórico de las narraciones evangélicas, sino que ve siempre, cada vez más estrecha, la relación entre los evangelios y las biografías greco-romanas del tiempo. Quizá por esto han sido publicadas en estos últimos años algunas vidas de Jesús. Se puede, pues, dar por concluido el giro completo de la rueda hermenéutica: se ha pasado de una consideración ingenua de los evangelios como biografías de Jesús a la negación neta de tal cualificación y, por fin, a un retorno críticamente documentado de su valor no sólo histórico, sino también *biográfico* en el significado de las biografías helenísticas del tiempo. Quizá es útil dar aquí un sucinto resumen de este desarrollo epocal.

2.1. Los evangelios y las biografías antiguas

Clyde Weber Votaw, en un artículo de 1915, había situado los evangelios en el ámbito de una literatura biográfica *popular* greco-romana, a la par con las vidas del filósofo Sócrates (469-399 a.C.), biografiado por sus discípulos Platón (Diálogos) y Jenofonte (Memorables); del taumaturgo Apolonio de Tiana (10-97d.C.), contemporáneo de Jesús, biografiado por Filóstrato; del filósofo Epicteto (50-130 d.C.), biografiado por su discípulo Arriano de Nicomedia. Los exponentes del método de la historia de las formas se habían opuesto a esta interpretación biográfica. Estos consideraban

a los evangelios como simples narraciones populares y leyendas culturales, sin base alguna histórica y sin particulares propósitos biográficos.

Estudiosos de crítica literaria, sobre todo norteamericanos e ingleses (Peter Georgi, David Laurence Barr, Judith L. Wentling, Gilbert G. Bilezikian...), han superado, poco a poco, el prejuicio de considerar a los evangelios como narraciones legendarias. Una significativa contribución a la línea de la revalorización de la fiabilidad histórica y biográfica de los evangelios ha sido dado por los estudiosos de Graham N. Stanton, para quien, por ejemplo, el evangelio de Lucas ofrece una información abundante sobre la vida y sobre el carácter de Jesús de Nazaret. Estudiando las antiguas biografías, hace notar que, de hecho, en muchas de ellas falta los elementos que hoy son considerados importantes, como la cronología y el desarrollo del carácter psicológico del héroe. Su conclusión es que los evangelios son escritos biográficos, aunque con características diversas de las modernas.

En 1978, también Charles H. Talbert, insertaba todos los evangelios en el género biográfico y en 1982 Philip Schuler motivaba el carácter biográfico del evangelio de Mateo. En la obra editada por Hubert Cancik en 1984, se demostraba cómo el género literario del evangelio de Marcos era un *bios* (vida). También en 1984 y en la prestigiosa obra *Ascensión y decadencia del mundo romano*, Klaus Berger publicó un estudio con el título *Géneros literarios helenísticos del Nuevo Testamento*. En esta amplísima monografía, Berger replica que los evangelios están muy próximos a los *bioi* (vidas) de los filósofos antiguos. Habiéndose cumplido casi un siglo de estudios en esta misma línea, en 1992 Richard A. Burridge podía afirmar que la tendencia creciente entre los estudiosos del Nuevo Testamento, al considerar a los evangelios como *biográficos*, está justificada; habría llegado el momento, pues, de utilizar el adjetivo *biográfico*, al ser los evangelios verdaderas y propias vidas de Jesús.

Confrontando los evangelios con la producción biográfica del mundo greco-romano y hebreo de algunos siglos antes y después del

nacimiento de Jesús, se alcanzan motivaciones convincentes sobre los evangelios como verdaderas y propias vidas de Jesús. Concretamente, Burridge analiza las siguientes diez vidas: 1. Evágora de Isócrates (438-338 a.C.), un elogio, en prosa, de alabanza al rey de Chipre; 2. Argesilao de Jenofonte (428-354 a.C.), también es un elogio, con mucho material histórico, en honor del rey de Esparta; 3. Eurípides de Sátiro, autor de vidas de tradición peripatética (III sec. a.C?); 4. Ático de Cornelio Nepote (sec.I a.C.), que forma parte del *Sobre varones ilustres*, primer ejemplo de biografía romana; 5. Moisés de Filón de Alejandría (30-25 a.C.), que es una biografía de un personaje bíblico; 6. Agrícola de Tácito, escrita en el 98 d.C. en honor del cónsul Julio Agrícola; 7. Catón el Menor de Plutarco (45-120 d.C.), que forma parte de las *Vidas Paralelas*; 8. *Vidas del César*, de Cayo Tranquilo Suetonio (nacido en el 69 d.C., desconocida la fecha de su muerte); 9. *Démonax* de Luciano (120-180 d.C.); 10. *Apolonio de Tiana* de Filóstrato (170-250 d.C.).

La característica más importante del género *bíos* (vida) es la atención exclusiva al sujeto: todas estas obras se concentran en el personaje biografiado, que es el protagonista único y exclusivo del escrito. El tratamiento, sin embargo, es muy dúctil: algunas veces hay una cobertura plena de toda la vida del héroe; otras veces de un solo período; alguna vez se concentra en los hechos y cronología, otras veces sobre algunas temáticas, enseñanzas o virtudes en orden no cronológico.

2.2. Carácter biográfico de los evangelios

Burridge aplica a los evangelios sinópticos y a Juan el mismo análisis usado en el contraste con las diez biografías antes presentadas. Damos solamente alguna conclusión útil para nuestro discurso.

En lo que se refiere a las notas introductorias, pone de relieve, por ejemplo, que Mateo comienza con la genealogía de Jesús, elemento característico del *bíos* (vida), y que el prólogo de Lucas es una verdadera y propia introducción historiográfica, similar a los prólogos de la literatura biográfica contemporánea greco-romana.

En segundo lugar, el sujeto de los evangelios es exclusivamente Jesús, personaje clave que ocupa toda la escena: los otros personajes giran en torno a él. El círculo de luz está siempre sobre Jesús. Es diversa, en cambio, la situación en los Hechos de los Apóstoles, donde la narración tiene como protagonistas a los apóstoles, sobre todo a Pedro y Pablo. La concentración exclusiva sobre Jesús, típica del bíos (vida), está confirmada por el análisis del sujeto de los verbos: Jesús es el sujeto en casi una cuarta parte de los verbos (24,4%) y, además, un quinto se refiere a sus palabras, a su enseñanza, a sus parábolas (20,2%). Ningún otro personaje obtiene una atención superior al 1%. Los discípulos, como individuos y como grupos significan el 12,2%; aquellos, a quienes Jesús habla o ayuda, el 9,3%; todos los demás, el resto, alcanza el 5%.

Por otra parte, los evangelios se concentran en los tres últimos años de la vida de Jesús y, especialmente, sobre su muerte. Esta falta de referencias a los otros años ha sido presentada, con frecuencia, como una objeción fuerte a la consideración de los evangelios. En realidad, en las biografías antiguas examinadas, los primeros treinta o cuarenta años de los héroes están tratados muy brevemente, e incluso omitidos; el acento se pone en el período decisivo de su vida y muerte.

Analizando estadísticamente el espacio que los evangelistas reservan a la pasión y muerte de Jesús, se llega a las siguientes conclusiones. Mateo y Lucas dedican a la última cena y a la pasión, muerte y resurrección de Jesús el 15% de su relato, mientras que Marcos el 19,1%. Si se compara con el espacio dedicado a los últimos acontecimientos del héroe en las vidas grecorromanas antiguas, se constata que se está dentro de la norma: en Plutarco el porcentaje es del 17,3%, en C.Nepote del 15%; en Tácito del 10%; en Filóstrato del 26%. La concentración de los evangelistas sobre la pasión y muerte de Jesús no es, pues, un argumento contra el carácter biográfico de los evangelios. Se supera así, también, el lugar común, enunciado primeramente por Martín Kähler, según el cual Marcos sería la historia de la pasión con una introducción amplia. En realidad, tal y como ya se ha dicho, la pasión ocupa solamente el 19,1% de la narración y no se puede considerar el resto, el 80,9%, como mera introducción. Además, el

análisis del desarrollo de los tres evangelios demuestra que los evangelistas están narrando una historia con una precisa progresión geográfica, que tiene en Jerusalén su meta final, y con una estructura cronológica que va desde el nacimiento o desde el ministerio público hasta su pasión y muerte. En este marco espacio-temporal cada evangelista inserta el material temático. Todo esto es típico en las vidas greco-romanas.

A propósito del modo de caracterización, algunos afirman que falta en los evangelios una presentación física y psicológica del personaje Jesús. Esto, sin embargo, es sobre todo un requisito en las vidas modernas. El método antiguo, en general, extraía el carácter del personaje de sus dichos y de sus hechos. Lucas lo dice abiertamente: de modo diferente que en los Hechos, su evangelio trata de aquello que Jesús comenzó a hacer y enseñar (Hech 1,1). En vez de hablar en abstracto de caridad y de acogida, los evangelios muestran a Jesús disponible y comprensivo hacia los necesitados. Se trata, por tanto, de una caracterización indirecta, pero no por eso menos eficaz y completa. Como los autores de las vidas, también los evangelistas tienden a delinear su personaje ofreciendo, no una fotografía de Jesús, sino un retrato, es decir, su imagen interpretada y meditada. Se trata de caracterizaciones no abstractas y estereotipadas, sino concretas y originales.

Cuanto se ha dicho de los sinópticos, se puede afirmar del evangelio de Juan, que se considera en general como interesado no tanto en la actividad de Jesús cuanto más bien en afirmaciones teológicas. En realidad, el análisis manual de los sujetos de los verbos, en el cuarto evangelio, revela que, más de un quinto, tiene a Jesús como sujeto (20,1%). Si se añaden los sujetos de los dichos referidos a Jesús, se llega al 55,3%, resultado superior al de los mismos sinópticos. La conclusión es bastante sorprendente: Juan está interesado en la actividad de Jesús tanto en la narración como en la enseñanza. Además, un tercio del evangelio está dedicado a la última semana, a la despedida y a la pasión y muerte de Jesús. Esto no es extraño a las vidas. Aparece evidente parangonando, por ejemplo, con el Argesilao de Jenofonte, en donde el 37% de la narración está dedicado a la

campana persa, y con el Apolonio de Tiana de Filóstrato, en donde el 26,3% del relato está dedicado a los diálogos del encarcelamiento, del proceso y de la muerte.

En conclusión, el adjetivo *biográfico* se puede aplicar con razón a los evangelios, que pueden ser considerados como verdaderas y propias vidas de Jesús, ciertamente en correspondencia con la concepción literaria del tiempo. Los evangelios no serían, pues, sólo la historia de la experiencia cristiana de las primeras comunidades eclesiales. Esto se puede decir de las Cartas de San Pablo, de los Hechos de los Apóstoles, del Apocalipsis. Los evangelios, en cambio, están concentrados sobre Jesús, sus palabras, sus actitudes, sus obras de poder y, especialmente, sobre el acontecimiento salvífico de su muerte y resurrección. La primitiva comunidad cristiana no habría producido los evangelios como *vidas* si no hubiese estado interesada en la persona histórica de Jesús, fuente y fundamento de la propia existencia de fe, de oración, de misión, de servicio y de testimonio.

3. Evangelización como narración de la historia de Jesús

En el ejemplo de la primitiva comunidad cristiana, conviene proponer hoy, de nuevo, el anuncio integral de las palabras y de las acciones de Jesús de Nazaret. Es necesario volver a tomar entre las manos los evangelios y releer la palabra de Dios, como luz, espíritu y vida.

La narración fue, de hecho, la expresión principal de la primitiva catequesis cristiana (cf Lc 1,1-4). Los discursos de Pedro y Pablo, contenidos en los Hechos de los Apóstoles, no son más que un relato de la historia de Jesús. Los cuatro evangelios pueden ser considerados como cuatro manuales para vivir la fe en Cristo. Si la historia de Jesús, narrada por Marcos, puede preparar a los catecúmenos para la conversión, la historia que repropone Mateo ofrece a los neobautizados el modo más adecuado para vivir el seguimiento de Jesús. El

evangelio de Lucas y los Hechos de los Apóstoles forman un subsidio para todos los fieles en orden a emprender una vida de testimonio evangélica y misionera. Por fin, la historia de Jesús, contada por Juan, constituye para los cristianos maduros un verdadero y propio manual de espiritualidad cristocéntrica y trinitaria.

La narración debe ser vista no tanto como información, sino como auténtica y compleja obra de comunicación de la fe, de representación de los acontecimientos salvíficos, de interpelación existencial, de conversión y de invitación a un apostolado coherente.

El instrumento más oportuno para una lectura personal y comunitaria, altamente edificante e interiorizada, de la historia de Jesús, parece ser hoy la *lectio divina*, que es una lectura orante de los evangelios. En la lectio la palabra de Jesús no sólo es escuchada y meditada, sino sobre todo orada y acogida. Custodiada en el corazón de los fieles, les lleva a una conversión continua y a un armónico testimonio apostólico.

Para dar elementos de meditación, proponemos aquí, en síntesis, los momentos más significativos de la historia de Jesús: su predicación, el misterio pascual de muerte y resurrección, su nacimiento.

Capítulo V

Jesús anuncia la Buena Nueva

1. La pedagogía de Jesús

La *Buena Nueva* del reino, predicada y practicada por Jesús fue la victoria sobre el mal físico, psíquico y espiritual. A los discípulos de Juan, enviados para cerciorarse sobre su identidad, Jesús les responde: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia» (Mt 11,4-5).

El anuncio de Jesús no fue un inconsistente flatus vocis, sino una intervención inmediata y sanadora de Dios, que vivificaba al hombre restituyéndole la salud y el equilibrio psíquico, liberándolo del poder del maligno. En Jesús había perfecta armonía y correspondencia entre palabra y comportamiento, entre ser y actuar. En su predicación, el anuncio de la salvación llegaba a ser experiencia inmediata de salud física, libertad psicológica y liberación espiritual.

Es significativo, al respecto, el episodio del parálítico de Cafarnaum, relatado por los tres sinópticos: *Subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un parálítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al parálítico: '¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados'. Algunos de los letrados se dijeron: 'Este blasfema'. Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: '¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir tus pecados están perdonados, o decir levántate y anda? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados' -dijo dirigiéndose al parálítico-: '¡Ponte en pie, toma tu camilla, y vete a tu casa!'. Se puso en pie, y se fue a su casa (Mt 9,1-7)*. En este hecho, la sanación física no es otra cosa que el rostro visible del milagro espiritual de la liberación del pecado. Sanar y perdonar son los gestos típicos de la pedagogía de Jesús.

2. Jesús acoge a los pobres y a los marginados

Uno de los hechos más notables de la historia de Jesús es su cercanía a los pecadores y a los marginados, tanto que fue llamado *amigo de publicanos y pecadores* (cf Mt 11,19). Aparentemente se trata de un título de reproche y reprobación. En realidad el apelativo corresponde al comportamiento auténtico de Jesús. Para él la cercanía del reino era la proximidad salvífica de Dios hacia todos los marginados de su tiempo, víctimas del rechazo, de la segregación, de la desigualdad, de la injusticia, del pecado y del mal.

Siempre es larga la lista de los pobres y de los indigentes de toda época y de toda sociedad. En el tiempo de Jesús era una multitud exterminada y discriminada y los excluidos por enfermedad, por el censo, por la religión, los comportamientos inmorales. Jesús ejerció una compasión sin límites hacia ellos: *Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor* (Mt 9,36). Antes de la multiplicación de los panes, Jesús «vio el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos» (Mt 14,14).

Acogida, compasión, comprensión y perdón fueron las actitudes habituales de Jesús en relación a aquella multitud de necesitados que se le acercaban cada día: publicanos, pecadores, prostitutas, malhechores, extranjeros, leprosos, viudas, niños, enfermos, doloridos, endemoniados, renegados, enemigos, pobres, y hasta los mismos que le crucificaron. Jesús tiene una atención especial para los pobres y despreciados: *Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3). Se trata de la carencia de bienes exteriores vivida con una actitud interior de confianza, reconocimiento y abandono absoluto en la providencia divina. Aunque Jesús adopta, frente a los ricos, una actitud de comprensión (cf Mc 10,21), sin embargo, la pobreza es el ideal del verdadero cristiano: *Si quieres llegar hasta el final, anda, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres - así tendrás un tesoro en el cielo - y luego vente conmigo* (Mt 19,21).

3. Jesús perdona y convierte a los pecadores

Los publicanos y recaudadores de impuestos eran mal vistos por el pueblo, porque colaboraban con los romanos invasores y también por su comportamiento injusto y odioso. La convivencia frecuente con ellos se consideraba comprometedor. Eran, en realidad, asimilados a los pecadores y a las prostitutas (cf Mt 9,10; 2,31-32; Mc 2,15; Lc 15,1). Resultaba anticonvencional, incluso escandalosa e inconveniente, la actitud amigable de Jesús, que se sentaba a la mesa con ellos: *Y estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos* (Mt 9,10). Jesús hace que no les falte su palabra de enseñanza y conversión a estos singulares marginados sociales. Más aún, llama a su seguimiento al publicano Mateo, haciéndolo discípulo suyo (Cf Mt 9,9) y presenta como modelo de verdadera actitud de oración no al fariseo, supuestamente bueno y soberbio, sino al publicano humilde, que se declara pecador delante de Dios (cf Lc 8,10-13).

Es significativo el encuentro de Jesús con Zaqueo, jefe de los publicanos de Jericó. Deseoso de ver a Jesús, Zaqueo, por causa de la muchedumbre y de su baja estatura, subió a un sicómoro: *Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: 'Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa'. Él bajó en seguida, y lo recibió muy contento* (Lc 19,5-6).

El encuentro de Zaqueo con Jesús es la parábola del hombre que busca realizar su propia vocación para la felicidad. Zaqueo era *jefe de los publicanos y rico* y estaba considerado por todos como un «pecador» (cf Lc 19,2.7). No obstante a las riquezas mal ganadas y a las múltiples preocupaciones para administrarlas y acrecentarlas, Zaqueo quería ver a Jesús y encontrarse con quien había restituido la felicidad al ciego a la entrada de la ciudad (cf Lc 18,35-43). Más que impulsado por la simple curiosidad, parecía atraído por la fuerza irresistible del bien, por el deseo intenso de recibir también él el don de la vista interior para cambiar la propia existencia.

Zaqueo debe escoger entre perseverar en el pecado y la injusticia o abrirse al reclamo del bien y de la equidad. La palabra de Jesús lo orienta definitivamente a la elección del bien: *'Baja en seguida, porque hoy debo quedarme en tu casa'*. *Él bajó en seguida...* (Lc 19,5-6). Es el tiempo propicio de la llamada a la gracia, que exige una respuesta pronta y convencida. Zaqueo siente que tiene a mano, providencialmente, la utopía de la felicidad. Es necesario apresurarse y pasar de una actitud de pura curiosidad, de extrañeza ante el bien y quizá también de soberbia, a una actitud de conversión y de actuación del bien en los gestos de la existencia cotidiana.

Hay que notar el significado salvífico de este simple adverbio: *hoy*. Es la condensación de la vida de toda persona humana, que es esencialmente *hoy*, es decir, *tiempo*, pasado, presente y futuro. El pasado está formado por muchísimos *hoy*, que ya no poseemos. El futuro estará constituido por muchísimos *hoy*, aún no conocidos ni vividos por nosotros. El presente es el *hoy* que se tiene a disposición para alcanzar la felicidad. Y en el presente, ahora, es cuando Jesús llama al encuentro con él, atendiendo a la disponibilidad del hombre para acogerlo: *Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos* (Ap 3,20).

En el evangelio de San Lucas se puede recabar una teología extraordinaria del hoy salvífico, en el que se juega nuestro destino de felicidad. El evangelista usa con frecuencia este vocable en relación con Jesús. En el nacimiento, el ángel dice a los pastores; *Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor* (Lc 2,11). En la sinagoga de Nazaret, Jesús mismo se aplica la profecía de Isaías (61,1s): *Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír* (Lc 4,21). *Ante la curación del paralítico, la muchedumbre exclama asombrada: Hoy hemos visto cosas admirables* (Lc 5,26). A Pedro, que de palabra estaba dispuesto a ir a prisión y a morir por su maestro, Jesús le replicó: *Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme* (Lc 22,34). Y Pedro, acordándose que Jesús le había dicho *hoy me negarás tres veces (...)* *lloró amargamente* (Lc 22,61-62). Al malhechor crucificado, que le pedía acordarse de él, Jesús le dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc

23,43). El *hoy* es, pues, el tiempo salvífico en el que Jesús nace para nosotros, cumple para nosotros sus milagros de curación, padece nuestras repetidas negaciones, y da su salvación eterna: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*.

Jesús, el resucitado y *Yo soy El que vive* (Ap 1,18), repite su invitación: *Hoy tengo que alojarme en tu casa*. Se dirige a la humanidad, que está a la búsqueda de su propia felicidad y de su propia salvación. Zaqueo comprende que le ha llegado la hora del cambio. Baja en seguida del árbol y acoge a Jesús con alegría (cf Lc 18,6). Dice el salmista: *Que se alegre el corazón del que busca al Señor* (Sal 105,3). La alegría de Zaqueo expresa conversión auténtica. Su hospitalidad, de hecho, significa el reconocimiento de su situación de pecado e inmediata disponibilidad al cambio, manifestado no sólo con palabras sino con gestos concretos: *Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más* (Lc 19,8).

Zaqueo comienza una nueva vida, una vida reconciliada no sólo con Dios sino también los hermanos defraudados por su avaricia. Una vida de *co-división*: *la mitad de mis bienes se la doy a los pobres*. Aquí hay un acento de ironía involuntaria, o quizá de humildad y de aceptación de los propios límites. Zaqueo no es todavía un santo absoluto, como era, por ejemplo, San Francisco de Asís, que distribuyó a los pobres no la *mitad* sino *todos* sus bienes. El gesto de la restitución de los bienes adquiridos injustamente es, sin embargo, un verdadero acto de conversión a la virtud antes olvidada. Es una recuperación de autenticidad y de felicidad.

En realidad, la virtud, como actuación práctica del bien, es el principio generador de la verdadera felicidad: *El deseo de la verdadera felicidad libera al hombre del excesivo apego a los bienes de este mundo, para ver cumplidos sus anhelos en la visión y en la bienaventuranza de Dios*. La verdadera felicidad no es, de hecho, un bien ya dado, sino un bien para crear con inventiva, sagacidad y sabiduría.

4. Jesús cura a los enfermos

Cristo, taumaturgo y médico de los cuerpos y de las almas, es un título fundado en la realidad del Jesús terreno. Obviamente, en los tiempos de Jesús no existían los conocimientos científicos contemporáneos sobre las enfermedades y los micro-organismos que las pueden originar. Tampoco existía una teorización adecuada de los males psicológicos. Ni eran conocidas, al menos en Israel, operaciones quirúrgicas significativas, con excepción de la circuncisión que, sin embargo tenía un carácter socio-religioso más que propiamente terapéutico. Las reglas de higiene eran, además, rudimentarias si es que existían, del mismo modo que las curas y medicinas, que frecuentemente se reducía a dietas (Lc 8,55), ungüentos y cataplasmas (cf Is 1,6; 38,21), colirios (cf Ap 3,18) y baños (cf Jn 5,4). En el Nuevo Testamento se describen minusvalías físicas como la sordera o la mudez (cf Mc 7,31-37), la epilepsia (cf Lc 9,38; Mt 17,14), la hidropesía (Lc 14,2), las hemorragias (cf Mt 9,20-22), etc.

La actividad sanadora de Jesús está entre las primeras páginas y mejor atestiguadas del Nuevo Testamento: *Jesús recorría toda Galilea (...) predicando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le traían todos los pacientes aquejados de enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, epilépticos y paralíticos, y Él los curaba* (Mt 4,23-24; cf Mt 9,35; 14,34-36; 15,30-31).

Son innumerables los casos de curación. Jesús cura de la fiebre a la suegra de Pedro con un gesto de gran afecto: *la tomó de la mano y se le pasó la fiebre* (Mt 8,15). Sana al paralítico a quien le perdona los pecados (cf Mt 9,1-8). Devuelve la salud a la mujer que hacía doce años sufría pérdidas de sangre (cf Mt 9,20-22). Restituye la vista a los ciegos (cf Mt 9,27-31; 20,29-34; Mc 8,22-26); es extraordinario el caso del joven, ciego de nacimiento que, curado por Jesús, maravilló enormemente no sólo a la muchedumbre sino también a sus mismos padres (cf Jn 9,1-41). Reintegra el oído y la palabra a un sordomudo (cf Mc 7,31-37) y el uso de la articulación a

un hombre con la mano paralizada (cf Mt, 12, 9-14). Sana a un epiléptico (cf Mt 17, 14-21), a un hidrópico (cf Lc 14,1-6) y a una mujer encorvada, enferma desde hacía dieciocho años (cf Lc 13,10-17).

Una vez se le acercó al mismo Jesús un enfermo crónico, abandonado por todos nada menos que durante treinta y ocho años. Encontrándose en Jerusalén, entró en la piscina Betesda, con cinco pórticos, bajo los cuales yacía un gran número de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos: *Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: '¿Quieres quedar sano?'. El enfermo le contestó: 'Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado'. Jesús le dice: 'Levántate, toma tu camilla y echa a andar'. Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar* (Jn 5,5-9).

Probablemente esta piscina era -o había sido- una especie de santuario pagano, dedicado a Esculapio, el dios sanador griego. Bajo los pórticos se reunía un gran número de *enfermos, ciegos, cojos y parálíticos*. La piscina, con su agua abundante, y fresca de manantial, tenía un poder regenerador para la salud. Jesús toma la iniciativa: *¿Quieres quedar sano?* (Jn 5,6).

En este parálítico se puede ver la humanidad herida en la extrema marginación de la enfermedad y de la soledad. El parálítico veía cada día a los otros enfermos, que venían acompañados al agua para curarse. Él, en cambio, permanecía solo e inmóvil. No tiene ya coraje y fuerza para gritar como los diez leprosos del pueblo: *Jesús maestro, ten compasión de nosotros* (Lc 1-7,13). Ninguno se preocupaba de él. Las grandes ciudades y sus multitudes anónimas esconden frecuentemente dramas silenciosos de marginación y de soledad. Jesús va al encuentro de todos, ofreciendo su agua de vida, de muchas maneras: con la palabra del evangelio; con su presencia eucarística en la comunidad eclesial; con la acogida, la ayuda y la solidaridad de hombres buenos y virtuosos. Éste es un antídoto extraordinario contra

la soledad y la marginación de los pobres, enfermos, ancianos, extranjeros parados y desesperados.

Jesús vence no sólo al pecado y a las enfermedades, sino también a Satanás. Él libera a los hombres poseídos por el maligno: *Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; Él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos* (Mt 8,16). Sanó a dos endemoniados furiosos de Gadara (cf Mt 8,28-34; Mc. 5,120; Lc 8.26-39), al endemoniado de Cafarnaum (Mc 1,21-28; Lc 4,31-37), a un endemoniado mudo (cf Mt 12,22-24) y a otro ciego y mudo (Mt 12,22-24).

Es verdad que en aquel tiempo las indisposiciones, alteraciones funcionales y enfermedades, como la epilepsia, eran consideradas consecuencias de posesiones diabólicas. Sin embargo, en la lucha contra los endemoniados, Jesús se encuentra no sólo ante personas enfermas, sino ante el adversario del bien, el tentador y seductor del hombre. Y lo vence. El poder de Jesús es superior al de Satanás. En los exorcismos Jesús no sólo cura de una enfermedad, sino que expulsa a aquel que es adversario del reino de Dios. En la lucha entre el bien y el mal, Jesús es el vencedor de Satanás.

5. Jesús honra a las mujeres

La actitud de Jesús en relación con las mujeres es un ejemplo más de su disponibilidad para la acogida recreadora de los oprimidos y marginados. Por eso, su comportamiento ha sido considerado signo y clave de verdadera humanidad. El testimonio evangélico es unívoco. Jesús acogió a las mujeres, las estimó, las respetó, las valoró. Él vivió en una sociedad y cultura androcéntrica y discriminatoria de las mujeres, hostigadas y humilladas en sus derechos fundamentales de personas: las mujeres eran propiedad primero del padre y después del marido; no tenían el derecho de atestiguar; no podían aprender la Torá.

Habiendo venido en este ambiente, Jesús actuó sin animosidad, pero con libertad y coraje. Él se acerca a las mujeres, las cura, no discrimina a las extranjeras (sana a la hija de la mujer sirofenicia: Mc 7,24-30), supera el tabú de su impureza legal (cura a la hemorroísa: Mc 5,34), la pone como ejemplo (elogia a la pobre viuda: Mc 12,41-44), cultiva la amistad con ellas (tiene familiaridad con Marta y María, hermanas de Lázaro: Lc 10,38-42; Jn 11).

Una novedad nunca vista es la actitud misericordiosa hacia aquellas mujeres que eran despreciadas por ser pecadoras o adúlteras, como la pecadora pública que entra en la casa del fariseo para ungirle los pies con aceite perfumado (Lc 7,37-47) o la mujer sorprendida en flagrante adulterio (Jn 8, 3-11).

Ejemplo significativo es su coloquio con la Samaritana. Se trata de una mujer no hebrea, notoriamente pecadora desde el momento en que había tenido cinco maridos y aquél con el que convivía no era su marido. Es una situación particularmente grave, tanto que también los discípulos *se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer* (Jn 4,27). No obstante, Jesús se detiene con ella, le manifiesta el misterio del Padre, el de la adoración trinitaria y el secreto de su persona:

'Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu. La mujer le dice: 'Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga él nos lo dirá todo'. Jesús le dice: 'Soy yo: el que habla contigo' (cf Jn 4,21-26).

Para Jesús, la mujer era igualmente capaz, como el hombre, de penetrar las grandes verdades religiosas, de aceptarlas, vivirlas y, a su vez, de anunciarlas. La Samaritana, de hecho, se hace discípula y mensajera entre los habitantes de su aldea: *En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer*

(Jn 4,39). Por otro lado, también Marta, la hermana de Lázaro, emitió, como Pedro, una profesión de fe entusiasta: *Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que tenía que venir al mundo* (Jn 11,27).

Con Jesús, las mujeres llegan a su mayoría de edad y vencen la segregación de aquella cultura. Ellas lo acompañaron hasta la cruz, sin traicionarlo (cf Mt 27,55). Por esta fidelidad, Jesús les dio la alegría de ser las primeras anunciadoras de su resurrección. Apareciéndose a la Magdalena, Jesús le confía el primer mensaje gozoso: *María Magdalena fue y anunció a los discípulos: 'He visto al Señor' y también lo que le había dicho* (Jn 20,18).

Analizado, a la luz de la psicología del profundo, el comportamiento de Jesús, es valorado muy positivamente; es la actitud de un hombre equilibrado y extraordinariamente armónico. La fuente de tal comportamiento no es la cultura del tiempo, fuertemente androcéntrica, ni la simple oposición a tal cultura.

Jesús obedece, de hecho, a la ley de la creación y de la redención. Su criterio de valoración es la realidad del *origen*, aquella de la paridad en la dignidad y nobleza del hombre y de la mujer (cf Gen. 1,27). Para aquellos que hablaban del acta de repudio permitida por Moisés, Jesús replica que *al principio* (cf Mc 10,6) no era así. *Él conoce la realidad de la creación y sabe que no sólo el hombre, sino también la mujer, es imagen de Dios. Sabe también que la imagen de la persona humana, desfigurada por el pecado, ha sido restaurada por su misterio de encarnación. Su marco de referencia es, por tanto, la realidad del inicio y aquella plenitud del tiempo; en su misterio es, de hecho, donde el hombre y la mujer recuperan el esplendor de su auténtica imagen de Dios, con paridad de dignidad y nobleza. En Jesús «ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres* (Gal 3,28).

6. Jesús acoge a los necesitados y defiende a los pequeños y débiles

Jesús, por su comportamiento ejemplar, aparece como el hermano de todos. Habiendo practicado y enseñado la disponibilidad, Jesús, sobre el calvario, dictó el testamento de la acogida: *Dijo a su madre: '¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!'. Luego dijo al discípulo: '¡Ahí tienes a tu madre!'. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa (Jn 19,26-27).*

El premio de la comunión eterna con Dios dependerá precisamente de la acogida a Jesús en los hermanos necesitados: *'Venid vosotros, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme'. Entonces los justos le contestarán: 'Señor ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?'. Y el rey les dirá: 'Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis' (Mt 25,34-40).*

Mientras *instruía a sus discípulos (cf Mc 9,31), Jesús acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: 'El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí' (Mc 9,36-37)*. A los discípulos, hombres maduros, expertos en la vida, que habían discutido por el camino sobre quién era el más importante de entre ellos, Jesús responde con un gesto simbólico: el más grande es el más pequeño, el primero es el último, el señor es el siervo de todos, el verdadero adulto en el reino de los cielos es el niño. No son los niños los que han de llegar a ser como los adultos, sino los adultos como los niños.

Para comprender la originalidad del comportamiento de Jesús, es necesario dar una mirada a la cultura del tiempo. Los griegos y los

romanos, por una parte, abandonaban o eliminaban sin piedad a los niños enfermos, lisiados o a las niñas no deseadas; por otra parte, idealizaban a los pequeños como símbolo de la belleza y de la presencia divina: *Al niño se le debe la máxima reverencia* decía Juvenal. También la tradición hebrea tenía en escasa consideración a los pequeños, viendo en ellos más bien las deficiencias e imperfecciones de un ser inmaduro y frágil.

El comportamiento positivo de Jesús fue inequívoco: *Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el Reino de los Cielos* (Mt 19,14). Para Él, son los pequeños, sobre todo, los que comprenden las cosas divinas: *Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien* (Lc 10,21). Por esto invita a los adultos a una conversión: *Os digo, que si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el Reino de los Cielos* (Mt 18,3-4). *De los que son como ellos es el Reino de Dios* (Mc 10,14).

El niño significa la imagen de Jesús: *El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí* (Mt 18,5). Aún más, acoger a un niño es también acoger al padre: *El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado* (Mc 9,37). Además, tener cuidado de los niños, educarlos, instruirlos, acogerlos, significa salvarse: *Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer (...). Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,34-35.40).

Jesús mismo, en los niños, pide ser arrancado de las manos de Herodes y sus asesinos, del mismo modo como fue defendido por José y su madre, en la huida a Egipto (cf Mt 2,13-23). Los pequeños deben ser acogidos y protegidos, no humillados, escandalizados o asesinados. *El que escandaliza, aunque sea a uno solo de estos pequeños que creen en mí, mejor es que le cuelguen al cuello una de*

esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar (Mt 18,6).

Sólo Lucas acentúa rápidamente a la infancia de Jesús con el episodio de la pérdida en el templo de Jerusalén y con una afirmación general: *El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba (Lc 2,40)*. Jesús ha vivido en primera persona la experiencia de ser *infante*, sin palabra, Él, que era la Palabra; débil, Él, que era la fortaleza; obediente a María y José, Él, que era Señor de todo; fragmento de tiempo, Él, que era la eternidad. Jesús ha experimentado la ternura maternal de María, la protección de José. Sabe que ser niño quiere decir abandonarse enteramente a los otros; depender de los otros; aprender de los otros.

Por parte de Jesús hay un segundo motivo para un aprecio tan grande por los niños. Él es el Hijo del Padre. Aunque va creciendo, Él permanece por toda la eternidad como *el Hijo*, aquel que está en el seno del Padre, entre los brazos de la caridad divina. Ésta es la gran motivación teológica que impulsa a Jesús a dictar la ley del niño; todos nosotros somos y permanecemos hijos del Padre, protegidos por la gran misericordia y caridad del Padre. La familia humana, creada por Dios, es una familia de hijos de Dios y de hermanos en Cristo. Por esto: *El que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él (Mc 10,15)*.

La exaltación de los pequeños no significa inmadurez e imperfección, sino confianza y simplicidad. San Pablo advierte: *En malicia, sed niños (1 Cor 14,20)*. No hay que crecer en malicia sino en bondad. Por eso se complacía en sus debilidades y límites: *Cuando soy débil, entonces soy fuerte (2 Cor 12,10)*. *Lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los fuertes (...) de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor (1 Cor 1,27-29)*.

7. Jesús enseña a perdonar y a amar a los enemigos

Para vencer la alienación del resentimiento y de la venganza, Jesús imparte también la lección del perdón de quien ofende y persigue. De modo diferente que los esenios de Qumran, que admitían solamente a los *puros*, Jesús anuncia que los extraviados están también convidados a la mesa del reino: *El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc 19,9-10). Él perdona al apóstol Pedro, que lo había negado (Jn 21, 15-19). A los discípulos que lo habían abandonado y a sus mismos verdugos: «Perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

Él educa, para la misericordia y el perdón, con el ejemplo y la palabra: *Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros* (Mt 6,14). *Si tu hermano se arrepiente, perdónalo* (Lc 17,3). Con la parábola del hijo pródigo, Él enseña qué grande es el corazón misericordioso de Dios Padre al perdonar las culpas de sus hijos desagradecidos (cf Lc 15,11-32).

Jesús mismo es la misericordia encarnada de Dios. Su gesto de perdón no es solamente una actitud de tolerancia de un hombre magnánimo, pero también pecador él, y por tanto comprensivo, ante el pecado de los demás. Se trata, en cambio de un gesto de bondad absoluta por parte de aquel, que, inocente, erradica el mal del corazón de los pecadores, convirtiéndolos al bien y a la caridad. En la parábola de la oveja perdida y encontrada, Jesús afirma: *Lo mismo vuestro Padre del cielo: no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños* (Mt 18,14). En Lucas, su palabra resuena con mayor radicalidad: *Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse* (Lc 15,7).

Acercándose Pedro a Jesús, le preguntó: 'Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?'. Jesús le contesta: 'No te digo hasta siete veces, sino hasta

setenta veces siete (Mt 18,21-22). Y después de la narración de la parábola del deudor inmisericorde, Jesús concluye la enseñanza diciendo: *Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano* (Mt 18,35).

El cristiano está llamado a perdonar siempre. El ejemplo misericordioso de Jesús fue imitado al pie de la letra por el primer mártir cristiano, San Esteban, quien murió perdonando a sus verdugos: *Señor, no les tengas en cuenta este pecado* (Hech 7,59-60). Desde entonces, todos los mártires cristianos han perdonado a sus verdugos, inaugurando una cultura de perdón y de paz, que todavía hoy constituye el evangelio cristiano.

El perdón ¿es fuerza o debilidad, victoria o derrota, esperanza o renuncia? El perdón es un gesto de amor y de valentía. El perdón restituye al pecador su dignidad de hombre, perdida y desfigurada por su pecado. Con el perdón, las manos de los asesinos no se alzarán más para golpear al inocente. El perdón restituye al hombre su dignidad de hijo de Dios. El perdón es la virtud de los fuertes.

Jesús completa la lección difícil del perdón con la enseñanza del amor a los enemigos. Es una doctrina que parece imposible de cumplir porque la naturaleza humana reclama justicia, armonía, equilibrio. Quien hace el bien, recibe el bien. Quien hace el mal, merece el mal. Esto es justicia. Ante el mal recibido, el hombre ve solamente dos actitudes: la de venganza o la de justicia.

Jesús se opone a la venganza y supera la justicia humana por la actitud del perdón y del amor al enemigo:

«Sabéis que está mandado: 'Ojo por ojo, diente por diente'. Pues yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra (...) Habéis oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo'; yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su

sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»(Mt 5,38-39,43-48).

La virtud cristiana es superar los esquemas de la lógica humana. Perdonar y amar a los enemigos es obra divina: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5,48). Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo (Lc 6,36).*

Jesús ha dejado a la Iglesia, como su preciosa herencia, el poder de perdonar los pecados. El cristiano experimenta en los sacramentos el perdón de sus culpas y refuerza con la gracia su voluntad de perdón y de caridad hacia los enemigos:

Cristo, después de la Resurrección envió a sus Apóstoles a predicar 'en su nombre la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos' (Lc 24,47). Este 'ministerio de la reconciliación' (2 Cor 5,18) no lo cumplieron los Apóstoles y sus sucesores anunciando solamente a los hombres el perdón de Dios merecido para nosotros, por Cristo, y llamándolos a la conversión y a la fe, sino comunicándoles también la remisión de los pecados por el Bautismo y reconciliándolos con Dios y con la Iglesia, gracias al poder de las llaves recibido de Cristo.

El sacramento de la penitencia o reconciliación pertenece, como la Eucaristía, a la identidad misma de la Iglesia, peregrina sobre la tierra, y constituye un acontecimiento privilegiado de pedagogía de la fe, de la esperanza y para la santidad: *Se llama sacramento de la Reconciliación, porque concede al penitente el amor de Dios que reconcilia: 'Dejaos reconciliar con Dios' (2 Cor 5,20). El que vive del amor misericordioso de Dios está pronto a responder a la llamada del Señor: 'Ve primero a reconciliarte con tu hermano' (Mt 5,24).*

El sacramento de la penitencia o la reconciliación es un instrumento eficaz de educación para la virtud y la santidad: *Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo* (Lv 19,2). *El que os llamó es santo; como Él, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque dice la Escritura: 'seréis santos, porque yo soy santo'* (1 Pe 1,15).

La liturgia eucarística nos enseña a orar diariamente al Padre con la oración que nos enseñó Jesús: *Padre nuestro (...) perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Los santos educadores, como San Juan Bosco, han hecho de este sacramento no un momento de humillación y mortificación, sino más bien una etapa obligada de progreso en la virtud mediante la experiencia gozosa de la infinita misericordia del corazón de Dios.

El jubileo es el tiempo propicio para experimentar, con mayor intensidad y fervor, la alegría del perdón recibido de Dios y otorgado por nosotros con generosidad y gratitud a nuestro prójimo.

8. Jesús revela al Padre rico en misericordia

A Dios nadie lo ha visto jamás: El Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer (Jn 1,14). El contenido central de la comunicación de Jesús fue la revelación de Dios. Jesús revela y comunica al Padre, se revela a sí mismo como Hijo del Padre, revela y comunica al Espíritu Santo, el amor divino. Es más, es Él mismo la revelación definitiva de Dios a la humanidad entera. En Jesucristo, Dios inefable se hace *decible*. Si la Palabra de Dios había resonado antes, de modo particular en el Antiguo Testamento, y en preciosos fragmentos también fuera de la tradición bíblica judaica, con Jesús, la Palabra de Dios encuentra toda su carga expresiva humana. Dice el prólogo de la carta a los Hebreos: *En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros*

padres por los Profetas; ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él (...) sostiene el universo con su palabra poderosa (Hb 1,1-3).

Y San Juan explica: *Y la Palabra se hizo carne, y acampó ente nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).*

La encarnación es el acontecimiento que ha manifestado, en toda su plenitud, el misterio inefable de Dios, su vida de caridad, su apertura de amor hacia el mundo y la humanidad entera. Dice Jesús: *El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Cf Jn 14,9)*. Con razón exclama Jesús, dirigiéndose al Padre: *He manifestado tu Nombre a los hombres que me diste de en medio del mundo (Jn 17,6)*. Jesús es, verdaderamente, el exegeta del Padre. Dice con afecto a sus discípulos: *A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15,15)*.

El horizonte de la vida terrena de Jesús no es tanto la llanura de Galilea o la región montañosa de Jerusalén, cuanto el abrazo del Padre que está en los cielos, así como la verdadera familia de Jesús es la comunión con el Padre, llamado por Él: *Mi Padre que está en el cielo (Mt 16,17)*.

Todo lo que Jesús dice y hace, lo dice y lo hace en el nombre del Padre: «Os lo aseguro: el Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo» (Jn 5,19); *El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas (Jn 3,35)*.

A Felipe, que le pedía que le mostrara al Padre, Jesús le responde: «Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: *Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras (Jn 14,9-11)*.

Las etapas más significativas del apostolado terreno de Jesús están señaladas por la presencia y la palabra de amor del Padre hacia el Hijo. En el bautismo, en el Jordán, *se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido* (Mc 1,11). Los mismos sentimientos de predilección están expresados en la transfiguración de Jesús *sobre un monte alto* (cf Mt 17,1): *Y una voz desde la nube decía: 'Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo'* (Mt 17,5). Al final de la vida, en la cruz de su martirio, Jesús se abandona, con confianza, al amor del Padre: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,4- 6).

En ningún momento de su vida, así como en ningún lugar de su peregrinación terrena, Jesús está fuera del Padre. Él está siempre en el seno del Padre: *El Padre en mí y yo en el Padre* (Jn 10,38); *El Padre y yo somos uno* (Jn 10,30).

El Padre revelado por Jesús no es el padre-patrón que oprime, castiga y humilla. Es, en cambio, un padre bueno, misericordioso y providente. Es un padre que ama y protege a los pequeños: *Vuestro Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños* (Mt 18,14). Es un padre que deja a sus hijos hasta la libertad de alejarse de él y de malgastar la herencia recibida como don. Es un padre que sabe esperar la conversión del hijo extraviado y que lo abraza sin reprocharlo ni castigarlo, sino que lo premia con el perdón y con una acogida de gran fiesta y alegría desbordante. Es un padre que, al hijo mayor, bueno y fiel, pero que no comprende el motivo de semejante indulgencia extralimitada, responde con comprensión y afecto: *deberías alegrarte, hijo, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado* (Lc 15,32).

Jesús anuncia a un Padre que considera hijos suyos a todos los hombres y que *hace salir el sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos* (Mt 6,45).

La bondad de Dios, por lo demás, no es otra cosa que el cumplimiento supremo de la bondad de los hombres frecuentemente limitada. Dice Jesús: *Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar*

una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden! (Mt 7,9-11).

Por esto, la ternura del Padre es un modelo para imitar y practicar: *Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo (Lc 6,36).*

Este reclamo de Jesús, a la misericordia, es tanto más oportuno en un mundo como el contemporáneo, que parece haber extraviado el significado de la piedad, la compasión y el perdón. Dice Juan Pablo II en la encíclica *Dives in misericordia* (1980): *La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende, además, a orillar de la vida y a arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de «misericordia» parece producir una cierta desazón en el hombre.*

Estas palabras son de actualidad perenne. Hoy urge una reevangelización de la misericordia de Dios a la humanidad contemporánea, que se reconoce cada vez más en la figura del hijo pródigo de la parábola evangélica. La misericordia del Padre, más que manifestación de justicia, es fidelidad inmovible de su amor hacia el hijo pecador: *el amor que brota de la esencia misma del Padre para tener solicitud por la dignidad del hijo.*

9. Jesús afronta su pasión y muerte

9.1 El Siervo doliente

Se ha visto ya que Jesús ejercitó un intenso apostolado de curación, de consuelo, de dar ánimo a todos los necesitados: *Venid a mí todos los que estáis cansados y abatidos que yo os aliviaré (Mt 11,28).* Para volver a dar alegría y consuelo a los padres y afligidos por la

muerte de sus seres queridos, obró también milagros de resurrección: resucitó a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga (cf Lc,8-40-56), al hijo único de la viuda de Naín (cf Lc 7,11-17), a su amigo Lázaro, hermano de Marta y María, muerto desde hacía cuatro días y que ya daba mal olor (cf Jn 11,1-45).

Estas intervenciones cuyas taumatúrgicas fueron un signo de la irrupción del Reino de Dios en la historia. Jesús, de hecho, no eliminó el sufrimiento y la muerte de la existencia del hombre. Esta meta Él la anunció como realidad escatológica, al final de los tiempos, cuando *Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado* (Ap 21,4). En la historia de la humanidad quedan todavía, como centinelas siempre alerta, el sufrimiento y la muerte, que, desde Jesús, adquieren un profundo significado salvífico. Jesús mismo, alivió el dolor de los demás, pero no se ahorró el sufrimiento y la muerte. Antes bien, compartiendo perfectamente nuestra naturaleza humana, se expuso consciente y voluntariamente a la traumática experiencia del padecimiento y de la muerte. Se conmovió profundamente y rompió a llorar en la muerte de Lázaro (cf Jn 11,35) así como tuvo miedo, tristeza y angustia hasta sudar sangre, en el huerto de Getsemaní, ante la perspectiva inminente de su pasión y muerte (cf Mc 14,33; Mt 26,37; Lc 24,44). Este comportamiento provocó, tanto la incomprensión de los discípulos, que lo dejaron solo en su pasión, como la ironía de los enemigos: *A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos* (Mc 15, 31-32).

Ante el gran poder taumatúrgico de su maestro, los discípulos no podían aceptar un Jesús débil y doliente. Sin embargo, después de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo *Jesús empezó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día* (Mt 16,21).

El sufrimiento y la muerte están presentes en la experiencia de todo hombre, que es golpeado con frecuencia por la injusticia y la maldad. Jesús se ha hecho solidario con quien vive estas situaciones

inicias, dándoles valor con su gracia. El sufrimiento y la muerte son parte no sólo del destino terreno de Jesús sino también de la misma identidad cristiana y son la promesa de la recompensa eterna: *Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados (...). Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros (Mt 5,4-5.11-12).*

El seguimiento de Jesús comporta la cruz antes que el premio: *El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará (Lc 9,23-24).*

Se trata de un sufrimiento redentor como el del *Siervo de JHWH*, figura misteriosa que anticipa, de modo extraordinario, el misterio pascual de Jesús. El *Siervo de JHWH* presentó el cuerpo a los que le flagelaban y la mejilla a quienes mesaban su barba y no retiró su rostro a los insultos (cf Is 50,6), llegando a ser *como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos* (cf Is 53,3); *Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores (...). Traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron* (Is 53,4-5). *Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron (...), aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca* (Is 53, 8-9). Este sufrimiento inocente es recompensado por Dios con un triunfo sin fin. Entre el estupor de todos los pueblos y reyes, el Siervo *tendrá éxito, subirá y crecerá mucho* (Is 52,13). También el triunfo tendrá un valor salvífico para todos: *A causa de los trabajos de su alma, verá y se hartará; con lo aprendido, mi Siervo justificará a muchos* (Is 53,11).

La carta a los Hebreos reinterpreta el misterio pascual de Jesús a la luz del Siervo: *Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la*

muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna (Hb 5,7-9). El sufrimiento es transformado por Jesús en instrumento de salvación. La obediencia al Padre en la aceptación del sufrimiento fue la causa de la salvación para toda la humanidad.

En un himno, probablemente prepaulino, en la carta a los Filipenses, San Pablo afirma: *Jesús: a pesar de su condición divina (...) se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo (...)* (Cf Fil 2,5-11). La obediencia y el sufrimiento son causa de glorificación y de exaltación redentora.

Jesús, el nuevo Adán, el hombre nuevo, aceptando por obediencia el sufrimiento y la muerte, restituye al Padre una humanidad renovada y a la humanidad, la esperanza de la propia felicidad eterna en una vida sin sufrimiento y sin muerte: *Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó: estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo* (Ef 2,4-5).

9.2 El sufrimiento, vencido por el amor:

Me alegre de sufrir por vosotros (Col 1,24)

Como Jesús, el cristiano afronta el misterio del sufrimiento, de la enfermedad y de la muerte no con una actitud de rechazo, de incompreensión o resignación pasiva, sino con una disposición de acogida, sabiéndose participar en la fe en el misterio pascual de Jesús, es decir, en su pasión, muerte y resurrección. La enfermedad no desfonda al cristiano en la inercia y en la esterilidad, sino que lo anima a participar y condidir la misión redentora. El cristiano puede pasar de la percepción del dolor que lo enmudece, a su aceptación con el lamento sufrido, y hasta la verdadera comprensión del dolor que redime y salva. Por esto el dolor del cristiano llega a ser *salvífico*.

Dice San Pablo: *Me alegro de sufrir por vosotros: así completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1,24).

La redención de Cristo es completa, pero queda siempre abierta a la participación, por parte de los fieles, de su valor salvífico. El misterio pascual de Cristo contiene todos los misterios de sufrimiento y de redención de la humanidad. El cristiano, en la participación del misterio pascual de Jesús, encuentra su verdadera definición de hombre como *ser para la vida* y no para la muerte. El enfermo y el que sufre no son marginados inútiles, sino miembros de la comunidad eclesial, que por esto los acoge, los asiste, los cura y los conforta. Uniendo sus sufrimientos a los de Cristo, los enfermos llegan a ser intercesores ante Dios en favor de la Iglesia.

También su muerte, aceptada como acto de obediencia al Padre, adquiere el significado de ofrecimiento confiado en el Dios del amor y de la vida. La muerte llega a ser un acto de amor, no como efusión sentimental, sino como consciencia de estar en cruz en compañía de Jesús. Teresa de Lisieux decía: *Nuestro Señor ha muerto en la cruz, en las angustias, y sin embargo ésta es, precisamente, la muerte por amor más bella (...). Morir por amor no es morir entre sobresaltos. Os lo confieso sinceramente, me parece que esto es lo que experimento.*

9.3 Jesús y la «co-división» de la muerte

Ausente en el símbolo niceno-constantinopolitano, el denominado *descenso a los infiernos*, está presente en los símbolos de fe ya a partir del siglo IV. El misterio pascual comprende, además de la crucifixión, también la muerte y el descenso a los infiernos. Dice Jesús: *Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del Hombre en el seno de la tierra* (Mt 12,40). El signo de Jonás es el signo de la pasión y de la auténtica muerte de Jesús. Como Jonás estuvo en el vientre oscuro del cetáceo, así Jesús experimenta el triduo de su muerte en las

vísceras oscuras del reino de los muertos, el reino del desamparo y de la soledad extremos. Esta solidaridad de Jesús con los muertos constituye también un ofrecimiento de salvación para la humanidad, mortal doblemente por su efímera condición de fragilidad y por sus pecados. Jesús lo había dicho: *Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del hijo de Dios, y los que hayan oído, vivirán* (Jn 5,25). Con Jesús, la muerte asume otro significado: de cárcel de desesperación, pasa a ser camino de redención.

El hombre contemporáneo, gran conocedor de la cultura de la muerte y de los infiernos de la soledad, puede, quizá, por contraste, interiorizar mejor la solidaridad liberadora de Jesús. También el Hijo del Hombre ha descendido al abismo del extremo abandono pero no para ser atrapado eternamente, sino para ofrecer un camino de salida. El descensus de Jesús es un ofrecimiento de éxodo y de nuevo ascenso: es la mano tendida del nuevo Adán a todos los hijos del hombre, muertos, solos y abandonados. Es la ayuda dada a todos para salir de un destino de insignificancia y de perenne soledad. Ofreciendo su salvación, Jesús transforma la situación existencialmente más «*a pneumática*» (sin espíritu) en una oportunidad de caridad y de salvación. El sábado santo llega a ser, por tanto, salvación, rescate y redención de todos los viernes de pasión y de muerte de todos y cada uno de los hombres.

CAPÍTULO VI

La resurrección de Jesús

La plegaria eucarística, centro y fuente de la vida de la iglesia, está sostenida por esta certeza de fe: la presencia real de Cristo resucitado en las especies eucarísticas de pan y vino. No por otra cosa, después de la consagración, la asamblea aclama con entusiasmo y llena de esperanza: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor, Jesús!*; *Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas; Por tu cruz y resurrección, nos has salvado, Señor.* El hilo dorado de la esperanza cristiana, que ha unido, en la fe y en la caridad, los veinte siglos de cristianismo, ha sido precisamente el acontecimiento de la resurrección de Jesús.

La resurrección es el coronamiento de la historia y la confirmación de que la salvación del hombre no es una utopía sino una realidad. Como victoria decisiva sobre todo mal y sobre todo límite humano y como premisa y primicia de nuestra resurrección, ella nos da el impulso decisivo para el compromiso cristiano en el mundo y para su esperanza en el futuro.

Pero ¿cómo hablar hoy de la resurrección? Articulamos la exposición en torno a los puntos siguientes: antes que nada, ponemos de relieve el entusiasmo de la primera proclamación cristiana de la resurrección, como acontecimiento fontal del anuncio; después, presentamos la narración evangélica de la resurrección, subrayando su realidad y motivando la posibilidad de encontrarla también históricamente; ofrecemos, luego, varios apuntes relativos al significado de la resurrección *en sí y para nosotros*; lo completamos con una interpretación catequética de la resurrección tanto en los iconos orientales como en una manifestación de la religiosidad popular; concluimos con un diseño de espiritualidad pascual, como *via lucis* después de la *via crucis*.

1. La resurrección, misterio fontal del anuncio cristiano

En el cristianismo la resurrección de Jesús ha constituido, desde el comienzo, el fundamento de la fe y el contenido esencial de la predicación. Los primeros cristianos ya hablaban de ella con participación y conmoción, nunca con distanciamiento. Entre las primeras «omologías» de la liturgia bautismal y eucarística, existen fórmulas de resurrección que proclaman, con sencillez y entusiasmo, la muerte y la resurrección de Jesús:

Si creemos que Jesús murió y resucitó... (1 Tes 4,14) ... se computará si creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (Rm 4,24-25); cf también Rm 8,32.34; Gal 1,4; 2,30; Ef 5,2-25).

Además de las profecías referentes a la stirpe davídica del futuro Mesías y a su actuación milagrosa, su muerte y su resurrección-glorificación fueron los elementos esenciales del kérygma apostólico (cf Hech 2,14-39; 3,13-16; 4,10-12; 5,30-32 ,10,36-43; 13,17-41), así como lo son en la catequesis de hoy, en la Iglesia: *La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio pascual al mismo tiempo que la cruz.*

El apóstol Pablo consideraba la resurrección como la piedra angular del misterio de Cristo, criterio absoluto de la verdad de su evangelio. A los fieles de Corinto, que albergaban dudas sobre la realidad de la resurrección, les escribía con gran sinceridad: *Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo. Además, como testigos de Dios, resultamos unos embusteros, porque en nuestro testimonio le atribuimos falsamente haber resucitado a Cristo, cosa que no ha hecho si es verdad que los muertos no resucitan (1 Cor 15,14- 16).*

Para justificar la realidad y la verdad de este acontecimiento, Pablo se remite a un fragmento precioso del más antiguo prontuario de predicación o catequesis cristiana (datable en torno al 40 a.C.), centrado del todo en la muerte y resurrección de Jesús. Refiriéndose, de hecho, al «evangelio» recibido en el tiempo de su conversión y transmitido por él a los Corintios, les dice: *Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras* (1 Cor 15,3-4). El mismo Pablo, más tarde, continúa: *que se apareció a Cefas y más tarde a los doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí* (1 Cor 15,5-8).

En este pasaje, la resurrección de Jesús está evocada con el verbo griego *egéertai* (*ha sido resucitado*: el tiempo de este verbo, pretérito perfecto de la voz pasiva, indica un acontecimiento del pasado que dura también en el presente) y está acompañado de dos indicaciones.

La primera, *el tercer día*, es de orden cronológico, pero incluye también otro contenido teológico: la muerte en Jesús, aún siendo real (véase el perentorio *murió y fue sepultado*), no provocó la destrucción del cuerpo, como sucedió con Lázaro, cuyo cuerpo, al cuarto día, ya olía mal (cf Jn 11,39). Jesús murió realmente, pero la muerte no tuvo la victoria definitiva sobre él, porque fue derrotada por la resurrección.

La segunda, se refiere al fundamento escriturístico: *Según las Escrituras*. La referencia es a las alusiones vetero-testamentarias (cf Dt 32,39; 1 Sm 2,6; Is 38,16; Os 6,2; Jon 2,7; Sal 16,10; 30,3-4). Para la mentalidad hebrea, el recurso a la Escritura tenía más valor testimonial que la misma experiencia personal de los discípulos.

Para reforzar la realidad de la resurrección de Jesús, Pablo habla de las apariciones del resucitado, utilizando el verbo *opthe* (*fue visto, apareció*), que se refiere no a sueños o visiones subjetivas (cf Hech

16,9), sino a percepciones reales y externas al sujeto. El apóstol hace un elenco de los testimonios del Resucitado, divididos en seis categorías, escogidas entre las más significativas y autorizadas:

1. Cefas o Pedro, cabeza de los apóstoles (cf Lc 24,34);
2. Los Doce, término técnico para indicar el colegio de los doce apóstoles en sentido estricto, independientemente del número exacto de los presentes en las apariciones (cf Lc 24,36-43; Jn 20,19-23);
3. Más de quinientos hermanos: se trata de hombres y mujeres, que vivían todavía, de las primeras y valientes comunidades cristianas, objeto de particulares atenciones por parte de los apóstoles y testimonios verídicos de las apariciones de Jesús;
4. Santiago, denominado «*el menor*» (cf Mc 15,40), enumerado entre los parientes o «*hermanos*» de Jesús (cf Gal 1,19; Mc 6,3): tenía un prestigio particular porque era cabeza de la comunidad cristiana de Jerusalén (Hech 21,18.19; Gal 2,9).
5. Todos los apóstoles: se trata del colegio apostólico ampliado con aquellos discípulos que, mediante la manifestación del Resucitado, habían recibido la misión de predicar el evangelio y la resurrección (cf 1 Cor 1,15-17; Gal 2,8-17; Rom 1,5; 10,14s; Ef 2,30);
6. Pablo, testigo de Jesús resucitado a quien se le apareció en el camino de Damasco (Hech 9,3-7; 22,6-21; 26,12-18). El apóstol no menciona explícitamente las apariciones a las mujeres (cf Jn 20,1-2; Lc 24,1-10), probablemente porque en la cultura hebrea del tiempo su testimonio no tenía valor jurídico.

2. La resurrección, fuente de comprensión del misterio de Jesús

Es digno de notar el hecho de que los cuatro evangelios son muy sobrios al presentar el acontecimiento de la resurrección de Jesús, que encontró a los discípulos en una situación de desánimo, desilusión y turbación por el final sin gloria de su maestro. Se había transformado en tristeza el entusiasmo suscitado por la transfiguración (Mc 9,2-10; Mt 17,1-9; Lc 9,28-36) y por los milagros de resurrección, de los que habían sido testigos oculares tanto Pedro, Santiago y Juan como los demás discípulos y la muchedumbre. Antes de su pasión y muerte, Jesús había resucitado a la hija de Jairo, jefe de la sinagoga (Mc 5,21-24.35-43; Mt 9,18-19.23-26; Lc 8,40-42.49-56), al hijo de la viuda de Naín (Lc 7,1-17) y a Lázaro de Betania, hermano de Marta y María (Jn 11,1-45). También había preanunciado explícitamente el acontecimiento de su resurrección, que acontecería al tercer día después de su muerte (cf Mc 8,31s par.; 9,31 par.; 10,34 par.).

No obstante, la resurrección de Jesús parecía no entrar en la comprensión y en las expectativas de los discípulos (cf Mc 9,10). Su muerte había provocado un dolor tan profundo como para anonadar toda esperanza. Para reconquistar su confianza, fue necesario una larga pedagogía de encuentros y de pruebas sobre su realidad de resucitado, como hacerse tocar por Tomás (cf Jn 20,27), caminar (cf Lc 24,15) y comer con ellos (cf Lc 24,4-43; Jn 21,10-12).

Son frecuentes las reprensiones de Jesús Resucitado frente al estupor y a la incredulidad de sus discípulos: *¿Qué necios y qué torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?* (Lc 24,25-26); *Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?* (Lc 24,38).

Es ejemplar el episodio de los discípulos de Emaús, que se alejan de Jerusalén, tristes y desilusionados por el naufragio de sus sueños de libertad: *Nosotros esperábamos que Él fuera el futuro liberador*

de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto (Cf Lc 24,19-21). En las apariciones, Jesús se hace exegeta de su realidad mesiánica a la luz de las promesas veterotestamentarias: Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura (Lc 24,27).

Solamente en pascua, por tanto, los discípulos comprenden plenamente el misterio de su maestro. Es verdad que, ya antes, habían visto en Él al profeta autorizado, al taumaturgo poderoso, al mesías prometido. Pero el acontecimiento de la pasión y muerte había provocado en ellos el extravío y hasta la negación. Pedro, que había confesado a Jesús como *el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (cf Mt 16,16), ante Jesús preso y humillado (cf Mt 26,67) admitió que no lo conocía de nada: *No conozco a ese hombre* (Mt 26,72).

Es, pues, el acontecimiento maravilloso e inesperado de la resurrección el que ofrece a los discípulos la verdadera comprensión de Jesús. La luz de la pascua ilumina en su auténtica realidad la vida terrena de Jesús, por la que los discípulos pasan de un conocimiento superficial e incompleto a la confesión convencida y al anuncio infatigable hasta la entrega de la propia vida en el martirio. La resurrección restituye, de hecho, a Pedro y a los discípulos, la fe y el entusiasmo por Jesús, volviéndolos difusores tenaces y perseverantes de su evangelio de salvación.

3. La resurrección no es *reviviscencia*, ni mera inmortalidad del alma, ni reencarnación, ni simple recuerdo de Jesús maestro

La resurrección forma parte del *misterio pascual*, acontecimiento salvífico riquísimo que comprende la muerte (viernes santo), el *descensus ad inferos* (sábado santo) y la glorificación de Jesús. Tal glorificación significa, a su vez, resurrección (domingo de pascua),

ascensión (cuarenta días después de pascua) y pentecostés (cincuenta días después de pascua). Los padres llamaban al período que va entre la pascua y pentecostés *un único gran domingo*.

En el Nuevo Testamento, el acontecimiento de la resurrección es indicado también con otros términos, como exaltación, glorificación, ascensión, señorío cósmico, entrada en el santuario celeste (cf Hb 9,11-12), presencia (*Jesús vive*, 2 Cor 13,4; Rm 14,9). Se afirmó el lenguaje de resurrección porque es el más diáfano y completo para iniciar el retorno a la vida de aquél que había muerto.

La resurrección no es *reviviscencia*, es decir, vuelta a la vida terrena con una necesaria segunda muerte, como acaeció a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín, a Lázaro. Estos milagros, aun llamando a la vida a personas muertas, restituyeron su cuerpo a la vida humana ordinaria, en el espacio y en el tiempo. Por esto tuvieron que morir una segunda vez.

La resurrección no es solamente la inmortalidad del alma, según una comprensión gnóstica, bastante extendida en los primeros tiempos del cristianismo. En este caso sería una especie de *resurrección a medias*, como diría Tertuliano. La resurrección se refiere a la entrada en la vida sin fin del cuerpo de Jesús y, por tanto, de toda su humanidad. La relación entre el sepulcro vacío y la resurrección de Jesús está subrayada por los *dos hombres de vestidos refulgentes* (Lc 24,4), que a las mujeres, en visita al sepulcro, dicen: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado* (Lc 4,5-6).

La resurrección tampoco es reencarnación (*samsara*), como se cree, por ejemplo, en el hinduismo o en el budismo, donde se habla de renacimiento o de recaída del hombre en una nueva existencia terrena, mediante el tránsito o la transmigración del alma de un cuerpo a otro por una innumerable serie de veces.

La resurrección no es, ni mucho menos, el simple recuerdo de Jesús y de su enseñanza, que habría provocado en el ánimo de los discípulos la convicción de una presencia suya después de su muerte.

La resurrección no es creación psicológica de los discípulos sino un acontecimiento concreto que, antes aún de interesar a sus discípulos, atañe esencialmente a Jesús y a la entrada en la vida eterna de su cuerpo mortal.

Tal acontecimiento fue considerado por la primitiva comunidad cristiana un hecho real: *Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón* (Lc 24,34). Esto significa que fue el encuentro con Jesús resucitado el que provocó en los discípulos la fe en la resurrección y no viceversa. La resurrección no fue la consecuencia, sino la causa de la fe de los discípulos.

No se trató de una realidad creada por los discípulos por fraude (como querían los sumos sacerdotes y los fariseos: cf Mt 7,62-65), por alucinación (según interpretaciones racionalistas sobrepasadas) o por conversión postpascual a las enseñanzas de Jesús, independientemente de las apariciones y de la tumba vacía según una línea interpretativa contemporánea. En estos casos hubiera sido una estafa innoble y se trataría sólo de una reviviscencia psicológica de la enseñanza de Jesús. Esto va contra la realidad de los hechos. Después de la muerte de Jesús, los discípulos estaban tristes, miedosos, escépticos, incrédulos, duros de corazón, dudosos (cf Lc 24,28; Mc 16,14; Mt 28,17; Lc 24,37). Sólo un gran acontecimiento habría podido cambiarlos, devolviéndoles el primitivo entusiasmo por Jesús y su seguimiento.

4. La resurrección es acontecimiento trascendente, pero real

La resurrección indica el hecho de que Jesús fue restituido con su humanidad a la vida gloriosa, plena e inmortal de Dios. Por eso, su cuerpo resucitado, aun manteniendo su identidad y realidad humana, fue capacitado para vivir eternamente en Dios. Se trata de la transfiguración gloriosa del cuerpo, que llega a ser, como dice San Pablo, un cuerpo *pneumático* (espiritual: 1 Cor 14,44) en el fuerte

sentido de cuerpo enteramente traspasado por el sople vital del Espíritu creador de Dios, que lo transformó de corruptible a incorruptible, de no honroso a glorioso, de débil a fuerte (1 Cor 15,42-43), de mortal a inmortal (1 Cor 15,53-54).

Podemos preguntarnos en qué sentido se puede considerar histórico tal acontecimiento. Aplicando los conocidos criterios de autenticidad histórica, se puede afirmar que la resurrección es un acontecimiento histórico porque está atestiguado concorde y abundantemente por los diversos escritos del Nuevo Testamento. La resurrección constituye, de hecho, el culmen de los cuatro evangelios y el broche de oro que enlaza la predicación eclesial desde la de Pedro, en el primer pentecostés, hasta la de nuestros días.

Por otra parte, afirmar la historicidad de la resurrección significa reafirmar la realidad del acontecimiento acaecido verdaderamente. Hay que precisar que la resurrección, en cuanto paso instantáneo de la humanidad de Jesús desde la muerte a la vida divina trinitaria, es un acontecimiento esencialmente trascendente y metahistórico. Sin embargo, continúa manteniendo una sólida y fundamentada conexión con la historia, mediante la constatación del sepulcro vacío y la realidad de las apariciones, que constituyen un encuentro misterioso entre trascendencia de Dios e inmanencia del hombre, entre eternidad y tiempo.

Por su intrínseca naturaleza *de lo alto*, que el Resucitado se deje reconocer, es un don de gracia. Quizá se explica, de este modo, el hecho bastante extraño de que las mujeres y los discípulos no reconozcan enseguida al Cristo resucitado. No es la Magdalena y no son los discípulos de Emaús o los apóstoles los que lo reconocen, sino que es Jesús quien les da la gracia de dejarse ver y reconocer.

La resurrección, pues, mantiene un evidente margen histórico, una cara dirigida a la historia. Por esto está atestiguada en las fuentes, sobre todo mediante las apariciones. Con las apariciones, Jesús *toca* la historia y este *contacto* puede ser, por tanto, documentado. No se trata, sin embargo, de una historicidad inmediata, sino mediata. Los

evangelios no atestiguan la resurrección en su puntual acontecimiento en el momento: solamente el evangelio apócrifo de Pedro intenta presentar de un modo rudimentario el momento de la resurrección de Jesús, describiendo un enorme fantasma que se alza hasta el cielo. La historia, en cambio, acoge inmediatamente la fe de los discípulos en el Cristo resucitado, en base a los dos hechos concretos del sepulcro vacío y del ciclo de las apariciones.

Limitándonos a la tradición evangélica se pueden distinguir dos tipos de relatos de las apariciones: las apariciones a privados, con un esquema libre de narración (apariciones a las mujeres: Mt 28,9s; a la Magdalena: Jn 20,11-18; a los discípulos de Emaús: Lc 24,13-35; las apariciones oficiales a los apóstoles: (cf Mt 28,16-20; Mc 16,14-18.19-20; Lc 24,36-49; Jn 20,19-23.24-29), con un esquema fundamentalmente fijo, que comprende: la aparición y el saludo de Jesús, la reacción de incredulidad de los discípulos, la repreensión de Jesús, la prueba de su realidad de identidad y el otorgamiento de la misión.

5. El significado múltiple de la resurrección

Podemos preguntarnos: ¿cuál es el significado de este acontecimiento? ¿Cuál es la palabra que Dios ha querido decirnos en el hecho inhabitual y sorprendente de la resurrección de su Hijo? ¿Qué significado tiene la resurrección para Jesús y qué valor tiene para nosotros? En otras palabras, cuál es el *en sí* y el *para nosotros* de tal acontecimiento.

5.1 El significado cristológico y trinitario de la resurrección

Ante todo, la resurrección es la respuesta de Dios Padre a la condena y al suplicio infligidos a Jesús por los hombres (cf Hech 2,23-24; 3,13-15; 4,10-12; 5,30-31; 10,39-40; 13,28-30). La resurrección revela a Jesús como *Señor* y *Cristo* (Hech 2,36), *Señor*

y *Dios* (Jn 20,28), *Hijo de Dios* (Hech 13,33). La resurrección confirma la divinidad de Jesús que, como Hijo de Dios encarnado, re-entra en la comunión de amor del Padre con su humanidad resucitada. Él es, verdaderamente, «la resurrección y la vida» (cf Jn 11,25). El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: *La Resurrección del Crucificado demostró que Él era verdaderamente 'Yo soy', el Hijo de Dios y Dios él mismo.*

En segundo lugar, la resurrección completa la revelación suprema del Dios trinitario: del Padre, que glorifica al Hijo resucitándolo y elevándolo a su derecha; del Hijo, que con su sacrificio redentor, merece la exaltación a la derecha del Padre; del Espíritu Santo, que se confirma Espíritu de vida y de resurrección: *Cristo, sometido a muerte en la carne, pero vivo en el Espíritu* (1 P 3,18; cf Rm 1,4; 8,10-11).

Por la resurrección, la humanidad del Hijo se introduce gloriosa en la comunión de la Trinidad de Dios. Por la encarnación esa humanidad ha sido asumida en la persona divina del Verbo de Dios. Por la resurrección, su humanidad alcanza la plenitud en su relación culminante con Dios, viviendo la vida de la misma Trinidad. En la comunión trinitaria de Dios, está presente también la humanidad gloriosa del Hijo.

Con la resurrección de Jesús, finalmente, han tenido inicio los acontecimientos salvíficos y definitivos. En Jesús resucitado, está ya presente el éschaton porque éste ha sido ya engendrado por la nueva cualidad de vida divina.

5.2 El significado de la resurrección *para nosotros*

Más allá de su significado cristológico y trinitario, la resurrección tiene un fundamental sentido soteriológico: *para nosotros: Si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó, te salvarás* (Rm 10,9). La resurrección no sólo precede como primicia las resurrecciones futuras, sino que las vuelve posibles.

La resurrección llega a ser el acontecimiento de la recomposición de amistad entre Dios y la humanidad, por la que la vida divina refluye abundantemente como primicia en la humanidad de Cristo (redención objetiva) y, a través de él, en toda la humanidad (redención subjetiva). Este influjo de Cristo resucitado no es sólo ejemplar o intencional, sino real y eficaz. Como resucitado, Él tiene el poder espiritual de transformar a los hombres conforme a su imagen para hacerlos de nuevo hijos del Padre.

La resurrección de Jesús es la realización de la nueva humanidad, liberada de la esclavitud del pecado y de sus consecuencias: la muerte y el mal físico, moral y psicológico. Jesús resucitado es el hombre nuevo que arrastra tras de sí, en este destino de novedad, a la humanidad entera. Como ejemplo de repercusión benéfica, de la presencia de Cristo resucitado, para el hombre necesitado, es significativo el episodio de la curación del lisiado que mendigaba en la Puerta Hermosa del templo de Jerusalén. Pedro, no teniendo dinero, le dio lo mejor que tenía, el don de Cristo resucitado. Dijo al lisiado: *'No tengo plata ni oro, te doy lo que tengo: En nombre de Jesucristo Nazareno, ¡echa a andar!'* Agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios (Hech 3, 6-8).

El gesto de Pedro, que levanta y devuelve el vigor físico y el gozo espiritual al lisiado, es señal de una nueva humanidad inaugurada y realizada por la resurrección de Jesús.

La resurrección es, también, el cumplimiento de la esperanza humana de inmortalidad y de trascendencia. En todo ser humano existe esta *esperanza trascendental*, que significa un *sí* a la propia existencia eterna y a la propia ultimidad de persona realizada.

La resurrección de Jesús es experiencia de encuentro con él en la fracción del pan y en la comunión eucarística. Él se manifestó a los discípulos de Emaús *al partir el pan* (Lc 24,35). En la historia de la eucaristía no sólo se incluye el memorial de la muerte y resurrección

de Jesús sino también la participación real en la vida divina de Cristo resucitado. En la eucaristía, sacramento de la continua presencia salvífica del resucitado en la historia, se realiza nuestro encuentro salvífico con Él. Después de su resurrección Jesús había dicho: *Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20). Cristo resucitado está presente en su cuerpo místico y en su cuerpo eucarístico.

La resurrección de Jesús es también experiencia de vocación y misión. Para los discípulos, la resurrección constituyó el acontecimiento de su *re-con-vocación* por parte de Jesús, después de la dispersión en el momento de la pasión y muerte. Durante cuarenta días, desde la pascua a la ascensión, Jesús, mediante las apariciones, volvió a llamar a los discípulos a su seguimiento, dando a Pedro y a los otros apóstoles su misión definitiva. A Pedro, le encargó de modo solemne (lo repite por tres veces) apacentar su grey: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas* (cf Jn 21,15-19). A los apóstoles los mandó: *Como el Padre me ha enviado, así os envío yo* (Jn 20,21); *Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado* (Mt 28,18-20).

La resurrección de Jesús, además de experiencia de vocación y misión es, también, experiencia de perdón. Jesucristo restablece con los discípulos su amistad y su perdón. No sólo esto, sino que además confirma a los apóstoles en el poder de perdonar los pecados de la humanidad. El poder que Él había ejercitado durante su vida terrena, se lo confía ya a sus apóstoles, como su don de resurrección. De hecho, en la anochecida del día de Pascua, apareciéndose Jesús a sus discípulos, les dio la misión de perdonar los pecados: *Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados le quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos* (Jn 20,22-23). La resurrección de Jesús es, para los cristianos, experiencia de misericordia, de perdón, de renovación espiritual, de participación en la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte.

La resurrección constituyó para los discípulos una experiencia de conversión total a Él. Sólo con la resurrección se realizó el verdadero retorno a Él, fundado sobre la fe y el abandono pleno en su poder y en su presencia divina en medio de ellos. En los ejemplos de Pedro y Tomás, la pascua nos muestra discípulos convertidos definitivamente a la causa de Jesús y de su evangelio. La conversión, por tanto, no pertenece sólo al período prepascual, sino que es parte integrante de la pascua, como un paso continuo de la incredulidad a la fe, de la tristeza a la alegría, de la inamovilidad del miedo al entusiasmo de la misión.

La resurrección de Jesús es también un acontecimiento de liberación, como transformación radical de la humanidad y de la naturaleza desde los círculos negativos del pecado, de la muerte, del sufrimiento físico, moral y psicológico. Con la resurrección de Jesús, el hombre recupera su libertad integral y se inaugura una nueva praxis de vida, que se explicita en el anuncio del resucitado y de su reino de justicia, de paz y de solidaridad humana.

La resurrección es un acontecimiento de verdadera promoción de la mujer, como discípula, que escucha y es mensajera de la Palabra de Dios. Los sentimientos profundos de fidelidad y piedad de las mujeres, les dieron, por una parte, el coraje de ser las primeras en acercarse al sepulcro y, por otra, la oportunidad de recibir, también las primeras, el anuncio jubiloso de la resurrección, de ser las primeras en encontrarse con el Señor resucitado, y de anunciar, las primeras, esta noticia extraordinaria a los apóstoles (cf Mt 28,1-10; Lc 24,8-11). Se trata de una revalorización radical de las mujeres, que no son las últimas sino las primeras en el testimonio de fe de Cristo resucitado.

Es emblemática, a este respecto, la figura de la Magdalena, que encuentra a Jesús antes de los apóstoles, siendo así la primera mensajera de su resurrección y ascensión, mereciendo el título de *apóstol de los apóstoles*. La liturgia pascual ha inmortalizado este testimonio extraordinario, invitando a los fieles al diálogo con la Magdalena en la emotiva secuencia pascual de la fiesta de la Resurrección.

Le preguntamos: *Qué has visto, de camino, María, en la mañana?* Y una vez más, todavía, ella llega a ser privilegiada testigo de Cristo resucitado: *A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, los ángeles testigos, sudarios y mortaja. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!* A este anuncio, también nosotros respondemos, con entusiasmo y con fe:

Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia, que estás resucitado. La muerte en ti no manda. Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa. Amén. Aleluya.

El comportamiento de Jesús al confiar también a las mujeres las verdades divinas, como había hecho, por ejemplo, con la Samaritana (cf Jn 4,1-42) encuentra en este episodio su coronación dignísima.

6. El icono: anuncio en imagen de la resurrección

Una síntesis de este significado *para nosotros* de la resurrección de Cristo, se puede encontrar en la tradición iconográfica bizantina, presente también en el medievo occidental. El icono, como encuentro y participación del creyente con el misterio que se celebra, representa, en el centro, a Jesús resucitado, resplandeciente de gloria y rodeado de personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cristo glorioso, aprieta con la mano izquierda, como un estandarte, la cruz de su pasión y muerte, fuente de la redención universal de la humanidad. Mientras la mano derecha está extendida hacia abajo para asir de la mano a un anciano con el fin de sacarlo del sepulcro. El nuevo Adán, Jesucristo, tiene el poder de liberar de la muerte y de la insignificancia del reino de los muertos al viejo Adán y a toda la humanidad. Jesús pisa con los pies y destruye el reino de los muertos, entre los escombros de las puertas del infierno, abatidas y con los instrumentos de tortura esparcidos por todas partes.

El icono expresa, en su esencia, el verdadero sentido de la resurrección cristiana, que es glorificación de Jesús pero también glorificación del hombre y su participación en su victoria sobre la muerte. Los demás particulares del icono enriquecen este anuncio de liberación. Detrás de Adán hay una larga fila de hombres y mujeres, también partícipes en este acontecimiento de redención. El icono bizantino, a su vez, muestra la espera y la participación de la humanidad en la salvación traída por Jesucristo.

7. La resurrección en la religiosidad popular

Entre tantas manifestaciones pascuales de piedad popular, presentamos una que está muy difundida por algunas naciones. En las Filipinas, por ejemplo, la fiesta de la resurrección de Jesús se vive con una tradición popular, articulada en dos momentos: el primero, es el denominado Salubong (encuentro) que celebra el pueblo con dos procesiones en las calles de la ciudad; el segundo momento, es la celebración eucarística pascual realizada en la Iglesia.

He aquí como se desarrolla el Salubong. En la oscuridad de la mañana de Pascua, hacia las cuatro, dos procesiones - la de Jesucristo resucitado y la de María, la Dolorosa,- inician su recorrido, partiendo de dos puntos diversos de la ciudad. María está vestida con un velo negro y su rostro expresa el gran dolor por la muerte del Hijo.

Las dos procesiones desembocan en la plaza principal de la ciudad, donde espera una gran multitud recogida en devota oración. Con movimientos coordinados, las estatuas se acercan al arco del *encuentro* en donde un niño, vestido con una blanca túnica de angelito, entona el *Regina Coeli, Laetare, Alleluia*. En este momento todos los participantes entonan cantos pascuales, con acompañamiento de bandas musicales. Entre tanto, el angelito vestido de blanco, quita a María el velo negro. La Virgen, en el esplendor de sus vestiduras doradas, parece ahora sonreír al ver a Jesús resucitado a su lado: es el encuentro gozoso, el Salubong, de la Madre con el Hijo resucitado y

trionfante. En seguida, la procesión entra en la Iglesia para la celebración de la Misa de Pascua. Apenas ha despuntado el alba y el cielo es una explosión de luz y de azul.

Se trata de una catequesis pascual popular, con los siguientes puntos importantes:

1. La oscuridad de la noche simboliza el pecado y la muerte;
2. Jesús resucitado se pone en camino por las ciudades del mundo para anunciar a María y a toda la Iglesia su triunfo sobre el pecado y la muerte;
3. El encuentro con el resucitado, restituye la alegría a toda la Iglesia, que celebra en la Eucaristía el encuentro salvífico con Jesús.

8. Indicaciones para una espiritualidad pascual

Tanto en Oriente como en Occidente, la experiencia concreta de la vida de gracia en el Señor resucitado comprende substancialmente dos fases: la ascética, de lucha contra el pecado y de victoria sobre los vicios, y la mística, de afianzamiento en las virtudes, triunfo de la gracia y comunión con Dios. Se puede hablar de un itinerario con dos etapas fundamentales: la cuaresmal y la pascual. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, son un ejemplo magistral. Articulados en cuatro semanas, dedican las tres primeras semanas a la conversión y a la imitación y seguimiento de Jesús en los misterios de su vida terrena y, sobre todo, en la participación en el misterio de su pasión y muerte. Los Ejercicios dedican, después, la cuarta y última semana, a la experiencia pascual de encuentro con Jesús resucitado como vértice y cumplimiento de la vida de gracia.

Invitan, en concreto, a meditar no sólo las estaciones del Via crucis sino también algunas estaciones de un ideal Via lucis de resurrección,

en donde el Maestro es Cristo resucitado. Se tienen, así, catorce etapas, extraídas de la Escritura y de la Tradición de la Iglesia, que evocan las apariciones de Jesús a María, su Madre, a la Magdalena, las tres Marías, Pedro, los discípulos de Emaús, los discípulos en el cenáculo, Tomás, los siete discípulos en la orilla del mar, los discípulos en el monte Tabor, los quinientos hermanos, Santiago, José de Arimatea, a Pablo y a los apóstoles en la Ascensión.

La predicación cristiana debería volver a proponer la participación no sólo en la experiencia cuaresmal de conversión y purificación sino también la experiencia pascual de comunión y glorificación con Cristo resucitado. En este sentido se puede hablar legítimamente de una espiritualidad de la via lucis, como consecuencia y culmen de la espiritualidad, loable y tradicional, de la via crucis. Es la experiencia de quien quiere recorrer el camino de los apóstoles y primeros discípulos que pasaron de la desilusión y desconsuelo en la pasión y muerte al estupor y a la alegría en el encuentro con el Resucitado.

La espiritualidad pascual es una invitación a los cristianos contemporáneos a hacerse más expertos en el canto de pascua, que es el canto a la vida. Es un don gratificante para todos. Para los no cristianos, quienes tienen cerrado el horizonte de una utopía fascinante. Para los cristianos, a quienes les aparece de nuevo, más entusiasmante que nunca, la tierra de su definitivo arribar. Y para los jóvenes, a quienes se les consigna, con confianza y esperanza, la verdadera leva de la historia.

CAPÍTULO VII

El misterio del Nacimiento de Jesús

1. El dato bíblico

Al anuncio gozoso de la resurrección de Jesús, la primera comunidad cristiana le hizo seguir la meditación del gran acontecimiento del nacimiento del Salvador, narrada en el Nuevo Testamento por los evangelistas Mateo y Lucas.

Después de haber puesto por delante la genealogía de *Jesús, hijo de David, hijo de Abraham* (Mt 1,1), el evangelista Mateo continúa así:

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: la madre de Jesús estaba desposada con José, y antes de vivir juntos resultó que ella esperaba un hijo, por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era bueno y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor, que le dijo: 'José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados' (...). Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer. Y sin que él hubiera tenido relación con ella, dio a luz un hijo; y le puso por nombre Jesús. Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes (Mt 1,18-2,1).

Aun utilizando una estructura narrativa diversa, también el evangelista Lucas refiere la concepción virginal de Jesús, de María por obra del Espíritu Santo. Después del anuncio del nacimiento de Juan Bautista, el evangelista relata el anuncio del ángel a María:

'No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin'. Y María dijo al ángel: '¿Cómo será eso, pues no conozco varón?'. El ángel le contestó: 'El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios' (Lc 1,30-35).

En el capítulo segundo, el mismo Lucas refiere con simplicidad extrema el nacimiento de Jesús, acaecido en Belén, a donde se había acercado María y José para empadronarse en el censo:

Y mientras estaban allí le llegó (a María) el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada (Lc 2,6-7).

2. La fe de la Iglesia

Este precioso dato bíblico, cuya última fuente es la Bienaventurada Virgen María, ha sido resumido por la fe de la Iglesia en el credo niceno-constantinopolitano, que confiesa del Hijo de Dios: *y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre*. El Hijo de Dios, engendrado por el eterno Padre antes de todos los siglos, nació en el tiempo, de Santa María Virgen, por obra del Espíritu Santo. Es la explicitación del antiquísimo texto paulino: *Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su hijo, nacido de una mujer (Gal 4,4)*. La Virgen María es la mujer que ha llegado a ser Madre del Hijo de Dios encarnado.

La Iglesia reconfirmó solemnemente el dato escriturístico con el dogma de María Theotókos (Madre de Dios), en el Concilio de Éfeso del año 431. Confirmando este antiquísimo elemento de la fe, el concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, afirma: *Cre-yendo y obedeciendo (María) engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, bajo la sombra del Espíritu Santo*.

3. La realidad de la concepción virginal

La concepción virginal de Jesús, por María, es un misterio para acoger y meditar en una actitud de obediencia a la fe, en la convicción de que *nada es imposible para Dios (cf Lc 1,37)*. Es una página sobre el actuar divino en la historia no para desordenar las leyes de la

naturaleza, sino para recordar a la humanidad entera que la Santísima Trinidad, Dios, es el Señor de la Historia.

Sin una fe adulta, la razón no alcanza a comprender y aceptar el lenguaje y el mensaje de la *maternidad virginal* de María. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda la notable afirmación de San Ignacio de Antioquía: *El príncipe de este mundo ignoró la virginidad de María y su parto, así como la muerte del Señor: tres misterios resonantes que se realizaron en el silencio de Dios.*

La realidad de la concepción virginal de Jesús por María se apoya en una serie de motivaciones que enumeramos a continuación:

1. La autenticidad del texto de los dos primeros capítulos de Mateo y Lucas es de hecho el testimonio de dos fuentes independientes entre sí;
2. La falta de verdaderos paralelos, tanto en ambiente bíblico como en el extra-bíblico;
3. La convergencia extraordinaria de los datos, no obstante la diferencia de la estructura narrativa de los dos relatos de Mateo y Lucas;
4. La consciencia de que la interpretación teológica, hecha por los evangelistas no es traición o manipulación mítica de la historia, sino su justo desciframiento y su narración.

4. El significado del *signo*

¿Qué significado tiene este acontecimiento? ¿Qué nos quiere decir Dios con el *signo* de la concepción virginal de su Hijo divino?

En el curso de los siglos la iglesia ha meditado incesantemente sobre el significado de este acontecimiento extraordinario, que se presenta con una novedad absoluta. Como tal, es signo de la novedad de la redención. En el horizonte de la continuidad de la creación,

Dios instituye una discontinuidad radical, un inicio puro, como indicador de la llegada de su re-creación, de su reino.

Además, la concepción virginal manifiesta la realidad de la divinidad del Hijo que también, como hombre, es todo *desde el y del* Padre celestial. La generación virginal es la expresión humana de su origen divino.

La exclusión del padre terreno indica también que Dios no ha obrado a través de la exaltación de los valores humanos, como la riqueza, el poder y la sexualidad, sino a través de los valores evangélicos de la pobreza, la humildad y la virginidad.

Hay una intrínseca correlación entre el nacimiento de Jesús y el misterio pascual. La novedad absoluta del nacimiento de Jesús prelude a la otra novedad admirable de su resurrección. En el acontecimiento de Cristo, los dos momentos decisivos del destino del hombre sobre la tierra son recreados intrínsecamente, llegando a ser signos anticipados de la realidad definitivamente realizada en Dios. Y el mismo Espíritu que suscitó en la historia la humanidad del Hijo de Dios, la resucita en la gloria del triunfo pascual. Así Dios supera los límites radicales del hombre y lo renueva con sus maravillas. El *nació de la virgen* y el *al tercer día resucitó de entre los muertos* constituyen un único signo, con la función de representar la existencia humana de Jesús en armonía con su realidad divina.

La generación de Jesús *de lo alto*, del Espíritu, está intrínsecamente ligada con su nacimiento *de lo bajo*, de la Virgen María. El nacimiento en el tiempo, del Hijo, se realiza con la libre colaboración personal de la Virgen, que llega a ser Madre del Señor (cf Lc 1,43) y, por tanto, legítimamente Theotókos. Mediante su asentimiento de fe, obediente a la palabra de Dios, María no es sólo una figura que comparece en la vida privada de Jesús de Nazaret. Su «fiat» es un acontecimiento de la historia de la salvación.

CAPÍTULO VIII

Jesús, Salvador único y definitivo de la humanidad

1. Jesús, *El Viviente*

A partir de la resurrección, la Iglesia ha manifestado abiertamente su fe en Jesucristo, el Resucitado y el Viviente. Algunas veces se plantea esta pregunta: el Cristo del anuncio eclesial, de la liturgia, el de la religiosidad popular, el de nuestra fe personal, el de los dogmas, el de la teología, el de la catequesis, el de la pastoral ¿es el mismo «Jesús histórico» que nos ha sido consignado y narrado por las fuentes bíblicas? En resumen, el Cristo de nuestra fe ¿es distinto del Jesús real de la Historia, y, el Cristo eclesial es diferente del Cristo bíblico?

Si fuera así, no habría continuidad personal entre el auténtico Jesús de la historia y el inauténtico Cristo de la fe. El problema a resolver es la comprensión *pneumática* y *eclesial* de Jesucristo en la vida bimilenaria de la iglesia.

Este problema tiene una historia ejemplar, iniciada al final del siglo XVIII en Europa, en pleno fervor de la Ilustración. Algunos estudiosos, de hecho, negaron el *Cristo del dogma cristiano* como una indebida construcción por la Iglesia. Partiendo del presupuesto de la substancial inadmisibilidad del Cristo de la fe eclesial, se buscó recuperar el rostro auténtico del Jesús histórico, elaborando *biografías* racionalistas, fantasiosas, míticas y románticas del fundador del cristianismo. Cuando la razón no alcanzaba a dar *explicaciones convincentes* se metía subrepticamente la invención fantástica o la interpretación mítica o la inspiración romántica. Esta búsqueda naufragó en un escepticismo absoluto y, por tanto, en la negación de la misma existencia de Jesús. Después de haber negado al Cristo de la fe y del dogma eclesial, se negó también la realidad histórica de Jesús.

La reacción contraria a esta línea de interpretación fue muy clara y llevó al extremo opuesto. Fue abandonado el Jesús de la historia, que se suponía difícilmente identificable, y se puso el acento sobre el Cristo de kérygma. Pasó a ser emblemática la afirmación paulina

de 2 Cor 5,16: *Por tanto no valoramos a nadie por criterios humanos. Si alguna vez juzgamos a Cristo, según tales criterios, ahora ya no.* El cristianismo había tenido inicio no tanto con la historia de Jesús sino con la predicación de los discípulos después de la pascua.

Se ha visto ya, sin embargo, en el capítulo cuarto; hoy la situación ha cambiado mucho a favor de la credibilidad histórica y también biográfica de las fuentes neotestamentarias, sobre todo los evangelios. Por tanto, no se debe negar o poner en duda la continuidad substancial entre el Jesús que nos consigna la historia y el Cristo anunciado por el kérygma de la Iglesia primitiva. El comienzo de la fe cristiana se da en el Jesús histórico. Y la misma predicación pascual remite al Jesús histórico como a su fundamento y justificación. El significado de la muerte de Jesús no es una interpretación del kérygma, sino del mismo Jesús. Se da, pues, una continuidad personal entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe de la primitiva iglesia cristiana.

Por lo demás, los hechos relevantes que constituyen el denominado *Cristo de la fe* -es decir, el Cristo predicado por los apóstoles después de la pascua- son acontecimientos que pertenecen y se remontan al *Jesús histórico*: predicación del reino, milagros, conciencia filial y mesiánica, los títulos *Hijo del hombre* e *Hijo*, la expresión *Soy yo*, la muerte en cruz, la resurrección. Para confirmar su doctrina, el mismo Pablo se refiere al Jesús prepascual, identificándolo inequívocamente con la persona del Señor resucitado (cf 1 Cor 7,10; 9,14). Recordando la institución de la eucaristía, el apóstol afirma: *Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarlo, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía* (1 Cor 11,23-24).

La misma continuidad se puede afirmar entre el Cristo de la fe y el Cristo del dogma. De esta extraordinaria e inalterada continuidad, hace fe todavía hoy el Credo niceno-constantinopolitano.

Podemos, por tanto, concluir, afirmando que el Cristo de nuestra fe eclesial es el Jesús histórico en toda la relevancia salvífica de su acontecimiento de encarnación, muerte y resurrección. Existe una continuidad personal entre el Jesús que nos entrega el Nuevo Testamento y el Cristo anunciado por la tradición bimilenaria de la Iglesia. Este último, no es un Cristo inauténtico y desfigurado, sino un Cristo auténtico, comprendido, vivido y re-expresado bajo la luz de las múltiples categorías culturales del tiempo y del espacio. Por eso se habla con razón del Cristo *bíblico-eclesial*. La historia salvífica de Jesús no se puede limitar a su pasado bíblico, pues continúa en la experiencia y vida de la Iglesia, que en el Espíritu confiesa a Jesús como el Viviente, el Resucitado, aquel que está eucarísticamente presente para santificarla y guiarla en su camino.

2. Jesús, único Salvador del mundo

En la Tertio Millennio Adveniente, el Papa Juan Pablo II afirma que *el tema general, propuesto para este año (1997) por muchos cardenales y Obispos, es 'Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre'* (cf Hb 13,8).

Ésta es la afirmación más importante de nuestra fe en Cristo. Quiere decir que la voluntad salvífica de Dios, respecto a la humanidad entera, se ha manifestado y realizado de modo único y definitivo en el misterio de Jesús y en su comunidad eclesial, sacramento de salvación en la historia. Él es la fuente única que sostiene cualquier otra invocación y concesión de salvación presente también fuera del cristianismo. Él es el mediador único y constitutivo de salvación para la humanidad entera. Sólo en Él, la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su significado definitivamente positivo y sólo en Él se realizan totalmente, purificándose y liberándose para siempre, de los círculos negativos de la muerte física, psíquica, social, ética, espiritual y cósmica. Es Jesús quien tiene en sí mismo, en su acontecimiento y en su persona, las razones de la ultimidad absoluta y definitiva de la salvación. Él no es uno de tantos mediadores salvíficos, sino el único y definitivo, la fuente de cualquier otra mediación participada.

3. El desafío a la universalidad salvífica de Jesús

Hoy, muchos elementos impulsan a una comprensión y motivación nuevas de la fe tradicional de la Iglesia en el valor salvífico universal del misterio de Jesucristo: un marcado pluralismo cultural y religioso, que se hace evidente cada día más por la masiva migración individual de personas, sobre todo jóvenes, y de familias enteras hacia el Norte y hacia el Occidente; una disminución y un debilitamiento del empuje misionero de la Iglesia hacia los no cristianos; el despertar de otras religiones, que se redescubren como fuente y garantía de valores humanos, como la identidad y la independencia nacional, la paz y la concordia universal, la fascinación por una religiosidad nueva que parece ofrecer una cultura y un estilo de vida alternativos a la existencia vacía y superficial del post-materialismo de tipo occidental.

A esto se añade la revalorización conciliar del significado salvífico de las religiones no cristianas; la exigencia de la inculturación de la fe y de una teología *en contexto*; la promoción de un diálogo inter-religioso más igualitario, cuya expresión excepcional fue la jornada mundial de las religiones por la paz, celebrada en Asís el 27 de Octubre de 1986.

Este nuevo horizonte cultural ha provocado el resurgir y el afirmarse de una disciplina teológica, la teología de las religiones, que trata de discernir el significado salvífico de las religiones no cristianas, -tanto las grandes tradiciones orientales como las denominadas religiones tradicionales- en contraste con el acontecimiento de Cristo.

4. Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo

El concilio ecuménico Vaticano II ha reafirmado con énfasis que Jesús es el Salvador único y universal de la humanidad entera. La eventual presencia de fe, de gracia y de salvación fuera del cristianismo extraería su valor salvífico, substancialmente, del acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús. La gracia de Cristo es la causa constitutiva de la salvación de toda la humanidad, fuera y dentro de la Iglesia. Por medio de la presencia de su Espíritu de santidad, Jesucristo permanece como salvador constitutivo y fontal de toda salvación disponible en el mundo: *Cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres, para que al fin tengan la vida.*

A los veinticinco años de la conclusión del Concilio, la encíclica *Redemptoris Missio* (1990) de Juan Pablo II, ha invitado a la Iglesia a un renovado compromiso misionero: *La misión renueva la Iglesia, vigoriza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡La fe se refuerza donándola! (...) ¡Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo!* La encíclica reasume hoy la conciencia de fe de la Iglesia ante las religiones no cristianas.

Subraya con énfasis, sobre todo, la realidad de Jesús como *Único Salvador* de la humanidad entera. Éste fue, en síntesis radical, el primer mensaje de la predicación apostólica. San Pedro, respondiendo a las autoridades religiosas judías sobre la curación del lisiado, obrada por él, afirma: *En el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos: por su nombre se presenta éste santo ante vosotros ... Ningún otro puede salvar; bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos* (Hech 4,10.12). También San Pablo ve en Cristo resucitado al Señor, cuando escribe: *Pues aunque hay los llamados dioses en el cielo y en la tierra -y son numerosos los dioses y numerosos los señores-, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede el universo y a quien estamos destinados nosotros, y un solo*

Señor, Jesucristo, por quien existe el universo y por quien nosotros vamos al Padre (1 Cor 8,5-6). El mismo apóstol afirma que Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos (1 Tim 2,5-6). También el apóstol Juan atestigua la universalidad salvífica de Jesucristo: Tanto amó Dios al mundo que entregó a su hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (Jn 3,16-17).

El Papa resume afirmando: *Los hombres, pues, no pueden entrar en comunión con Dios, si no es por medio de Cristo y bajo la acción del Espíritu. Esta mediación suya, única y universal, lejos de ser obstáculo en el camino hacia Dios, es la vía establecida por Dios mismo, y de ello Cristo tiene plena conciencia. Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas, sin embargo, cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias. Todo género de dones, sobre todo las riquezas espirituales que Dios ha dado en abundancia a todos los pueblos no pueden ser separadas de Jesucristo quien está en el centro del plan divino de salvación.*

En segundo lugar, el Papa advierte que no hay que separar al Verbo eterno de Jesucristo: *Es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo. San Juan afirma claramente que el Verbo, que 'estaba en el principio con Dios', es el mismo que 'se hizo carne' (Jn 1,2.14): Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e indivisible. No se puede separar a Jesús de Cristo.*

Finalmente, el Papa pone en guardia a los cristianos para que identifiquen el objeto de la missio ad gentes solamente con un programa de bienestar socio-económico. El contenido del anuncio misionero es la persona misma de Jesucristo: *El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es, ante todo, una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible.*

5. La voluntad salvífica universal: los *caminos secretos* de Dios

Para la comprensión de esta afirmación central de la fe cristiana, conviene añadir un ulterior desarrollo. Es un hecho que en el plan de Dios ninguno está excluido de la posibilidad de salvarse. En el Nuevo Testamento, por ejemplo, se afirma que el niño Jesús, presentado en el templo es *tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones* (Lc 2,30-32; cf Lc 3,6). San Pablo afirma que Dios *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4). Y San Juan dice que Jesús es «*víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros sino también por los del mundo entero*» (1 Jn 2,2). Hablando del juicio de Dios, San Pablo declara que la recompensa por el bien será la misma para todos sin distinción: *gloria, honor y paz a todo el que obre el bien, primero al judío, pero también al griego, porque Dios no es parcial con nadie* (Rm 2,10-11).

La Iglesia primitiva consideró el acontecimiento de Cristo *eficaz salvíficamente* no sólo para los cristianos, sino para toda la humanidad sin discriminación. El símbolo niceno-constantinopolitano: *por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo*. El concilio Vaticano II sugiere que, a aquellos que no conocen a Cristo y viven en otros contextos religiosos, les sea ofrecida la salvación mediante caminos misteriosos, conocidos solo por Dios.

Esta especie de *secreto de Dios* está afirmada, por ejemplo, en el documento conciliar sobre la actividad misionera *Ad gentes*, que dice: *Aunque Dios, por los caminos que él sabe (viis sibi notis), pueda traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que, sin culpa propia, desconocen el evangelio...* Estos caminos misteriosos, conocidos sólo por Dios son, en realidad, la obediencia a la propia conciencia recta; el obrar el bien y evitar el mal; la adhesión a la verdad; la coherencia entre fe y vida. Se trata de verdaderos ofrecimientos de salvación fundados sobre todo en la práctica del bien, según lo enunciado por Jesús en Mt 15,31-46. En el juicio final,

el conocimiento auténtico de Jesús y la salvación en Él, es el resultado del servicio a los necesitados.

6. Cristo único mediador entre Dios y la humanidad

Esta voluntad salvífica universal de Dios, se actúa concretamente en la historia mediante la eficacia única del misterio pascual de Jesús. Junto a la voluntad salvífica de Dios se deberá afirmar con fuerza que el único camino de salvación de la humanidad es el acontecimiento de Cristo, visto como cumplimiento de otra revelación: *En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo (Hb 11-2). A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha contado (Jn 1,18). San Pablo reafirma que ya no hay distinción entre Judío y Griego; ya que uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan. Pues 'todo el que invoca el nombre del Señor se salvará' (Rm 10,12-13).*

Por tanto, toda la humanidad está llamada a la salvación en Cristo, quien ha muerto y resucitado por todos. Puede verse la síntesis de esto en 1 Tim 2,4-6: *Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos.*

6.1 Jesús, distinción absoluta

Surgen, en este momento, dos interrogantes. El primero se refiere a la razón fundamental de la *diferencia cualitativamente insuperable* entre Cristo y las otras mediaciones salvíficas no cristianas.

La respuesta puede formularse así. Esta diferencia no está dada por una valoración genéricamente negativa de las religiones no cristianas, poniendo de relieve, por ejemplo sus desviaciones religiosas y morales; tampoco por una consideración relativamente positiva de ellas, considerándolas como un honesto esfuerzo humano para alcanzar a Dios. Se vive, de hecho, en una historia de salvación, iniciada en la creación y toda ella impregnada por la gracia de Dios, por lo cual, la búsqueda de Dios es siempre un don suyo venido de lo alto. Además, no se puede llamar *cristianismo anónimo* a las religiones no cristianas. El cristianismo es, de hecho, la aceptación personal y consciente del misterio de Cristo e inmersión global mediante el bautismo en la vida divina trinitaria.

Por tanto, la diferencia radical entre cristianismo y religiones no cristianas hay que buscarla en el misterio de Jesucristo, en su auto-revelación en la historia, en su presencia privilegiada en la iglesia, su sacramento de salvación para la humanidad. Sólo Jesucristo es la Luz, la Salvación, la Gracia. No existe oposición entre religiones no cristianas -con su sentido del misterio santo, de la oración, de la moralidad, de las buenas obras, del esfuerzo ascético y de las gracias místicas- y cristianismo: hay un salto cualitativo que trasciende, determinado únicamente por el misterio de Jesús, aceptado por la fe pero por una fe adecuadamente motivada.

Surge, así el segundo interrogante: ¿cómo puede un acontecimiento histórico, limitado en el tiempo y en el espacio, elevar a dignidad y valor de salvación absoluta? ¿en qué modo la historia de Jesús puede superar la relatividad y ambigüedad que le es propia?

La respuesta puede ser sintetizada así: la historia humana de hecho alberga el diálogo salvífico de Dios con el hombre. Aquí está la raíz del significado innegablemente positivo de las religiones no cristianas, que no son, por tanto, simples y vanas tentativas del hombre, sino un verdadero don, aunque parcial, de iluminación y de gracia de lo alto. Por consiguiente, la misma historia está también disponible para consignar los elementos y los indicios de *certeza histórica* de una eventual encarnación o presencia del salvador absoluto. Esta es la

base para superar el relativismo histórico y el conexo pluralismo salvífico. La historia puede ofrecer, y de hecho indica, los acontecimientos capaces de motivar la fe en el salvador absoluto.

Por eso, es posible individuar en el acontecimiento histórico de Cristo la auto-revelación definitiva de Dios y hacerla aceptar por fe. La historia, como nos consigna la multiplicidad y pluralidad del diálogo salvífico del hombre con Dios, nos puede también clarificar el cumplimiento de este diálogo salvífico del acontecimiento definitivo de salvación. Si la historia, en realidad, ya alberga una pluralidad de *ierofanías* (manifestaciones de lo sagrado), puede ofrecer también la *crstofanía* (manifestación de Cristo). Si la historia puede cobijar al relato de Babel, puede también aceptar el acontecimiento de Pentecostés, es decir, el acontecimiento de todas las gentes salvadas en Cristo.

6.2 Los fundamentos de la propuesta salvífica universal de Jesús

Se pueden reducir a cinco los núcleos decisivos que fundamentan la propuesta de Jesús. De ellos emerge, en una convergencia de indicios cualificadísimos, la discontinuidad absoluta de Jesús con otros mediadores salvíficos. Se trata, de hecho, del testimonio que Jesús dio de sí mismo, coherente, continuo y consciente, en toda su existencia terrena de ser único y definitivo salvador de la humanidad, que superaba y cumplía toda ley y todo pacto precedente y futuro entre Dios y el hombre.

1. La consciencia filial y mesiánica del Jesús prepascual es decir, la consciencia humana que Él tenía de estar en relación filial con el Padre y de ser el Mesías enviado por el Padre para la salvación de la humanidad - es un dato histórico seguro.
2. El acontecimiento pascual de la muerte y de la resurrección, como realidad salvífica universal. El anuncio de la cruz y de la resurrección como misterio de redención universal constituye la roca firme que sostiene la fe cristiana y que la identifica en

relación con otras religiones. La inmortalidad del alma y la resurrección personal son la respuesta cristiana a la doctrina de la reencarnación.

3. El cristianismo es la religión de la revelación del nombre de Dios como comunión trinitaria y como amor. Jesús revela a Dios como *amor* (1 Jn 4,8.16). El Padre ama el Hijo (Jn 15,9; 3,35; 14,31) y establece morada de amor en los discípulos (Jn 14,1-23). El amor es el *máximo mandamiento* (Mc 12,28). El amor es el origen del acontecimiento histórico de la redención del hombre en Cristo (cf Gal 2,20; Ef 5,2.25).
4. La experiencia de la filiación divina del hombre. En el cristianismo el hombre descubre su verdadera vocación, la del llegar a ser hijo de Dios. El misterio del Padre signa también la *economía* (la sucesión de las etapas de la historia de la salvación), que comporta la reintegración de toda la humanidad en su reino para hacernos hijos en el Hijo. Para esto ha enviado a su Hijo (cf Jn 3,16; Gal 4,4; Rm 8,3). El mensaje de Jesús muestra que Dios es Padre de todos (Mt 5,45; Lc 6,35), sobre todo de los desheredados y de los pecadores (cf la parábola del hijo pródigo en Lc 15,1-32). De aquí, la consideración actualísima de la radical fraternidad entre todos los hombres. La adopción a hijos de Dios en el Hijo es un privilegio cristiano que todos están invitados a acoger. Es ésta la fuente de la civilización cristiana del amor y de la igualdad.
5. La existencia cristiana y la experiencia de encuentro salvífico con Cristo en la comunidad eclesial. En el cristianismo el hombre no permanece solo en su esfuerzo ascético sino que está sostenido por la comunidad eclesial, no sólo como ambiente de sociabilidad, sino sobre todo como ámbito de salvación, alegría, esperanza, solidaridad. Mediante los sacramentos, el hombre está reforzado en su maduración humana y espiritual. La iglesia es esencialmente experiencia salvífica integral: es esperanza de vida eterna, pero también existencia liberada de la angustia, de la soledad, de la desesperación, de la insignificancia.

Se trata de una salvación que está ya anticipada en la historia con realizaciones parciales y provisionales. Al mismo tiempo es iluminación y sostenimiento de la propia existencia hacia un auténtico cumplimiento de todas las propias posibilidades humanas (significado de la vida, libertad, comunión con los demás) y transformación concreta de la situación de injusticia, de no libertad, de esclavitud, de necesidad, de pobreza, de subdesarrollo de las personas y de las comunidades.

La salvación cristiana hace referencia a todo hombre, tanto como individuo como en comunión con los otros. Es un presente para vivir y realizar y un futuro para esperar y disfrutar plenamente. Es cósmica, desde el momento en que también la naturaleza participa en la salvación del hombre y alcanzará su cumplimiento al final de los tiempos, junto a la humanidad entera. La salvación cristiana permanece abierta, en el sentido en que, siendo Cristo y su iglesia, sacramentos universales de salvación para la humanidad, permanece fundamentalmente disponible para todos.

CAPÍTULO IX

Actualidad y significado de la salvación en Jesucristo

Se pueden reducir a cuatro los aspectos más relevantes de la salvación cristiana, que consiste en la:

1. Experiencia de comunión personal con Cristo (vivencia personal)
2. Experiencia de comunión en la iglesia (vivencia eclesial)
3. Experiencia de existencia recreada (vivencia salvífica)
4. Experiencia de auténtica ortopraxis (vivencia práctico-cultural).

1. La *vivencia personal*: el redescubrimiento del bautismo

1.1. Armonía entre conocimiento y experiencia de fe

La verídica plataforma precedente constituye una base motivada y válida para una vivencia convencida y dinámica. Jesús es Verdad, pero también es Camino y Vida (cf Jn 4,6). La tradición cristiana ve en armonía la ortodoxia y la ortopraxis, la recta profesión de la fe y su actuación concreta en la acción: *Las convicciones firmes y reflexivas llevan a una acción valiente y segura. Ser cristianos no se define por la mera comprensión del misterio de Cristo sin una experiencia correspondiente de fe de la vida en Él. El conocimiento maduro que el cristiano tiene de Jesús debe llegar a ser existencia *pneumática* en Él, dando a su vida la dimensión de una comprometida peregrinación en la fe, esperanza y caridad.*

El primer criterio experiencial que emerge de la narración de la historia de Jesús es el del encuentro personal con Él. El relato de la historia de Jesús hoy llega a ser historia de vida de cada cristiano con Él. Como los primeros discípulos, a través de la llamada, el seguimiento y la acción del Espíritu, también hoy el cristiano, mediante el bautismo, está inmerso en la vida divina trinitaria. Es decir, el cristiano está llamado por su nombre no sólo al conocimiento sino también a la existencia de fe filial en el Espíritu de Cristo resucitado.

Se trata de Jesús reconocido experiencialmente como amigo fiel, como modelo de humanidad realizada, como maestro de vida fraterna. Se trata, sobre todo, y más radicalmente de reconocer y experimentar a Jesús como el Mesías y el Salvador de la propia existencia personal: *Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo) (Jn 1,41)*. Así dice Andrés a Simón, su hermano, después de haber encontrado y reconocido a Jesús. Con el bautismo, la historia de Jesús llega a ser también la historia de los discípulos y de cada cristiano. Por tanto, la vida del cristiano se hace vida *de Cristo, en Cristo, por Cristo y hacia Cristo*. Cristo es el centro de la historia personal de cada uno de sus discípulos.

Esta dimensión de la vivencia personal cristológica constituye una maravillosa originalidad de ser cristianos, sobre todo en relación con otros modelos de vida religiosa no cristiana. La intrínseca referencia a Cristo no limita la identidad humana de cada persona sino que de hecho ésta sale exaltada y reforzada por ella.

Releamos el diálogo entre Jesús y los primeros discípulos, como nos lo cuenta el evangelista Juan, que anota incluso la hora del encuentro:

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús; se volvió y, al ver que lo seguían, le pregunta: '¿Qué buscáis?'. Ellos le contestaron: 'Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?'. Él les dijo: 'Venid y lo veréis'. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde (Jn 1,38-39).

El quedarse los discípulos con Él no se limitó al día de la llamada sino que se extendió a toda su vida.

1.2 *Permaneced en mi amor (Jn 15,9)*

En su existencia terrena, Jesús llamó a los discípulos a «vivir» con Él, invitándolos a su *seguimiento* a su *imitación* y a la plena *comunión* y *co-división* con Él en la oración, en el apostolado y en el sacrificio de la cruz. Esta experiencia la encontramos desarrollada en los evangelios, sobre todo en el de Juan, y en las cartas paulinas. Comparándose él mismo con la vid y los discípulos con los sarmientos, Jesús afirma: *Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada (...). Permaneced en mi amor* (Jn 15,4-9). Sin comunión con Jesús no existe apostolado y no hay participación en la vida divina trinitaria. La eucaristía es el sacramento de la comunión con Jesús en la tierra: *Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí* (Jn 6,57-58). La comunión con Jesús es comunión con el Padre: *Yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo y yo con vosotros* (Jn 14,20).

1.3 *Para mí, vivir es Cristo (Fil 1,21)*

Como preparación para el Jubileo del 2000, Juan Pablo II invita a *redescubrir el bautismo, como fundamento de la existencia cristiana, según la palabra del Apóstol: 'Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo'* (Gal 3,27).

Conviene meditar de nuevo cuanto San Pablo ha experimentado al respecto, transmitiendo a la iglesia una de las experiencias más logradas de vida y de misión vividas enteramente en Cristo y por

Cristo. Se trata de una experiencia espiritual fundamental, que puede ser expresada con varios términos, como comunión, divinización, participación, conformación, asimilación e incorporación.

La vida de Pablo fue una asimilación continua de Cristo: *Para mí vivir es Cristo* (Fil 1,21). En el hecho de su conversión en el camino de Damasco (Hech 9,3-5; 22,1-12; 26,1-24) Jesús se le reveló como el presente y el viviente en la iglesia y en los cristianos: *Yo soy Jesús a quien tú persigues* (Hech 9,5).

La asimilación vital de Cristo y la *convivencia* con Él viene descrita con neologismos como *con-morir*, *con-vivir* con Cristo (2 Tim 2,11; Rm 6,8), *com-padecer* (Rm 8,17; 1 Cor 2,26), *estar con-crucificados* (Rm 6,6), *estar con-sepultados* (Rm 6,4; Col 2,12), *con-resucitar* (Ef 2,6; Col 2,18; 3,1), *estar configurados* con Cristo en la muerte (Fil 3,10), *estar conglorificados* (Rm 8,17), *con-sentarse* con Él (Ef 2,6), *conreinar* (2 Tim 2,12; 1 Cor 4,8), *ser coherederos* (Rm 8,17; Ef 3,6). Los cristianos han sido predestinados por el Padre a *ser conformados con la imagen de su Hijo* (Rm 8,29).

La incorporación a Cristo es la realidad del bautizado: *Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó: estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo (con-vivificó) -por pura gracia estáis salvados- nos ha resucitado (con-resucitó) con Cristo Jesús y nos ha sentado (con-sentar) en el cielo, con Él. Así muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia, su bondad para con nosotros en Cristo Jesús* (Ef 2,4-7).

El apóstol usa muchas imágenes para describir el modo de la unión con Cristo del bautizado: *Vosotros sois campo de Dios, edificio de Dios* (1 Cor 3,9); *¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros* (1 Cor 3,6- 17).

Hay otras imágenes más personalistas: *Sois ciudadanos del pueblo de Dios y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el*

cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular (Ef 2,29-20); Tengo celos de vosotros, los celos de Dios; quise desposaros con un solo marido, presentándoos a Cristo como una virgen fiel (2 Cor 11,2). La analogía de la unión esponsal expresa bien la comunión íntima del cristiano con Jesús: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? De ningún modo (...) El que se une al Señor, se hace uno con Él (1 Cor 6,15-17; cf Ef 5,21-32).

La analogía paulina por excelencia es la del *cuerpo místico*. En el bautismo los fieles han llegado a ser *el cuerpo de Cristo* y *cada uno es un miembro* (1 Cor 12,27): *Pues así como vuestro cuerpo en su unidad, posee muchos miembros y no desempeñan todos los miembros la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros (Rm 12,4-5); Realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia Él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor (Ef 4,15-16).* La imagen del cuerpo místico expresa mejor la convivencia y la coparticipación del fiel en el misterio salvífico de Cristo hasta llegar a ser una sola cosa con Él: *todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gal 3,28)*. Esta experiencia es vivida como una vida de asimilación total a Cristo: *He sido crucificado con Cristo y ya no soy yo el que vive, sino es Cristo quien vive en mí (Gal 2,20); Para mí vivir es Cristo (Fil 1,21); Cristo es nuestra vida (Col 3,3).*

1.4. Realidad trinitaria de la incorporación a Cristo

La incorporación a Cristo pone al cristiano en relación íntima con las personas trinitarias y, al mismo tiempo, establece una nueva relación con los hombres. Tal unión hace a los cristianos hijos adoptivos del Padre: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo -antes de crear el*

mundo- para que fuésemos santos irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo -por pura iniciativa suya- a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1,3-5). No se trata de una adopción extrínseca y jurídica sino de una conformación y asimilación filial con Cristo: A los que había escogido Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito de muchos hermanos (Rm 8,29); Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar: '¡Abba! (Padre)'. Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo. Considero que los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos manifestará (Rm 8,15- 17).

Unidos con Cristo, los bautizados no constituyen un conjunto informe de existencias cerradas e individuales, sino un organismo vivo y lleno de correlaciones. Cada cristiano no sólo tiene una referencia intrínseca a Cristo, cabeza del cuerpo místico, sino también una función original y una interrelación con los otros miembros: *A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo (Ef 4,7). Insertados en la comunión de vida trinitaria, los cristianos viven en unión, comunión y con-división de bienes (todos coherederos), independientemente de la nación, raza, condición social y sexo (cf Gal 3,28).*

1.5 Pluralidad de experiencias de comunión con Cristo

Esta espiritualidad cristológica -que se vive en la oración, en los sacramentos, en la escucha de la Palabra de Dios, en el servicio al prójimo, en la comunión eclesial- es fundamentalmente única y universal, porque es vida filial en la Trinidad de Dios. Sin embargo esta

experiencia es vivida concretamente de modo diferente por cada persona. Cirilo de Jerusalén compara la gracia divina con el rocío que, sobre el lirio, es blanco, rojo sobre la rosa, púrpura sobre las violetas y jacintos, asumiendo los distintos colores según las diversas especies de las cosas; otro es el rocío sobre la palmera y otro sobre la vid, pero siempre es la misma agua la que da vida y belleza al mundo multiforme. Consecuentemente, son variadísimas las experiencias de asimilación del alma con Dios, vividas en la historia de la Iglesia.

Tal experiencia fue la finalidad del monacato oriental y occidental, ambos caracterizados por la tensión hacia la santidad alcanzada mediante el gesto ascético radical como premisa para la vivencia mística y para la expansión, cada vez más grande, del Espíritu en el alma.

En el misticismo ruso, por ejemplo, prevalece el elemento del total extrañamiento del mundo y de la completa dedicación a la contemplación y abandono de sí mismo en Dios, mediante la oración, la del corazón, que llega a ser comunión existencial con Dios, respiración del Espíritu Santo en el alma, verificación existencial de la palabra de Dios: *Yo duermo pero mi corazón vela* (Ct 5,2). El *peregrino ruso* alcanza a convivir de tal modo con la plegaria del corazón que hasta la asimila físicamente: *Después de un cierto tiempo sentí, no sé cómo, que la oración pasaba de los labios al corazón: el corazón, con su latido rítmico, se ponía en cierto modo a medir por sí mismo las palabras de la oración*. Está tan presente y viva, que una mañana, es la oración la que despierta al peregrino, para confortarlo y sostenerlo.

También en el cristianismo occidental son numerosísimas las obras autobiográficas de grandes santos y místicos, que describen con inigualable finura espiritual su camino personal de perfección y de comunión de amor con Jesús. Citamos, por ejemplo, la asimilación de Cristo mediador y *punte* narrada en el Diálogo de la Divina Providencia escrito por Santa Catalina de Siena en el otoño de 1378; o el compromiso ascético-místico celebrado en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, elaborados entre 1522 y el 1548; o

el descubrimiento de la interioridad perdida que hace Santa Teresa de Jesús en el Castillo interior (1577); o la experiencia de la unión con Jesús descrita en el Cántico espiritual (1584) y en los casi contemporáneos Subida del Monte Carmelo y Noche oscura de San Juan de la Cruz; o el relato de la ardorosa asimilación a la pasión de Cristo presentado en la Historia de un alma de Santa Teresa del Niño Jesús (1895- 1897).

Se trata sólo de ejemplos entre los más notables, puesto que en el cristianismo son multitud los hombres y mujeres de toda edad, estado, condición y raza, que viven su comunión con Dios como un maravilloso secreto entre Dios y su alma, haciendo rezumar hacia fuera sólo el perfume de su humildad y el sabor de su virtud. El cristiano, unido y conformado con Cristo es el anuncio más creíble de Jesús: el rostro bueno de la Madre Teresa de Calcuta muestra, mejor que cualquier otra palabra, el rostro esplendoroso de Jesús. El cristiano, transfigurado por la caridad de Cristo es el mejor mensajero de su misterio salvífico.

Traemos aquí un párrafo extraído de la Vida en Cristo de Nicolás Cabasilas (Salónica 1319/1323-1397/98), que describe la asimilación de las almas con Cristo a través de los sacramentos:

El Salvador (...) está siempre presente y del todo en los que viven en él; provee a cada una de sus necesidades, es todo para ellos y no permite que vuelvan su mirada a ningún otro objeto, ni que busquen nada fuera de él. De hecho, no hay nada que necesiten los santos que no sea él: él los genera, los hace crecer y los nutre, es luz y respiro, en ellos pone su mirada, los ilumina por medio de sí y, finalmente se ofrece a sí mismo a su visión. A la vez nutre y es la nutrición; es él el que da el pan de la vida, y el que se da a sí mismo; la vida de los vivientes, el perfume de quien respira, la vestidura de quien quiere vestirla. Él es quien nos da el poder caminar y él es la vida, y también el lugar del reposo y el término. Nosotros somos los miembros, él la cabeza: ¿es necesario combatir?, pues combate con nosotros, y él es quien asigna la victoria y le hace honor. ¿Vencemos?, pues él es la corona. Así, de cada parte reconduce a sí mismo nuestra

mente y no permite que se vuelva a otra cosa ni que sea presa de amor por ninguna cosa (...) De cuanto hemos dicho resulta claro que la vida en Cristo no hace relación sólo al futuro sino que ahora ya está presente para los santos que viven y obran en ella.

1.6. Opción por Cristo y testimonio

Otras experiencias revalorizadas pastoralmente como realizaciones de la vivencia personal del bautizado en Cristo, son la opción fundamental cristiana y el testimonio.

El seguimiento es la experiencia y la elección de Cristo como maestro de vida. Elegir a Jesús significa *estar con Él* (Mc 3,14), *acompañarlo* (Lc 9,57-62), *andar detrás de él* (Mc 1,17). Significa armonizar la propia vida con la misma vida de Jesús hasta *llevar la cruz* que él ha llevado (Mc 8,34).

El seguimiento es opción fundamental cuando la experiencia de Cristo orienta el actuar práctico del cristiano, como fatigosa y cotidiana armonía entre convicción de fe y acción. Se trata de elegir a Jesús como meta orientadora que ilumina y guía con su gracia los pasos, con frecuencia vacilantes, de las decisiones libres del cristiano. La opción fundamental es la aceptación programática de *ser auténticamente cristianos*, que determina y orienta el camino histórico del creyente en cada una de sus acciones libres. Es, por tanto, vivir la vida *con Jesús*, según los *criterios de Jesús* y, en consecuencia, según la fe, la esperanza y la caridad, y no según los criterios del egoísmo, de lo útil y de la sola racionalidad.

La opción fundamental cristiana no es una elección singular, hecha solemnemente en el pasado, sino una dirección habitual en el camino del cristiano, iluminado y sostenido por la gracia de Cristo. Debe ser reconocible como tal en cada elección individual concreta. La opción fundamental se puede cualificar como cristo- céntrica cuando, eligiendo a Jesús como bien absoluto, se ponen actos concretos y particulares en armonía con el bien absoluto. De aquí nace una orientación real hacia el bien.

Sobre esto se fundamenta el testimonio del bautizado, que llega a ser con la existencia y con la propia acción, un testimonio de Cristo, hasta dar la propia vida por Él con la suprema entrega del martirio.

2. La vivencia *eclesial*

2.1. Vida en Cristo y experiencia de comunión eclesial

La vivencia personal cristiana tiene un intrínseco componente comunitario. El encuentro con Jesús en el bautismo acontece en el ámbito de la comunidad eclesial. Es, pues, un encuentro con la comunidad de fe, de esperanza y de caridad, donde encuentra un particular y privilegiado momento expresivo y celebrativo en la liturgia eucarística. En ella, los bautizados viven juntos su experiencia de salvados en el misterio pascual de Cristo. Vivir con Jesús es, por tanto, vivir con la Iglesia y en la Iglesia.

En la Iglesia, el encuentro personal con El llega a ser encuentro sacramental, y por tanto, dispensación de gracia y de redención.

Algunas pistas para la realización y la maduración de esta vivencia eclesial, son:

- a) La acción litúrgica y la vida de oración;
- b) Una actitud de comunión eclesial, hecha de obediencia, colaboración, disponibilidad a todos los niveles y grados, en relación con todos los componentes del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia: es Cristo, de hecho, el centro, el sostenimiento y el realizador de la unidad de la Iglesia;
- c) La vida *asociativa* (los movimientos eclesiales), como lugar de experiencia y compromiso comunitario, de maduración en la fe, de solidaridad humana.

La oración enseñada por Jesús -el *Padrenuestro*- compromete a los cristianos a estar en comunión con todas las personas humanas, llamadas a ser hijos e hijas de Dios en Cristo. Hay, pues, una exigencia intrínseca de fraternidad universal bajo la mirada misericordiosa del Padre, por lo que el cristiano no discrimina a ninguno por ningún motivo (ni por la diversidad de religión, de raza, sexo o nacionalidad).

En esta vivencia eclesial se encuentra la legitimación de todo movimiento, grupo o asociación cristiana. La experiencia del seguimiento personal de Jesucristo se vive juntamente con la de otros hermanos y hermanas, llegando a ser vivencia eclesial. Es el discernimiento y la co-división vital de los carismas y dones personales (cf 1 Cor 12-14) que se ponen a disposición para edificación de la propia santificación y para la santificación de la comunidad eclesial en una auténtica vida de caridad (1 Cor 13).

Una experiencia privilegiada de vivencia cristológica comunitaria, históricamente vivaz en su pluriformidad, novedad y perenne actualidad, es la experiencia de la vida *consagrada*. La vocación a la vida consagrada es esencialmente vivencia cristológica personal y comunitaria: es vida en Cristo y en la iglesia con una particular misión apostólica en el mundo.

2.2. Señor, enséñanos a orar (Lc 11,1)

Es útil descubrir hoy la oración cristiana contemplando el icono de Jesús en oración. Es un perfil fascinante de la personalidad de Jesús, que ha creado una verdadera tradición plurimilenaria de espiritualidad y de santidad cristiana, toda por descubrir y valorar. La originalidad de Jesús en este campo ha sido acogida también por los no cristianos, que ven en él no sólo a un hebreo piadoso, sino sobre todo, a un maestro insuperable de vida espiritual y de intimidad con Dios.

Los discípulos, que también eran expertos en la plegaria hebrea de aquel tiempo, se impresionaron de tal manera por la singularidad de la oración de su maestro, que le pidieron: *Señor, enséñanos a orar*

(Lc 11,1). Jesús orante es uno de los aspectos mejor atestiguado del Jesús histórico. Él oraba por la mañana: *Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar* (Mc 1,35). Oraba por la noche: a continuación de la multiplicación de los panes. *Y después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo* (Mt 14,23). Oraba de noche: antes de la elección de los doce apóstoles. *Por entonces subió Jesús a la montaña a orar y pasó la noche orando a Dios* (Lc 6,12). Jesús oraba continuamente: *Pero Él solía retirarse a despoblado para orar* (Lc 5,16).

Los momentos más importantes de su vida están acompañados de la oración: Jesús ora en el bautismo en el Jordán (Lc 3,21); ora antes de llamar a los apóstoles (Lc 6,12); ora antes de la transfiguración (Lc 9,28); ora por la fe de Pedro (Lc 22,31-32); ora para el envío del Espíritu Santo (Jn 14,15-17); ora antes de la resurrección de Lázaro (Jn 11,41); ora en su entrada triunfal en Jerusalén (Jn 11,27); ora al Padre en la última cena por la propia glorificación (Jn 17,1-5); por los discípulos (Jn 17,6-19); y por todos los creyentes (Jn 17,20-26); ora antes de su pasión (Lc 22,39.46); en el momento de la crucifixión, ora por sus verdugos (Lc 23,24), en el momento de su muerte, ora con confianza al Padre (Lc 23,46).

Más que el tiempo oficial de la oración judía, Jesús orante sigue el ritmo del anuncio del reino y de su realización en la historia del acontecimiento salvífico. Es éste el tiempo nuevo de la oración cristiana, que sustituye al tiempo viejo de la tradición judía. No es tanto un tiempo cronológico como un tiempo salvífico enteramente cristológico.

Jesús añade a las palabras actitudes exteriores, como arrodillarse (Lc 22,41), alzar los ojos hacia el cielo (Mt 14,19; Jn 11,41; 17,1; cf Sal 123,1). Jesús ora, sobre todo, en silencio y en la contemplación del Padre. A la oración oficial, que también él conoce, (cf las oraciones pronunciadas durante la cena pascual: Mc 14,20; Mt 26,30), él prefiere la personal y espontánea. No ora como los buenos fariseos de su tiempo, que se ponía derechos en las sinagogas o en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres (Mt 6,5). Él ora al Padre en

secreto (cf Mt 6,6) y con frecuencia solo, aun cuando se encuentra con sus discípulos.

Lucas propone al respecto: *Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos...* (Lc 9,18). En cierto sentido está preanunciada la situación de soledad del corazón probada por Jesús en Getsemaní, aun encontrándose en compañía de los discípulos. Beda el Venerable hace notar: *En ningún lugar -si no me equivoco- se dice que él haya orado con los discípulos. Por todas partes, en cambio, él ora solo, porque los deseos del hombre no pueden comprender el designio de Dios; nadie puede llegar a ser partícipe de este misterio interior junto con Cristo.*

2.3. El Padre, horizonte de la oración de Jesús

El monte o el desierto de la pasión de Jesús es el silencio de Dios. Más que a un lugar -el templo de Jerusalén o una sinagoga-, su oración está ligada a una persona: el Padre. El templo de su oración es su unión con el Padre. La oración tiene, por tanto, una gran interioridad no paralela a ceremonias fijas o tiempos establecidos, sino al desenvolvimiento de su acontecimiento de salvación. La persona misma de Jesús, su acción, su actitud, su palabra, constituyen el otro polo de la oración hacia el Padre. Por lo cual, la oración no constituye un intervalo de evasión o de reposo sino un continuo diálogo con el Padre, para reforzar su voluntad de obediencia a la misión: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctima expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad* (Hb 10,5-7). *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra* (Jn 4,34; cf también Jn 5,30; 6,38; 8,29; 8,55; 9,4).

La obediencia a la voluntad del Padre está también en el centro de la dramática oración en Getsemaní (cf Lc 22,39-46; Mt 26,36-46; Mc 14,32-42). En esta oración, el Hijo, a través de su voluntad humana trágicamente probada por el sufrimiento y el dolor, confirma su obediencia al Padre (cf Hb 5,7-10).

La misión de Jesús con el Padre no representa un esfuerzo ascético, sino una realidad en la que vive y de la que se goza inmensamente: *Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra (...). Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Mt 11,25.27).

Mientras Jesús se encuentra en oración, por tanto, es cuando puede ser comprendido en su verdadera identidad, *el Cristo de Dios* (Lc 9,20), una identidad continuamente equivocada y también negada por discípulos y adversarios. El mismo Lucas, nada más concluir el episodio de la confesión de Pedro, trae el acontecimiento de la transfiguración, que también tiene lugar durante la oración: *Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaron de blancos* (Lc 9,28-29). También aquí, durante la oración, es cuando Jesús revela el verdadero rostro de *Hijo, del elegido* (Lc 9,35).

La oración permite al Verbo encarnado permanecer junto al Padre, vuelto continuamente hacia Él, recogido del todo en su seno. Aun viniendo a habitar en medio de nosotros, Jesús no se alejó jamás de la comunión con el Padre en la oración. Siendo su oración un continuo acto de obediencia filial *-no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Lc 22,42) -constituye también la base para su misión. Estarse con Dios no significa huir de los hermanos, sino estar con ellos, con la misma bondad, misericordia y condescendencia del Padre. La intimidad con el Padre llega a ser cercanía salvífica y misericordiosa con el prójimo hasta el sacrificio supremo.

Jesús muestra con su oración que no sólo ha practicado y predicado un evangelio ético o social, sino que ha vivido una intensa vida espiritual. Aún más, esta radicación en el corazón del Padre era la fuente de su dinamismo apostólico. Éste es uno de los aspectos que mayormente hay que recuperar en la pastoral cristiana de hoy. Se trata, de hecho, de reinterpretar y comprender la oración como interioridad, como horizonte de vida unificada, como verdadera realización de la propia humanidad.

3. La vivencia *salvífica*

Esta vivencia cristocéntrica, personal y comunitaria, es esencialmente experiencia de salvación integral. La vida en Cristo y en la Iglesia ofrece no sólo la iluminación y el conocimiento, sino también la fuerza necesaria para superar los límites espirituales, morales y físicos de la no salvación y del sin sentido. Es la experiencia de la vivencia salvífica, la llave del éxito de la vida cristiana. El reconocimiento de Jesús como salvador universal significa precisamente la consciencia motivada de que la propia existencia de fe es una existencia no sólo sensata y significativa, sino salvada.

Momentos típicos de verificación y de expresión concreta de esta vivencia salvífica son, por ejemplo, las denominadas conversiones, tanto en el nivel del cambio radical de la propia opción fundamental por Cristo, como en el nivel de la corrección parcial y mejora de la propia existencia de fe.

En este contexto pastoral, emerge la exigencia de una correcta educación del cristiano en el sacramento de la reconciliación, considerado no tanto como renovación simple y global de la propia existencia de fe, sino como un proceso gradual de sanación que encuentra su más alta y eficaz celebración en el perdón sacramental de la absolución. Es la denominada dimensión terapéutica del sacramento de la reconciliación, que asocia al perdón sacramental una correcta pedagogía de fortalecimiento y recomposición de aquellos hábitos virtuosos debilitados o destruidos por el pecado.

En este contexto, la penitencia asume el significado de la maduración ética del cristiano, que pasa gradualmente de un estado de enfermedad y de herida espiritual a un estado de curación y de salud espiritual. Esta obra de reconstrucción moral y espiritual se realiza a través del ministerio pastoral de los confesores, que no son sólo jueces, sino sobre todo padres espirituales, médicos de las almas y sabios pedagogos de sus penitentes.

Asociados al misterio salvífico de la muerte y de la resurrección de Jesús, los cristianos son conscientes de ser en Él una nueva humanidad. Son, por tanto, libres y liberadores, dinámicamente abiertos para superar toda cerrazón y prevaricación, para vivir el anuncio del reino como propuesta de paz y fraternidad universal, de defensa de la vida en todos sus aspectos, de respeto a la naturaleza y al cosmos.

En Jesús, tierra de los vivientes, los cristianos proyectan y realizan la renovación continua de la propia historia personal y comunitaria. También la misión es la urgencia del anuncio y de con-división de la vivencia salvífica cristiana a todas las gentes (cf Mt 28, 19-20). Como vértice de esta vivencia salvífica está la experiencia de la *espiritualidad cristiana*, como vida en Cristo y en su Espíritu de caridad.

4. La vivencia *práctico-cultural*

4.1 Experiencia de fe y praxis cristiana

La experiencia de la salvación en Cristo impulsa al cristiano ineluctablemente a la acción, al testimonio, a la misión, al diálogo. La ortodoxia cristiana llega a ser no sólo vivencia personal y comunitaria sino también praxis personal y social.

Cristo celebrado y vivido llega a ser tiempo y espacio humano, historia y cultura, lenguaje y actitud, tradición y desarrollo. La vida religiosa de los cristianos llega a ser síntesis cultural. Surge una nueva cultura capaz de levantar y transformar las otras culturas humanas y religiosas hacia la civilización del amor.

La historia de Cristo en los cristianos, y a través de los cristianos, llega a ser cultura de vida y de salvación, que no rechaza nada de cuanto es auténticamente humano y religioso, porque es realización y cumplimiento de toda utopía humana y religiosa. Esta cultura, como

la misma vida de los cristianos, no es una realidad estática sino dinámica. Está ya en acto pero en continua fase de realización y cumplimiento.

Éste es el vértice de la relevancia práctica y cultural del anuncio de Cristo. Por eso, la cultura cristiana impulsa la historia del hombre a trascender continuamente los propios límites y las propias oscuridades hasta el total cumplimiento en él.

Expresan - aunque con acentuaciones diversas - esta exigencia de inculturación práctica de la fe en el hoy cultural, las diversas corrientes de la teología de la liberación, las orientaciones válidas de la doctrina social de la Iglesia y también los proyectos políticos de inspiración cristiana.

Temáticas significativas educativamente, de esta pastoral cristocéntrica, podrían ser las de la verdad, libertad, dignidad, valores, igualdad de toda persona humana, fraternidad universal, respeto a la vida, respeto y defensa de la naturaleza, paz universal, compartición de los bienes terrenos, tutela de los disminuidos físicos y psíquicos y de los menores. Son todos temas de praxis y de inculturación cristológica.

Mediante la praxis cristiana, el misterio de Cristo viene a ser un don universalmente salvífico para todos.

4.2 La cultura de la esperanza

Uno de los aspectos más lúgubres e inquietantes de la cultura contemporánea, sobre todo occidental, es su falta de esperanza. La humanidad parece inmersa en la angustia y en el miedo por su supervivencia a causa de las guerras injustas, de las divisiones entre los pueblos, del uso de armas cada vez más potentes, de la pobreza casi irreversible de continentes enteros, de la poca atención a la solidaridad hacia los necesitados y oprimidos, el paro y desocupación creciente, la masificación cultural, los desequilibrios ecológicos

causados por intervenciones violentas sobre la naturaleza, las enfermedades contagiosas que se difunden de modo perverso, y, del uso de la droga entre los jóvenes, cada vez más extendido. Se multiplican en el mundo científico e internacional las revistas de *suicidología*, la ciencia que estudia el suicidio, supremo acto de soledad y de desconfianza en la vida. El horizonte de la denominada *postmodernidad* parece transformar la existencia del hombre en un infierno dantesco: *Dejad toda esperanza, vosotros los que entráis*. Los sociólogos subdividen los signos de falta de esperanza en signos de tipo cultural y estructural.

Al tipo cultural pertenecen las consecuencias de la complejidad social, como la crisis del *nosotros* y la pérdida de la solidaridad, el pluralismo extremado, el consumismo exasperado, la crisis de confianza en el futuro y en la acogida de la vida, -vista como amenaza más que como enriquecimiento de la propia existencia-, la cultura del placer, el esoterismo, la crisis del lenguaje.

Al tipo estructural pertenecen el envejecimiento demográfico de la población europea, la pobreza económica, el paro y la desocupación sobre todo juvenil, y la crisis de la familia mono-nuclear.

Quizá no está fuera de lugar hacer una alusión aquí a análisis científicos aptos para recuperar la confianza en la humanidad. Filósofos y teólogos han concentrado en el tema de la esperanza la clave de lectura del significado de la vida de la humanidad. No es la desesperación o el miedo, sino la esperanza la estructura ontológica que hace progresar a la historia hacia lo nuevo y que condiciona la posibilidad de toda decisión y acción libres del hombre.

Para los cristianos el principio *esperanza* es la persona de Jesucristo y su mensaje. Jesucristo es quien da significado último a la esperanza humana en las dos situaciones límite: la muerte y la historia. Ante la muerte, el cristiano sabe que no camina hacia la nada, sino hacia una existencia plena de felicidad en Dios. Ante la historia, el cristiano está educado para leer en el caos, frecuentemente apocalíptico de los sucesos históricos, una trama de vida que lleva a la salvación.

El Santo Padre Juan Pablo II es el gran profeta de la esperanza cristiana en el mundo contemporáneo. Sus viajes apostólicos en las cien naciones de la tierra son anuncios de esperanza, no sólo de vida eterna, sino también de existencia liberada y auténticamente humana. Son llamadas a la paz, a la justicia, a la fraternidad, a la solidaridad, a la acogida, a la igualdad, a la libertad, a la defensa de los pequeños, los marginados, los pobres, los excluidos: *¡No tengáis miedo de lo que vosotros mismos habéis creado, no tengáis miedo tampoco de todo lo que el hombre ha producido y que está convirtiéndose cada día más en un peligro para él! En fin, ¡no tengáis miedo de vosotros mismos!*

¿Por qué no debemos tener miedo? Porque el hombre ha sido redimido por Cristo y la gracia de la redención es el valor más grande que impregna la historia de la humanidad: el poder de la cruz de Jesús y de su resurrección es más grande que todo el mal del que el hombre podría y debería tener miedo.

Dice también el Papa: *‘¡No tengáis miedo!’ decía Cristo a los apóstoles (cf Lc 24,36) y a las mujeres (Mt 28,10) después de la Resurrección. Lacerados y heridos por la desesperación, los pueblos hoy tienen necesidad del mensaje de esperanza y de alegría del evangelio. Existe, de hecho Alguien que tiene en la mano el destino de este mundo que pasa, Alguien que es el Alfa y la Omega de la historia del hombre (cf Ap 22,13), sea la individual como la colectiva. Y este Alguien es amor (cf 1 Jn 4,8.16): Amor hecho hombre, Amor crucificado y resucitado, Amor continuamente presente entre los hombres. Es amor eucarístico. Es fuente incesante de comunión. Él es el único que puede dar plena garantía de las palabras: ‘¡No tengáis miedo!’.*

Los cristianos están invitados no sólo a poner gestos de esperanza, sino también a valorar los signos de esperanza presentes en el mundo de hoy: *Es necesario además que se estimen y profundicen los signos de esperanza presentes en este último fin de siglo, a pesar de las sombras que con frecuencia los esconden a nuestros ojos: en el campo civil, los progresos realizados por la ciencia, por la técnica y sobre*

todo por la medicina al servicio de la vida humana, un sentido más vivo de responsabilidad en relación al ambiente, los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia allí donde hayan sido violadas, la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en la compleja relación entre el Norte y el Sur del mundo...; en el campo eclesial una más auténtica escucha de la voz del espíritu a través de la acogida de los carismas y la promoción del laicado, la intensa dedicación a la causa de la unidad de todos los cristianos, el espacio abierto al diálogo con las religiones y con la cultura contemporánea.

4.3. La cultura de la vida

Vivir en la esperanza es acoger, defender, proteger y ofrecer la vida. En un mundo que parece despreciar, desechar, humillar y matar la vida, el cristiano está llamado a reanunciar a Cristo, *La Palabra de vida* (1 Jn 1,1), y su *Evangelio de la vida*. Este *Evangelio de la vida* no es una mera reflexión, aunque original y profunda, sobre la vida humana; ni sólo un mandamiento destinado a sensibilizar la conciencia y a causar cambios significativos en la sociedad; menos aún una promesa ilusoria de un futuro mejor. El *Evangelio de la vida* es una realidad concreta y personal, porque consiste en el anuncio de la persona misma de Jesús.

En su inspirada visión profética, Juan Pablo II mira al Cristo cósmico como buena nueva de vida para toda la humanidad. En la ciudad del hombre, amenazada en su existencia total por el espectro malvado de la muerte, el Papa pretende plantar el árbol de la vida que es Jesucristo y su misterio salvífico: *El Evangelio de la vida* no es exclusivamente para los creyentes: es para todos (...). *El Evangelio de la vida* es para la ciudad de los hombres. No sólo los cristianos, sino toda la humanidad creada por Dios y salvada mediante la cruz del Hijo de Dios, debe nutrirse de los frutos del árbol de la vida.

El Papa parece hacer una llamada a la visión joanea del mundo como una inmensa viña, en la que Cristo es la cepa y la humanidad

los sarmientos: «*Permaneced en mí y yo en vosotros (...). Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí y yo en él, dará mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*» (Jn 15,4-5). La celebración de la vida se excarcela del *Lignum vitae* (madero de vida) -como llamaban a la cruz los medievales- que se encuentra en el centro de la historia del hombre, iniciada dramáticamente junto al árbol del paraíso (cf Gn 3,24), encuentra su cumplimiento glorioso en el *árbol de la vida* de la Jerusalén celeste: *A mitad de la calle de la ciudad, a ambos lados del río, crecía un árbol de la vida; da doce cosechas, una cada mes del año, y las hojas del árbol sirven de medicina a las naciones* (Ap 22,2).

En medio de un escenario de desolación y soledad *apocalíptica*, como aparece con frecuencia nuestra existencia postmoderna, el cristiano siente la urgencia de una cultura de la acogida de la vida en todas y cada una de sus formas y de una actitud de compasión hacia los necesitados, para contrastar una cultura cada vez más dura, despiadada, fría, promotora de guerras, tensiones, odio, violencia, división y muerte.

Esta nueva cultura cristiana puede hacer comprender que la vida no es una posesión egoísta, sino un don que debemos acoger con reconocimiento; no es un juego arbitrario, sino un proyecto de amor; no es un accidente sin significado, sino una vocación que realizar; no es un problema difícil de resolver, sino un misterio para contemplar con humildad y asombro.

4.4. La civilización cristiana *alma del mundo*

Un texto antiquísimo cristiano expresa bien la novedad de la existencia y de la praxis cristiana en la historia:

Los cristianos no se distinguen de los otros hombres ni por territorio, ni por lengua ni por vestidos. No habitan en sus ciudades propias, no usan un lenguaje particular, ni llevan una vida especial. Su doctrina no es conquista de genio agitado de hombres

indagadores; ni profesan, como algunos hacen, un sistema filosófico humano. Habitan en ciudades griegas o bárbaras, según lo que a cada uno le toca en suerte y, adaptándose a los usos del país en el vestido, en la comida y en todo el resto del vivir, dan ejemplo de una forma de propia vida social maravillosa, que según confesión de todos, tiene cosas de increíble. Habitan en su respectiva patria como gente extranjera; participan en todos los deberes como ciudadanos y soportan todas las cargas como extranjeros. Toda tierra extranjera es patria para ellos, y toda patria es tierra extranjera (...). Viven en la carne pero no según la carne. Pasan su vida en la tierra pero son ciudadanos del cielo. Obedecen las leyes establecidas pero con su tenor de vida superan las leyes. Aman a todos y de todos son perseguidos (...). Por decirlo en una palabra, los cristianos están en el mundo como el alma en el cuerpo. El alma está difundida en todas las partes del cuerpo: también los cristianos están diseminados en las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no proviene del cuerpo: también los cristianos habitan en el mundo, pero no provienen del mundo. El alma invisible está encerrada en un cuerpo visible; también los cristianos se sabe que están en el mundo; pero su piedad permanece invisible.

Por esta originalidad suya, en los primeros siglos, los cristianos se llamaban a sí mismos *tertium genus* (tercer género) y así venían también apodados con sentido hostil por los paganos. Estos últimos, según Tertuliano, *gritaban en el circo con frecuencia y con ganas (contra los cristianos): '¿hasta cuándo este tertium genus?'*

Tertium genus indicaba la postura cultural y salvífica del cristianismo que era, por una parte, la superación de las tradiciones judías y, por otra, una novedad radical en confrontación con la cultura y la religión pagana. Los cristianos, aún inmersos en la cultura del tiempo, vivían y creaban continuamente su propia originalidad religiosa y cultural creando la civilización del amor, de la esperanza, de la vida y de la fraternidad universal.

Cada generación cristiana, mediante la evangelización y el testimonio ha dado una contribución preciosa al progreso de la humanidad

en la historia y a su salvación eterna. La santidad cristiana, de hecho, tiene un innegable matiz social y cultural. La santidad hace progresar el camino histórico de la humanidad. La santidad recorre el camino de la luz. Los hombres que viven con coherencia su misión con Dios, son los hombres y las mujeres que construyen la comunidad humana, la iluminan, colman sus lagunas, explicitan las potencialidades positivas y las sostienen con sus obras de fe, esperanza y caridad.

Dice Jesús: *Vosotros sois la sal de la tierra (...). Vosotros sois la luz del mundo (...). Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo* (Mt 5,13.14.16).

CAPÍTULO X

María, la madre de Jesús

1. María, presencia materna en la historia

María está presente, desde el inicio en la historia del cristianismo como presencia materna y protectora, primero de Jesús y, después, de la Iglesia. Por esto el pueblo cristiano se dirige a Ella con esperanza en el corazón.

Generaciones de madres han confiado, con temor y temblor, a su protección materna el futuro de sus hijos, la felicidad y cordialidad de su familia y la paz de las naciones. Enfermos incontables han implorado su intercesión para la curación del cuerpo y el consuelo del alma. Muchedumbres de pobres han encontrado en su oración a Ella la fuerza para continuar viviendo con esperanza: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve.*

En la tradición oriental rusa hay un icono que representa el manto de María que cubre y protege la ciudad de Moscú de los enemigos externos. El pokrov o manto simboliza la presencia protectora de María sobre la ciudad. La Bienaventurada Virgen María ha cubierto con su manto de bendiciones -durante siglos y continúa haciéndolo hoy- a todos los habitantes de la ciudad y de los pueblos, sus calles, casas, trabajo y todo. Es una presencia maternal invisible pero real. Por eso, todo cristiano no deja de dirigirse a ella para implorar ayuda, fortaleza y consuelo. Es un diálogo profundo y continuo de corazones confiados.

En la iconografía mariana de los primerísimos siglos, un himno de la Hora Tercia canta: *Oh Madre, tú eres la verdadera Vid que diste el fruto de la vida (...). Esperanza, protección, refugio de los cristianos, muro inexpugnable, puerto tranquilo para los naufragos eres tú, oh purísima Madre de Dios.*

En un antiguo *theotókion* (himno a María) se la invoca como esperanza del mundo: *Oh Madre de Dios, tú (...) te has mostrado trono de los Querubines y has llevado entre los brazos la esperanza de nuestras almas. Oh esperanza óptima del mundo, Virgen Madre de Dios, solicitamos tu poderosa protección: ten piedad de un pueblo descarriado; suplica al Dios misericordioso que libre nuestras almas de toda adversidad, tú sola bendita.*

Un *megalinarion* (himnos sobre el Magnificat) alaba así a María: *Madre de Dios, esperanza de todos los cristianos, protege, defiende y custodia a quien espera en ti.*

No puede faltar la presencia de María en la preparación para el gran Jubileo del 2000. Dice el Papa: *La Virgen Santa (...) estará presente de un modo, por decir así, 'transversal' a lo largo de toda la fase preparatoria. ¿Porqué esta atracción de María? Porque ella, mujer fuerte y dinámica, es modelo de fe vivida para todos los creyentes.*

Esta referencia a María no es una superestructura de la Iglesia de hoy, sino una realidad sólidamente fundamentada en la revelación bíblica. María es la mujer elegida y santificada por la Trinidad para ser Madre del Hijo de Dios y Madre de la Iglesia.

En un excepcional pasaje mariológico paulino, María está insertada en un contexto trinitario, que celebra, por una parte, la caridad del Padre, la misión del Hijo y el don del Espíritu Santo, y, por otra, el ministerio materno de María, la *mujer*: *Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para que recibiéramos el ser hijos de Dios por adopción. Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones al Espíritu de su hijo que clama: '¡Abba! (Padre)'* (Gal 4,4- 5). El pasaje subraya la característica esencial del misterio de María, tanto en la teología como en la piedad del pueblo cristiano. La Santísima Trinidad es la fuente de la salvación. María es la mujer elegida por Dios para ejercitar el servicio de Madre del Hijo de Dios. En esta relación trinitaria está la raíz de la ejemplaridad de la Virgen María, como es llamada por el

ángel en la anunciación: *El Señor está contigo* (Lc 1,28). María es la *llena de gracia* (Lc 1,28), la *bendita entre todas las mujeres* (Lc 1,42), aquella a quien todas las generaciones llamarán *bienaventurada* (Lc 1,48). Si Cristo es el redentor y el único mediador de la salvación (cf 1 Tim 2,5), María es la redimida del modo más perfecto. El primer texto mariano del Vaticano II afirma: *En María la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención, y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser.* Y también el Concilio en la Constitución dogmática sobre la Iglesia precisa: *Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, (María) está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo y, por eso, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo.*

2. María, hija predilecta del Padre

Merece ser profundizada esta última afirmación del Vaticano II: María es la mujer formada y santificada por la Trinidad. En el saludo del ángel (cf Lc 1,26-28), Ella, como nueva *Hija de Sión* (cf Sof 3,14; Jl 2,21; Zc 9,9), llega a ser la representante de todo el pueblo elegido, la encarnación del nuevo Israel, acogiendo en la fe la promesa mesiánica en nombre de todo el pueblo. Así, Dios vuelve a habitar en medio de su pueblo en María, la nueva arca de la Alianza. La elección de María por parte del Padre, se fundamenta en su extrema gratuidad de amor paterno. *Llena de gracia* (Lc 1,28) es un título único. El Padre ha derramado en ella la plenitud de su caridad y de su santidad. María ha sido colmada de gracia, *a priori*, en cuanto elegida para ser madre del Hijo de Dios encarnado.

La consciencia de fe de la Iglesia, en el curso de los siglos, ha profundizado este aspecto de la santidad de María mediante el dogma de la Inmaculada Concepción (1854), que afirma: *La Beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en previsión de los méritos*

de Jesucristo, Salvador del género humano, ha sido preservada inmune de toda mancha de pecado original.

La plenitud de gracia es índice de la excelencia y santidad de María y de su especial consagración por parte de Dios. Su respuesta, *-He aquí la esclava del Señor hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38)-*, es un acto de fe plena y de total acogida de la voluntad del Padre. En el título *Esclava de Señor* está evocado el misterioso y santo personaje deuteronomico, *Ebed JHWH, (Siervo de Yhav)*, el hombre manso e inocente que se inmola por la redención de los otros (cf Is 40-55). Con el *fiat-*, María cumple un acto de fe, no sólo personal, sino corporativo, también en nombre del nuevo Israel, que es la Iglesia de Cristo. Lo que Israel no alcanzó a llevar a cumplimiento a causa de su incredulidad y desobediencia, lo cumple María con su fe y con su obediencia al Padre. Como el viejo Israel se inició con el acto de fe de Abraham, así el nuevo Israel ha comenzado con el acto de fe de María. Si la primera mujer en el orden de la creación contribuyó a la ruina y a la muerte, esta primera mujer en el orden de la redención, contribuye a la salvación y a la vida.

El cántico de María, el Magnificat (Lc 1,46-55), se puede llamar el himno al Padre, el cántico de la paternidad de Dios, desde el momento en que la misericordia de Dios se extiende de generación en generación sobre aquellos que le temen. Las relecturas contemporáneas de este cántico ponen de relieve, además de la humildad de la sierva en relación con Dios, la dimensión profética de María al anunciar la obra de justicia, también humana, que el advenimiento del Reino de Dios iba a instaurar sobre la tierra. El Señor omnipotente, salvador y santo, dispersará a los soberbios de corazón, derribará del trono a los poderosos, a los ricos los despedirá vacíos mientras que enaltecerá a los humildes, colmará de bienes a los hambrientos y socorrerá a Israel.

El tema del Magnificat es fundamentalmente el del amor del Padre hacia los humildes, los pobres, los oprimidos. María, con el *Magnificat*, es signo de la misericordia del Padre hacia todos los hombres. El Magnificat es el canto de la mujer fuerte, que reivindica los derechos de Dios y del hombre contra toda prevaricación de la historia.

La relación entre Dios Padre y María, puede ser resumida con dos títulos que están en la base de su santidad: *hija y esposa*. Como *hija*, es la llena de gracia, la primera entre los redimidos, la primera hija adoptiva del Padre. Como *esposa* es asociada al Padre en el misterio de la encarnación del Hijo: *Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo*, María cooperó con el Padre mediante la obediencia, la fe, la esperanza y la caridad.

La experiencia de la paternidad de Dios en María recuerda a toda persona humana su identidad de hijo o hija de Dios. Invocar a Dios como Padre no es alienación ni pérdida de libertad, ni rebajamiento de la propia humanidad, sino recuperación del auténtico rostro del hombre y de la mujer, creados a gran semejanza de Dios, y recreados en el Hijo como hijos del Padre. Por eso *ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús (Gal 3,28); En este orden nuevo no hay distinción entre judíos y gentiles, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres; porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos (Col 3,11)*.

Por consiguiente, todo ser humano descubre su identidad de hermano o hermana, hijo o hija, de un solo Padre, reunidos en la única familia de Dios, todos igualmente partícipes y herederos del reino. Por esto María constituye *el gran signo del rostro materno y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo, con los cuales nos invita a entrar en comunión*.

3. María, madre, discípula y asociada al Hijo

El aspecto más importante de la figura de María es su íntima unión con Jesús, en cuanto madre, *-Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo (Mt 1,16)-*, educadora, discípula y cooperadora del *Hijo del Altísimo (Lc 1,32)*, del *Santo, del Hijo de Dios (Lc 1,35)*. La humanidad de Jesús es toda de María, así como su educación humana integral. Ella donó a su Hijo su corazón

de Madre, rodeándolo de amor, de atenciones, de respeto. María educó a Jesús con su trabajo, su dedicación de Madre, su compromiso de protección. Lo educó con su vida pobre y serena, laboriosa y simple, casta y llena de amor materno. Lo educó con su confianza en el Padre y con su disponibilidad para ayudar a los necesitados (su pariente Isabel, los esposos de Caná, Juan). La educación del Hijo por parte de María no se realizó en una situación idílica sin oscuridades ni conflictos.

La vida de unión con Cristo no eliminó en ella la dramaticidad de la existencia cotidiana, con sus alegrías y sobre todo con sus dolores. La sagrada familia soportó la persecución, el exilio, la pobreza y también la incomprensión recíproca (cf Lc 2,48- 50). Educando al Hijo, María cumplió una verdadera y propia peregrinación de fe, desde el nacimiento hasta la resurrección y pentecostés (cf Lc 2,19.51).

María no sólo educó, sino también fue educada en modo misterioso por su Hijo divino. Esta página, extraída de la Vida de María, de Máximo el Confesor (+662), es iluminadora a este respecto:

El amable y dulce Señor hizo comprender la verdad a su Bienaventurada Madre: la hizo conocer a su verdadero Padre; y porque no lo considerara solamente como hombre, sino como Dios encarnado, le dijo que la casa del Padre, que es el templo, le pertenece como todo lo que es del Padre es también del Hijo. Se podría haber ofendido si hubiera ignorado esto: ellos no podían alcanzar por sí solos la comprensión de la verdad (...). En este lugar, por primera vez, él recuerda claramente con elegancia divina a su verdadero Padre, para que ellos comprendan su divinidad y sepan que, si Dios es su Padre, es necesario que el Hijo sea de la misma naturaleza que el Padre.

El mismo autor considera que Jesús había educado a su madre con preceptos no teóricos sino fundados en la experiencia de su comportamiento virtuoso:

Tales preceptos son: el amor de Dios a los hombres, la piedad, la jovialidad, la dulzura, la paz, la humildad y la paciencia, el respeto y la obediencia a los padres, el ayuno, la oración y toda obra buena. El amable Señor les enseñaba a los hombres, primero con hechos y, después, con palabras. A partir de este momento la santa Madre se hace discípula de su dulce Hijo, verdadera Madre de la sabiduría e hija de la sabiduría, porque no lo miraba ya de manera humana o como simple hombre, sino que lo servía con respeto como Dios y acogía sus palabras como palabras de Dios.

Por esto, María, además de Madre, es también discípula del Hijo divino: *‘¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?’ Y señalando con la mano a los discípulos dijo: ‘estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre’ (Mt 12,48-50).*

Más allá de madre y discípula, María está también concretamente asociada a Cristo en un servicio materno y subordinado, dependiente y del todo relacionado con el misterio de su Hijo divino. El evangelista Juan presenta, en el milagro de Caná, un ejemplo concreto de esta mediación materna (cf Jn ,1-11).

Juan Pablo II comenta a este respecto:

El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres, en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone en medio, o hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de Madre, consciente de que como tal puede -más bien ‘tiene el derecho’- de hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por tanto, tiene un carácter de intercesión: María ‘intercede’ por los hombres.

El Vaticano II y el magisterio postconciliar han precisado las características del ministerio materno (*munus maternum*): tal mediación

no es absolutamente necesaria y en ningún modo oscurece o sustituye o es paralela a la de Cristo, único mediador entre Dios y el hombre (cf 1 Tm 2,5). Además está subordinada y participada, desde el momento en que la única mediación de Cristo no excluye, sino que suscita en las creaturas, una cooperación multiforme, proveniente de la gracia divina.

La mediación de María es especial y extraordinaria, por un doble motivo: porque está fundada tanto sobre la maternidad divina, sola y propia de María como en su plenitud de gracia, es decir, en su santidad. En conclusión, como ya afirmaba Pablo VI, *en la virgen María todo está relacionado con Cristo y todo depende de Él: en referencia a Él, Dios Padre, desde toda la eternidad, la elige Madre, toda santa y la honró con los dones del Espíritu Santo, no concedidos a nadie más*. Tal mediación tiene un horizonte eclesiológico desde el momento en que María, acogiendo al discípulo, (cf Jn 19,25-27), llega a ser Madre de los discípulos del Hijo, Madre de la iglesia: *Después de la ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna: intercediendo por todos sus hijos, la Madre coopera en la acción salvífica del Hijo, redentor del mundo*.

Si en la relación con el Padre emergía una espiritualidad del *ser filial*, una espiritualidad del abandono en la providencia misericordiosa y entrañable de Dios, en relación con el Hijo emerge una espiritualidad del *ser maternal*, una espiritualidad de acogida, de ternura, de escucha y del servicio al Hijo y a los hijos. Existe una continuidad entre las dos actitudes. María, hija predilecta del Padre, madre del Hijo y su discípula y mediadora, intercede para que todos puedan ser hijos predilectos del Padre en el Hijo Jesucristo.

4. María, sagrario del Espíritu Santo

El misterio de la encarnación del Hijo de Dios, está enteramente bajo la virtud pneumática del Espíritu Santo. Desde la encarnación hasta pentecostés, el acontecimiento de Cristo encuentra en el Espíritu Santo su dinamismo fundamental. Los autores sagrados ofrecen

numerosos testimonios para la comprensión de la relación entre el Espíritu Santo y María, tanto en los primeros capítulos de Mateo y Lucas como en el comienzo del libro de los Hechos. En Lc 1,35, el ángel dice a María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.* En Hechos 1,14 el mismo evangelista, hablando de la Iglesia de Jerusalén en espera de pentecostés, escribe: *Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la Madre de Jesús -, y con sus hermanos.* El nacimiento del redentor y el nacimiento de la Iglesia son obra del Espíritu de Dios y, en ambos, María mantiene su papel de Madre.

5. María, modelo y educadora de santidad: la espiritualidad mariana

Esta rica realidad bíblica y teológica sobre María ha favorecido el desarrollo de la piedad mariana en Oriente y Occidente, ha originado las definiciones dogmáticas, ha generado anhelos de ejemplar testimonio cristiano en el mundo, ha inspirado a artistas y poetas a dedicar a la Bienaventurada Virgen sus mejores obras de arte y, sobre todo, ha dado vida una emulación fructuosa para la santidad, mediante lo que podemos llamar *espiritualidad mariana*.

En la *Redemptoris Mater* Juan Pablo II ha sintetizado eficazmente la espiritualidad mariana de los iconos, sobre todo de tradición oriental: *Son imágenes que atestiguan la fe y el espíritu de oración del pueblo fiel, el cual advierte la presencia y la protección de la Madre de Dios. En ellas, la Virgen resplandece como imagen de la divina belleza, morada de la eterna Sabiduría, figura del orante, prototipo de la contemplación, icono de la gloria: aquella que, desde su vida terrena, poseyendo la ciencia espiritual inaccesible a los razonamientos humanos, con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime.*

Cada época histórica y toda zona eclesial ha vivido su particular experiencia mariana, que se expresa no sólo en la devoción, sino

también en el arte, en la literatura, en la música, en la liturgia y en la reflexión teológica. Las pequeñas capillas de misión como las majestuosas catedrales del mundo, prodigiosas florituras de estilos arquitectónicos diversos, están dedicadas con muchísima frecuencia a la Madre de Dios, que acoge con ternura a sus hijos para guiarlos a Jesús. Esto testimonia una devoción mariana sólida, esencial, teológicamente unida a Jesucristo, salvador y redentor. María, de hecho, ha estado siempre presente en la piedad popular cristiana.

Las primeras celebraciones litúrgicas, en su honor, se remontan a la época patristica, así como también es antiquísima la conocida invocación mariana, escrita en un papiro del siglo III d.C: *Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas la oración de tus hijos necesitados; libranos de todo peligro, oh siempre Virgen, gloriosa y bendita.* Otras son de origen medieval, como la plegaria *Salve Regina*, el himno *Stabat Mater*, la práctica del *Rosario*, las imágenes de la *Virgen del manto* (del Patrocinio), símbolo de protección.

La inspiración mariana continúa en la vida de los santos fundadores y fundadoras de Institutos de vida consagrada, antiguos y modernos. En los Institutos femeninos, la inspiración mariana es visible en la maravillosa variedad de las denominaciones. Contemplando a María, como luminosa realidad símbolo, las familias religiosas ponen el acento v.g. sobre el acontecimiento capital de la encarnación del Verbo y, por tanto, sobre el fiat obediente de María, sobre el episodio de la Visitación y por tanto en el servicio de caridad y liberación, sobre el silencio de Nazaret y por tanto en el ocultamiento y laboriosidad cotidiana, sobre el momento de la *hora* y por tanto la asociación a la pasión de nuestro Señor, sobre el cenáculo y por tanto en la comunión eclesial, con María, Madre de la Iglesia. En los textos constitucionales, María es presentada en algunos de sus títulos más inspirados como Madre amorosa de sus hijos, Hermana de vida y de consagración, Maestra de vida y de espiritualidad, Modelo de unión con Jesús, Guía hacia la perfección, Icono esplendoroso de caridad, Custodia de los valores evangélicos, Fundadora de los Institutos, Patrona y protectora, Presencia continua y consoladora en el aposto-

lado, Ayuda y sostenimiento, Educadora en la vida de fe, esperanza y caridad, Reina y Señora de los consagrados.

María es una presencia viva también en las numerosas formas asociativas que animan la iglesia católica. Algunos movimientos subrayan el aspecto espiritual de la vida cristiana, es decir, la participación frecuente en la liturgia y en los sacramentos, la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la instrucción y la formación interior. Otros, en cambio, ponen el acento en el apostolado, la acción cristiana del mundo, las obras de misericordia corporales y espirituales. Para todos, pues, María tiene la función maternal de *cuidar de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad*.

Aun experimentando en la propia existencia la comunión salvífica con Cristo, se vive también una intensa devoción mariana, inspirada y sostenida por el ejemplo y la intercesión maternal de la Bienaventurada Virgen. En particular, se ve en Ella el tipo ideal de criatura humana, tal y como Dios la quiso en el acto de la creación, y como modelo para el hombre, comprometido en construir su destino temporal y eterno. María es, así, inspiradora de compromiso personal, familiar, eclesial y social, modelo de santidad, de docilidad a la Palabra de Dios y a su designio salvífico, de servicio a la familia y a la Iglesia, de acogida, ternura, valentía y fortaleza.

6. La consagración a María

Una forma de espiritualidad mariana particularmente difundida entre los fieles católicos es la denominada consagración entrega a María, de inspiración montfortiana. Confiarse o darse a María consiste en corresponder libre y vitalmente -en el servicio, la oración, la escucha y la misión-, al proyecto salvífico de Dios, haciendo fructificar así la realidad de la consagración ya presente en nosotros por el bautismo, con los otros sacramentos y con la consagración religiosa. De esta manera, María es verdadera Maestra de vida cristiana.

Juan Pablo II habla de la entrega a María como realidad bíblica fundamentada en Jn 19,25-27. En el testamento de Jesús sobre el Gólgota se comprende la nueva maternidad de la Madre: *¡Ahí tienes a tu Hijo!* Con estas palabras se indica la *dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo*. A María le es confiado el discípulo y, en él, a todos los discípulos de Jesús. Los discípulos son un don de Jesús a María, quien a su vez, es el don de Jesús a los discípulos: *¡Ahí tienes a tu Madre! A los pies de la Cruz comienza aquella especial entrega del hombre a la Madre de Cristo, que en la historia de la Iglesia se ha ejercido y expresado posteriormente de modos diversos. La entrega es la respuesta al amor de una persona y, en particular, al amor de la Madre.*

Este acto tiene un significado cristológico intrínseco: *Esta relación filial, esta entrega de un hijo a la madre no sólo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que, definitivamente, se orienta hacia Él. Se puede afirmar que María sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: 'Haced lo que Él os diga'.*

En la encíclica *Evangelium Vitae* (1995) Juan Pablo II concluye afirmando: *María es la palabra viva de consuelo para la Iglesia en la lucha contra la muerte. Mostrándonos a su Hijo, nos asegura que las fuerzas de la muerte han sido ya derrotadas en Él: 'Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta'.*

INDICE

	Pág.
Sumario	5
Abreviaturas y Siglas	7
Presentación	9
Capítulo I.	
La encarnación del Hijo de Dios, centro y plenitud del tiempo y de la historia (TMA 1; 10)	13
1. El anuncio del <i>año de gracia</i>	15
2. El Jubileo es la celebración del misterio de la encarnación.	16
3. La encarnación como <i>plenitud del tiempo</i>	19
4. La encarnación como <i>devenir</i> de Dios.	22
5. Cristo <i>centro</i> del tiempo.	24
Capítulo II.	
El <i>redescubrimiento de la Catequesis</i> como anuncio de la persona de Jesucristo y de su misterio de salvación (TMA 42).	27
1. La catequesis de Jesús, primer y perfecto evangelizador.	29
2. El primer anuncio cristiano: Jesús es <i>el Señor</i>	32
3. Jesucristo, centro de la catequesis de la Iglesia.	34
4. Inspiración cristocéntrica del Jubileo del 2000.	35
Capítulo III.	
<i>Ser cristianos</i> . Jesucristo en la comprensión de los cristianos, hoy.	39
1. <i>Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?</i> (Mt 16,15).	41
2. El Cristo glorioso de la tradición ortodoxa.	43
3. El Cristo crucificado de la visión luterana.	44
4. La riqueza de la visión cristológica católica.	44

5.	El misterio de Cristo en la <i>religiosidad popular</i> católica.	45
5.1.	La religiosidad popular: una realidad catequética fundamental.	45
5.2.	La religiosidad popular es un <i>humanismo cristiano</i>	46
5.3.	La exigencia de una <i>reeducación</i> de la religiosidad popular.	47
5.4.	La figura de Jesús en la religiosidad popular	48
6.	Cristo <i>inculturado</i>	50
6.1.	La inculturación, ley de toda evangelización cristiana (cf GS 44).	50
6.2.	Cristo <i>en las culturas</i>	52
7.	Jesucristo para los jóvenes.	54
8.	La provocación del modelo cristiano.	55
9.	Orientaciones para una nueva evangelización de Jesús, hoy.	57
Capítulo IV.		
	La narración de la historia de Jesús.	59
1.	Jesús y la historia.	61
2.	Fiabilidad histórica y carácter biográfico de los evangelios.	62
2.1.	Los evangelios y las biografías antiguas.	63
2.2.	Carácter biográfico de los evangelios.	65
3.	Evangelización como narración de la historia de Jesús.	68
Capítulo V.		
	Jesús anuncia la Buena Nueva.	71
1.	La pedagogía de Jesús.	73
2.	Jesús acoge a los pobres y marginados.	74
3.	Jesús perdona y convierte a los pecadores.	75
4.	Jesús cura a los enfermos.	78
5.	Jesús honra a las mujeres.	80
6.	Jesús acoge a los necesitados y defiende a los pequeños y débiles.	83
7.	Jesús enseña a perdonar y a amar a los enemigos. ...	86
8.	Jesús revela al Padre rico en misericordia.	89

9. Jesús afronta su pasión y muerte.	92
9.1. El Siervo doliente.	92
9.2. El sufrimiento, vencido por el amor: <i>Me alegro de sufrir por vosotros</i> (Col 1,24)	95
9.3. Jesús y la <i>co-división</i> de la muerte.	96
Capítulo VI.	
La resurrección de Jesús.	99
1. La resurrección, misterio fontal del anuncio cristiano .	102
2. La resurrección, fuente de comprensión del misterio de Jesús.	105
3. La resurrección, no es reviviscencia, ni mera inmortalidad del alma, ni reencarnación, ni simple recuerdo de Jesús maestro.	106
4. La resurrección es acontecimiento trascendente, pero real.	108
5. El significado múltiple de la resurrección.	110
5.1. El significado cristológico y trinitario de la resurrección.	110
5.2. El significado de la resurrección <i>para nosotros</i>	111
6. El icono: anuncio, en imagen, de la resurrección.	115
7. La resurrección en la religiosidad popular.	116
8. Indicaciones para una espiritualidad pascual.	117
Capítulo VII.	
El misterio del Nacimiento de Jesús.	119
1. El dato bíblico.	121
2. La fe de la Iglesia.	122
3. La realidad de la concepción virginal.	122
4. El significado del <i>signo</i>	123
Capítulo VIII.	
Jesús, Salvador único y definitivo de la humanidad.	125
1. Jesús, <i>El Viviente</i>	127
2. Jesús, único Salvador del mundo.	129
3. El desafío a la universalidad salvífica de Jesús.	130
4. <i>Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo</i> (RMi 3).	131

5. La voluntad salvífica universal: los <i>caminos secretos</i> de Dios.....	133
6. Cristo, <i>único mediador</i> entre Dios y la humanidad	134
6.1. Jesús, distinción absoluta.	134
6.2. Los fundamentos de la propuesta salvífica universal de Jesús.	136

Capítulo IX

Actualidad y significado de la salvación de Jesucristo.	139
1. La vivencia <i>personal</i> : el redescubrimiento del bautismo.	141
1.1. Armonía entre conocimiento y experiencia de fe.	141
1.2. <i>Permaneced en mi amor</i> (Jn 15,9).	143
1.3. <i>Para mí, vivir es Cristo</i> (Fil 1,21).	143
1.4. Realidad trinitaria de la incorporación a Cristo.....	145
1.5. Pluralidad de experiencias de comunión con Cristo	146
1.6. Opción por Cristo y testimonio.	149
2. La vivencia <i>eclesial</i>	150
2.1. Vida en Cristo y experiencia de comunión eclesial.	150
2.2. <i>Señor, enséñanos a orar</i> (Lc 11,1).	151
2.3. El Padre, horizonte de la oración de Jesús.	153
3. La vivencia <i>salvífica</i>	155
4. La vivencia <i>práctico-cultural</i>	156
4.1. Experiencia de fe y praxis cristiana.	156
4.2. La cultura de la esperanza.	157
4.3. La cultura de la vida.	160
4.4. La civilización cristiana <i>alma del mundo</i>	161

Capítulo X

María, la madre de Jesús.	165
1. María, presencia materna en la historia.	167
2. María, hija predilecta del Padre.	169
3. María, madre, discípula y asociada al Hijo.	171
4. María, sagrario del Espíritu Santo.	174
5. María, modelo y educadora de santidad: la espiritualidad mariana.	175
6. La consagración a María.	177